



Bésame princesa

Cathryn de Bourgh

©2017 Bésame, princesa-Cathryn de Bourgh.
©todos los derechos reservados. ®Registrada en safecreative.org

SAFE CREATIVE

Identificador: 1705252416751

Fecha de registro: 25-may-2017 14:32 UTC

Licencia: [Todos los derechos reservados](#)

Autor: María Noel MAROZZI DUTRENIT

Todos los personajes mencionados en la presente son de ficción.

Novela original e inédita. Mayo de 2017.

Amparada en la ley de derechos de autor número 16.716 de la República Oriental del Uruguay.

Género romance contemporáneo.

Email autora: cathryndebourgh@gmail.com

Bésame, princesa

Cathryn de Bourgh

Restaurant Trípoli

Milán

Él acababa de terminar su última aventura y no estaba buscando una nueva en esos momentos, pues a pesar de ser un hombre intensamente sexual le gustaba esperar y tener aquello que deseaba. No se dejaba tentar por lo fácil aunque sus amigos pensarán lo contrario. Ellos lo miraban con creciente envidia porque uno a uno había caído en el lazo del amor, rumbo al altar y ahora casados y algunos con algún niño a cuestas, se sentían francamente atrapados y desconformes. No todos. Pero sí su mejor amigo Giuseppe quien esa mañana de abril se quejaba de que el matrimonio era una maldita trampa mientras se acomodaba en una cómoda silla del fino restaurant y contemplaba con expresión perezosa la vista que tenían delante.

—Puedes considerarte afortunado —agregó.

El amigo aún soltero sonrió.

—Deja de quejarte, tienes una esposa preciosa y un hijo hermoso. Deberías sentirte feliz y agradecido.

Los ojos oscuros de su amigo parpadearon inquietos.

—Francesco, siempre dices eso pero no sabes lo que es el matrimonio.

Llevo cinco años y siento que son siglos. Y cuando creía firmemente que lo mejor era separarme... vino el regalo.

—Bueno, no hables así de tu hijo. Sé más considerado y deja de babearte por esa chica, te meterás en problemas.

Francesco no entendía a su amigo.

—Deberías considerarte afortunado, conseguiste una chica decente para casarte que te ama, dale tiempo, tampoco es fácil para ella estar casada contigo.

—Oh sí tú siempre defendiendo a las mujeres, no porque te importen sus derechos sino que no puedes sentir su voz o su olor sin que se te pare, ¿verdad? Te encantan las mujeres pero no eres bobo, no te casas con ninguna pero sí la defiendes a muerte porque son tu debilidad.

Su amigo sonrió.

—Sí, es verdad, adoro a las mujeres, me gusta sentir sus voces, verlas reunidas en un bar charlando y riendo, podría estar horas mirándolas pero te equivocas en algo, no me caso porque todavía ninguna me ha convencido de hacerlo. En realidad soy un solterón porque ninguna quiere casarse conmigo.

—Es porque no sabes disimular lo mucho que te gustan las mujeres, ellas prefieren a los tipos serios o que fingen ser serios. Tú eres un mujeriego perdido, aprende a ocultarlo y verás como enganchas alguna.

—Tal vez... pero puedo decirte algo, el día que me case será

locamente enamorado y convencido de que vale la pena perder mi libertad.

—Y eso no lo encontrarás si sales con tres mujeres a la vez, Francesco.

—Giuseppe, qué exagerado. Deja de decir tonterías. Bueno, tampoco soy un monje. Ahora puede ser. Hace semanas que no estoy con una mujer, y siento que son siglos pero no quiero llamar a Anne ni a las demás. Estoy tomándome un descanso. El sexo no es tan bueno como antes. Me aburre. Quisiera probar algo nuevo.

—¿Algo como una chica decente? Te haría bien. Ya no tienes veinte años para dejarte embaucar por zorras que te prometen un paraíso sexual.

Francesco sonrió.

—Tal vez... es que no encuentro chicas decentes para una relación seria, no en estos círculos. Todas quieren divertirse, regalos, sexo y eso me divierte lo confieso, lo disfruté pero llega un momento que te harta. Creo que llevo años sin saber lo que es la conquista, sin sufrir por tener lo que deseo.

—Vamos, tú no quieres formalizar ni casarte. Sólo conseguir una chica decente que no sea una zorra.

—No, pero sí quiero algo diferente. Aunque en realidad nunca se sabe, ¿no? Ustedes eran tan mujeriegos como yo y ahora...

La cara de su amigo se agrió.

—Y ahora estamos todos atrapados con hijos envidiando tu suerte por

ser soltero. Maldita rutina.

—Pero tienes una esposa esperándote todos los días en tu casa y también un hijo, deberías ser más agradecido y no quejarte.

—Tú no entiendes. La rutina... al comienzo todo es pasión, es fuego, cuando recién te atraparon son perfectas pero luego de que pasa el tiempo y creen realmente que te han atrapado... ya no es como antes. Además yo no quería tener hijos, no soy buen padre, tú lo sabes, nunca quise y se lo dije.

Francesco suspiró. Sabía lo difícil que había sido todo el tema del embarazo y luego el nacimiento y a pesar de que su amigo había cambiado todavía no estaba muy a gusto con su hijo. Era frío con él.

—Trata de esmerarte y no te enredes con esa chica, a ti te gusta sí pero vas a complicarte la vida. Además llevas sólo cinco años de casado, no puedes estar tan estresado, hay hombres que llevan diez, veinte años. Ten paciencia. Respeta a tu esposa, no es una mujer que se deje engañar, es inteligente y luego te verás metido en un lío tremendo. Chiara es capaz de darte una paliza.

—Claro es fácil para ti... tú tienes una mujer distinta todas las semanas, haces un click y las tienes a tus pies, tienes el teléfono de las más lindas.

—Pero tú no eres yo, tienes una esposa e hijo, piensa en ellos, son tu familia te guste o no. Sé que no querías tener hijos pero ese niño no tiene la

culpa de tus traumas, debes darle lo que merece, afecto y atención. Tú le quieres, lo sé, le quieres más que otros que se mueren por tener hijos y luego los abandonan.

—Sí, lo sé... pero mi esposa adora a ese niño y me ignora. Hace más de una semana que no tenemos sexo y no es la primera vez. Siempre está cansada y estresada porque él siempre se las arregla para llamar su atención, siempre le pasa algo. Y no es que no lo quiera pero pienso que ya no soy su prioridad, ya no me quiere como antes. Cuando una mujer tiene un hijo cambia, deja de ser tu esposa, ahora es la mamá de un niño y tú pasas a segundo plano... no a tercer plano o más abajo. Ya no le importas nada y se olvida. No es la primera vez que se olvida de mí. Hemos pospuesto viajes, salidas, cenas, y sexo por culpa de ese niño.

—Ese niño es tu hijo, ¿tú lo hiciste verdad?

—No, yo no lo hice, ella cambió las píldoras porque ese maldito doctor le recomendó unas nuevas que mejoraban la piel... Dios mío, ¿por qué las mujeres se obsesionan tanto con tener una piel tersa y sin arrugas? Esas malditas pastillas fueron mi ruina. Claro, mi hijo está aquí y no puedo hacer nada, pero no estaba en mis planes, todo era perfecto antes de que quedara embarazada y ahora, todo es rutina, malestar, peleas y...

—Una crisis matrimonial con todas las letras. No eres el único, Alberto está como tú, a diferencia que él quiere tener hijos y su mujer no... y

sufre por eso, pero al menos es más feliz que tú y no piensa en la forma de acostarse con su secretaria para desquitarse.

—Por más que hable no puedes entender, no sabes lo que es el matrimonio, no tienes idea y mejor para ti. No te lo aconsejo para nada.

—Bueno, algún día quiero casarme, no quiero hacerlo cuando sea un viejo de porquería, quisiera poder jugar al fútbol con mis hijos, y tener paciencia para criarlos... eso va menguando con los años.

—¿Acaso estás buscando esposa? Debes estar loco. Yo me casaría con Lía, es una chica preciosa.

Francesco sonrió.

—¿Lía mi esposa? Estás loco.

—¿Y por qué no? Es una mujer preciosa, elegante, fina, y además... hace todo lo que le pides.

Francesco sonrió.

—Sí, sería la esposa perfecta para ti porque es rubia y sensual, no para mí. Pero yo busco otra cosa. Una joven tranquila y decente para empezar. Lía es una gata gritona, ni loco me casaría con ella.

—Y esa otra que tenías, ¿cómo se llamaba? Diablos, tienes el catálogo de mujeres bonitas, disfruta y deja de pensar que debes atarte a una, no sabes lo que dices, luego de que te atraparon te olvidan. Pasas a ser el perro lanudo triste y abandonado moviendo la cola cada vez que tu mujer te hace algún

mimo.

Francesco largó la carcajada.

—Vaya, hoy sí que estás mal ¿eh? Vamos, bebe algo que te anime, no te soporto tan deprimido. Es una reunión de amigos y no quiero que lo arruines. Vendrán en unos minutos y no sé por qué se demoran tanto. El mozo está ansiando servir algo más que vino.

Sus amigos llegaron poco después, pero ninguno estaba tan amargado como Giuseppe, no todos estaban casados. Sin embargo dejaron de lado el tema esposas y charlaron de otras cosas, viejos tiempos. Anécdotas mientras el restaurant se llenaba de concurrencia femenina y Francesco suspiraba al oír las voces agudas y cantarinas de las mujeres. Le agradaba sentir que entre tantos amigos había mujeres bonitas para mirar, jóvenes, maduras, era agradable saber que estaban allí ejemplares del bello sexo. Sus ojos se desviaron en varias ocasiones para admirar a un grupo de chicas que conversaba animadamente mientras bebían vino, cerveza y cada una pedía un plato distinto pero sus ojos se detuvieron en una de ellas. Una jovencita de cabello oscuro y levemente rizado y ojos de una tonalidad miel, inmensos, dulces, reía sin parar de alguna anécdota que contaba su amiga de cabello multicolor. Se quedó embobado mirando a la jovencita, no debía tener más de veinte años y era preciosa, dulce, tan encantadoramente femenina y reía sin parar con una risa fresca. Casi olvidó su delicioso plato de anchoas, el vino

embotellado hace cincuenta años, sintió que se detenía el tiempo y su corazón latía enloquecido mientras contemplaba esa deliciosa mujercita de mirada dulce preguntándose si tal vez... podría acercarse y conversar con ella. No... si hacía eso quedaría como un acosador.

Entonces sus amigos notaron que estaba mirando a una mujer pues hacía rato que no despegaba sus ojos de esa mesa y comenzaron a hacer bromas.

—Mujeriego perdido, eso le decían, ¿dinos cuál te gusta?—le dijeron.

Pero Francesco no lo dijo. No quería que nadie mirara a su bella flor castaña que tenía los ojos más dulces que había visto en vida y que de repente al incorporarse para ir al tocador, descubrió que era perfecta. Lucía un vestido negro no muy ajustado que mostraba sus curvas sin pudor despertando miradas por doquier y sin embargo, mientras se alejaba la vio bajar la mirada como si fuera muy tímida. Francesco siguió inquieto a la joven que parecía dirigirse al toilette con su amiga de cabello multicolor que a diferencia de ella sí parecía pendiente de las miradas y vio que allí había un grupo de ejecutivos, pero al parecer su elegido fue Giulio, no él y en un instante le dirigió una sonrisa bastante descarada antes de desaparecer.

—Vaya qué buen trasero—dijo Giulio al referirse a la joven de cabello multicolor.

—Pues yo me quedo con la bajita, han visto esa delantera y esos ojos.

Dios mío, es preciosa—dijo Alberto.

Ese comentario molestó bastante a Francesco pues estaban hablando de su princesa y miró con rabia al idiota que había hecho ese comentario.

—Cállate puerco, no hables así de mi novia—dijo.

Su amigo Alberto se rió a carcajadas.

—¿Entonces ya tienes novia? ¿Y somos los últimos en enterarnos?— dijo.

—Sí y no vuelvas a hablar así de ella.

—¿Es tu novia? ¿Y cómo se llama?

—No lo sé, pero voy a preguntarle.

—Pues tienes suerte, es una chica preciosa, siempre me han gustado las chicas con encantos, curvilíneas... era una broma, no pongas esa cara.

Francesco le lanzó una mirada de advertencia y entonces, tuvo la idea de esperar un momento y buscar el baño de hombres, seguro que estaba cerca al de las chicas. Así tendría otra oportunidad de verla. Fue preciso, se demoró un poco y cuando llegaba al corredor se cruzó con la dulce chica quien reía y charlaba con su amiga distraída hasta que le vio. En realidad casi tropezaron así que tuvo que levantar la mirada obligada.

—Lo siento—mintió Francesco.

Ella lo miró ruborizada, sus mejillas se habían cubierto de rubor intenso y sus ojazos le miraron sorprendidos y tan dulces.

—Está bien, no importa—respondió y luego se alejó, nerviosa. Tal vez sí era muy tímida, pero cuando le miró sintió como si un rayo le traspasara. Un flechazo... y ese instante en que duró tuvo la sensación de que ella tampoco podía apartar sus ojos de los suyos y luego notó que sus mejillas se teñían de rosa para luego alejarse a toda prisa con su amiga de cabello multicolor. Siguió su camino a pesar de que no necesitaba usar el sanitario y luego regresó a la mesa con sus amigos para mirar a la hermosa damita de ojos color miel. ¿Qué edad tendría? Veinte o veintidós, no más de eso y al sentir su mirada se escondió un poco, inquieta y algo molesta... bueno él no le quitaba los ojos de encima, realmente disfrutaba mirándola.

—¿Por qué no la invitas un trago?—preguntó su amigo Giuseppe —
Vamos, tú puedes, eres soltero.

Francesco sonrió pensando que le habría gustado pero sabía que ella se negaría. Sin embargo sintió curiosidad por saber quién era, su nombre al menos para luego poder buscarla.

—No pierdas el tiempo, ¿no has visto su mano amigo?—dijo Alberto.

Su amigo estaba pesado ese día, primero diciendo que tenía buena delantera y ahora sin más le dijo que había visto una sortija de matrimonio o compromiso.

—Tal vez esté casada o comprometida, no creo que te dé corte.

Esas palabras enfurecieron a Francesco.

—Vete al demonio, ¿cómo puedes ver de aquí que lleva una sortija de bodas?—replicó molesto—Tal vez sólo sea un anillo.

—Bueno, sólo quise avisarte. ¿Crees que igual podrás conquistarla?

Entonces apareció un joven alto y rubio, de porte atlético y todas las chicas lo miraron. Cabello multicolor sonrió pero ella no era la elegida sino su bella princesa. Y sin más tomó su mano y la envolvió entre sus brazos para darle un beso apasionado frente a todos. Maldito. En un instante tuvo ganas de matarlo.

—¿Lo ves? Tal vez tu sirena ya está casada y su novio es alto... y fuerte. Creo que te dará una paliza.

Y de pronto el intruso se llevó a la rosa, que se fue con él con las mejillas más rojas que antes, y los ojos muy brillantes de enamorada.

¡Qué rabia sintió entonces! Unos celos voraces lo consumieron al pensar en esa pareja de enamorados y en esa joven que lo había hechizado minutos antes y ahora se iba del brazo de quien debía ser su marido o su prometido. Rabia, dolor y frustración. Algo muy raro para él. Diablos, al parecer había llegado tarde, debía buscarse otra chica a quién conquistar y enamorarse...

Sus amigos notaron que tenía la cara larga y uno de ellos rió.

—Vamos, tú puedes buscarte una más bonita. Cambia esa cara por favor. Eres soltero, disfrútalo. Tú que puedes...

Entonces llegó el mozo y Francesco le preguntó por la joven que acababa de irse, conocía a todos los que trabajaban en ese restaurant y siendo un cliente asiduo y también su padre un importante magnate hotelero no tuvo problema en saber su nombre.

El mozo sonrió.

—Ella no viene muy a menudo aquí, la joven de cabello violeta y rosa sí... —dijo el mozo, se refería a la de cabello multicolor por supuesto.

Pero Francesco no se rindió.

—¿Y cómo se llama la chica del cabello multicolor?

El mozo miró a la joven y puso cara de tonto.

—Es bonita pero muy ligera señor Francesco, no creo que... a menos que busque diversión.

—No estoy interesado en esa chica de cabellera multicolor, pero tal vez puedas averiguarme el nombre de su amiga...—respondió el millonario y deslizó un billete de cien euros por la mano del mozo. Este tomó la propina algo embarazado al comienzo pero prometió averiguar lo que le pedía.

No fue difícil tener la información que buscaba y a los pocos minutos el mozo le entregó una esquila con el nombre de la joven que tanto lo había cautivado. Sofia D'Alessandro. Qué nombre tan bonito. Dulce. Como ella.

Anotó su nombre en su celular y se preguntó si volvería a verla, era una chica preciosa y le gustaba, ¿qué importaba que tuviera novio o marido?

En el pasado había salido con casadas, con chicas muy enamoradas de sus novios y él como el diablo, las había tentado a la perdición. Tal vez podría hacerlo de nuevo.

—Vaya, esa chica te ha dejado embobado. Ten cuidado ¿eh? Porque así empiezan las cosas. Es el comienzo—le advirtió su amigo Giuseppe.

Francesco sonrió sin apartar su mirada del teléfono. Pensó que la próxima vez que la viera le sacaría una instantánea.

Quiso el destino que se encontraran de forma casual en otro restaurant, nuevamente ella fue con sus amigas y sin su novio y él fue con una chica porque odiaba cenar solo. Pero sus ojos se desviaron a la joven de bellos ojos color miel sintiendo que había tenido un golpe de suerte. Era el destino... el destino y su deseo de volver a verla. Todavía no había logrado averiguar mucho de esa joven, no sabía dónde trabajaba ni dónde vivía pero esperaba poder poner fin a eso.

Su compañera se molestó un poco al ver que se pasaba mirando a la joven de cabello castaño.

—Francesco... Vaya, al parecer te gusta mucho una chica que está en esa mesa. Dime, ¿es la rubia de exuberante escote?—preguntó algo picada por los celos.

Él sonrió, Lina era una vieja amiga con la que habían compartido muy

buenos momentos en el pasado pero esa noche sólo la invitó porque no quería comer solo.

—No, no es la rubia. Es la de cabello castaño y cara de ángel, tiene un vestido color rojo oscuro.

Lina miró con curiosidad y de pronto sonrió.

—No lo puedo creer... Pero yo conozco a esa chica, es la hija del banquero Alan D'Alessandro y dueño además de la casa Bellafini. Mi abuela tuvo que vender sus tesoros, platería, cuadros y esas cosas viejas que nadie quería y ellos le dieron buen dinero.

—¿Así? Vaya.

—Es una niña rica y remilgada, salió hace poco en la revista Oggi, porque va a casarse en dos meses, creo, con un tenista o algo así. Nada muy importante el chico. Dudo mucho que te preste atención,

Los ojos de Francesco se iluminaron.

—¿Entonces la conoces?

—Sí, sólo de vista, la traté unas veces cuando estuvo en la casa de mi abuela, era simpática, boba pero simpática. Ella trabaja en la casa de antigüedades y sabe bastante. Bueno con una familia de anticuarios y coleccionistas no me sorprende. Te gusta eh?

—¿Y qué edad tiene?

—Veintidós, o veintitrés, parece menor, tiene como carita de nena ¿no?

Vaya, se te cae la baba. No sé qué piensas amigo, pero dudo mucho que te preste atención, es una chica seria, no es para para un mujeriego insensible como tú Francesco.

Esas últimas palabras molestaron al galán, especialmente la última.

—¿Insensible dices? Oh vamos, ¿me dices insensible?

—Un poco sí, no te hagas. Jamás he sabido que tuvieras una relación estable que te durara unos meses. Te gustan mucho las mujeres para eso. ¿Y crees que tienes alguna esperanza con la niña rica? No sueñes.

Los ojos de Francesco miraron a la joven. Vaya, ahora sabía mucho más y sin embargo... diablos, jamás habría imaginado que se casaría en dos meses y trabajaba en la casa Bellafinni. Qué interesante. Eso le daba cierta esperanza... porque justamente necesitaba una casa de antigüedades para vender algunos “tesoros” de la mansión del lago y comenzar lentamente la remodelación.

—Es preciosa, me encanta—confesó con cierto pesar.

—Sí... pero es como una muñeca de colección guardada en una caja esperando que su novio tenista la saque de allí y la coloque en un nuevo pedestal. Diseñada para ser como su madre, para vivir como una esposa a la sombra de su marido, encargada de obras de beneficencia, católica y conservadora, trayendo al mundo todos los hijos que Dios le mande. Ciertamente que siento pena por ella, odiaría vivir así, como una muñeca

guardada en una caja para siempre sin tener vida propia, sin poder trabajar ni hacer cosas...

—Y a mí me encantaría llevarme a esa muñeca con caja y todo para mi habitación y cerrar todas las puertas para que no pueda escaparse.

Lina rio a carcajadas.

—Tú estás loco, Francesco. Si la tocas su padre te mata a tiros. Es Alan D'Alessandro, el tipo ese está en política, en la banca, dicen que es medio mafioso. Son gente rara, recalcitrantes. Además está comprometida en matrimonio, no te dará corte ninguna.

—¿De veras? Pues con gusto me casaría con ella sin importarme que tenga novio y un padre como un ogro verde dispuesto a decapitarme.

—Eso dices ahora pero dudo que sea tan divertido. Realmente me hace gracia ver que te pones así por una chica que ni conoces. Tú nunca buscaste un compromiso, eres el soltero más mujeriego y más enamorado de todas las mujeres que existe.

—Bueno, los mujeriegos también cambiamos a veces...

—Oh eso no te lo cree ninguna mujer sensata por favor, si algo he aprendido en esta vida—remarcó con énfasis mientras bebía un sorbo de vino—es que los mujeriegos jamás cambian. No pueden hacerlo. Es un vicio para ellos, como fumar, beber, las mujeres son un vicio más para ciertos hombres como tú. Somos tú debilidad, no lo niegues. Y supongamos que ella te presta

atención y logras conquistarla... te la llevarías a la cama y lo pasarías muy bien hasta que aparezca otra que llame tu atención. No, tú no estás hecho para una pareja estable ni para compromisos y será mejor que te quedes así cómo estás porque ya sabes que luego de que tienes un compromiso, una familia, hay otras personas que sufren por culpa de los mujeriegos.

—No soy tan mujeriego como crees, si tuviera una novia tan bonita y dulce como esa chica creo que cambiaría. Sabes, no me conoces tanto como crees, estoy un poco harto de las aventuras.

—¿De veras? ¿Tú harto de las aventuras? No te creo.

—Pues créeme, estoy buscando algo nuevo, algo que no sea simple sexo y diversión. Tengo veintinueve años y he tenido muchas mujeres pero ahora me he tomado un descanso de las aventuras. Ya me aburre salir con chicas que sólo quieren divertirse y pasarlo bien, quisiera algo nuevo, algo distinto... quisiera enamorarme, ¿sabes? empiezo a sentir el paso del tiempo, cosas que extraño tener y no tengo como una bonita esposa esperándome en casa, hijos.

Su amiga puso cara seria, no bromeaba como antes, al menos no creía que pudiera bromear sobre algo como eso.

—Dios mío, ¿estás buscando novia? ¿Cuánto te durará esa locura? ¿Quieres enamorarte, casarte y tener hijos? Pensé que nunca oiría algo así de ti.

—Es verdad, siempre he sido sincero y siempre le escapé al compromiso. Pero la gente cambia verdad, tú has cambiado...

Lina sonrió.

—Sí es verdad, tanto sexo sin nada más que sexo aburre... Las mujeres además tenemos un tiempo para tener hijos y para ello a veces buscamos algo estable. Pero tú no tienes necesidad, dudo que quieras tener hijos o casarte, tal vez querrás buscarte una chica decente para conquistar. Los hombres como tú siempre buscan la conquista.

—Ya no... creo que me harté también de eso. Al final lo más bueno se vuelve rutina y lo fácil se convierte en hastío y a pesar de tener familia y amigos he llegado a sentirme solo. Y no entiendo a mis amigos que se quejan de sus esposas, llega un momento que quieres compartir momentos, compartir tu vida con alguien especial... antes me daba miedo formalizar pero ahora lo necesito.

—Bueno, supongo que te afecta que tus viejos amigos de correría se hayan casado ya... porque al madurar uno busca otras cosas. Sólo piensa que si vas a buscarte una compañera debes serle fiel y olvidar a todas las mujeres que te rodean y que tanto te gusta mirar. Pienso que eso va a costarte bastante porque tú adoras a las mujeres, demasiado y eso es lo que más espanta a una chica decente. Ninguna querrá liarse con un mujeriego perdido como tú. Aprende a disimular, deja de voltear cada vez que ves una chica guapa al

menos por un tiempo. Dicen que el hombre es un animal de costumbres, ¿verdad? Tal vez si te acostumbras a no ir detrás de todas, tal vez digo que tal vez puedas ser lo más parecido a un hombre serio. Lo más parecido, no igual.

Francesco rió tentado.

—Ya no ando detrás de todas—dijo luego.

—Oh vamos, si salías con cuatro a la vez... ¿o eran seis? Siempre te gustaba alguna y luego aparecía otra pero ninguna te duró más de unas semanas. Es que las mujeres también queremos otras cosas, no sólo buen sexo. No intentes conquistar a una chica como Sofía por el sexo porque no te funcionará.

Eso le interesó de inmediato.

—¿Y cómo podría conquistarla?

—No lo sé pero la veo difícil. Hija de un político conservador, niña rica y consentida, a punto de casarse... tienes una chance en un millón de lograr algo.

Pero los ojos de Francesco estaban fijos en la joven novia prometida. La quería a ella y ahora sabía un poco más. Trabajaba en la casa Bellafinni. Al diablo con las advertencias de Lina, le gustaba esa chica y ella también lo miraba a veces. ¿Por qué no podía acercarse y ver qué pasaba? Él no era un sátiro ni un seductor sin escrúpulos y en todo caso, ella tenía la última palabra. Si tanto amaba a su prometido no le prestaría atención.

Sus ojos lo miraron un momento y sintió de nuevo esa chispa. Pero era muy tímida, enseguida bajó la mirada y le ignoró. Sí, tal vez fuera difícil pero no imposible...

Pasaba mucho tiempo en el trabajo, debía frenar eso, no tendría tiempo de buscar a Sofia si no hacía algo con sus horas y constantes obligaciones. Era tiempo de empezar a delegar cosas.

Mientras esperaba una nueva ocasión para ver a Sofia. Tenía una foto suya en el celular, un amigo se la había pasado, era de un periódico que le realizó una nota hacía tiempo sobre la obra de caridad de la familia. Pero no sólo caridad, también tenía empresas en el rubro restauración y antigüedades, pero ella no siempre participaba. Sólo iba de forma asidua al anticuario de su familia y acaba de terminar una carrera de bellas artes. De allí eran sus amigas, las que siempre iban al restaurant, cabello multicolor era de allí. Se llamaba Iara y era una chica alegre pero algo hueca, sin embargo parecía ser su amiga más cercana.

Eso notó las veces que la siguió hasta su casa.

No deseaba hacerlo, pero estaba enamorado de esa chica, con solo verla sentía su corazón palpitar enloquecido y luego la dicha era tan inmensa que no le importó seguirla como un voyeur al comienzo. No lo hacía siempre, sólo a veces mientras buscaba la forma de acercarse sin despertar sospechas.

Sabía a qué hora salía con su novio, y a donde iban pero no los seguía, sólo la veía un instante y luego se iba.

Pensaba la manera de acercarse de forma casual mientras le sacaba fotos en su celular y crecía lentamente su obsesión por esa joven dulce y prohibida mientras se preguntaba por qué debía ser prohibida. Estaba seguro de que su novio era un estúpido y que ella no estaba realmente enamorada de él.

Y en vísperas de la boda decidió dar un paso más.

Pues para empezar no le agradaba estar siempre en la sombra como un acosador chiflado, no quería obsesionarse y volverse loco sin al menos tener algo con esa chica que le gustaba. Pero entendía que para ella era sólo un extraño que la miraba con ojos de enamorado, si es que llegaba a darse cuenta. Entonces ideó un plan algo loco.

Pensó que sería buena idea renovar el mobiliario de su casa del lago, su padre se escandalizaría, pero no le importó, era una excusa para acercarse a ella y tratar de lograr algo.

Encontró la excusa y logró una entrevista para ir el sábado. A pesar de que su familia era omnipresente y controladora, usó la amistad que tenía su padre con el padre de Sofía para lograr que ella lo atendiera en persona. Fue recibido con beneplácito, con la historia de que quería remodelar la vieja mansión del bosque y necesitaba muebles apropiados y antiguos.

El encargado se mostró muy impresionado y los familiares de la joven también. Eran snobs, les agradaba tener clientes de rancia estirpe... Los condes de Chiavari le fueron muy útiles entonces.

Y luego de dar vueltas logró que ella que era la encargada de las antigüedades lo atendiera personalmente.

Tembló como un adolescente cuando la vio parada en el amplio salón, aguardando su visita con cierta ansiedad. Sus ojos hermosos le miraron con cierta sorpresa. Sabía quién era, o al menos recordaba haberle visto en el restaurant en dos ocasiones.

—Buenos días, señor Francesco—se veía algo incómoda pero luchaba por dominarse, sin embargo notó que sus ojos tenían un brillo especial.

—Hola. Lamento llegar antes de tiempo es que tengo cierta prisa...

La joven sonrió de forma forzada, su presencia parecía incomodarla un poco y a pesar de que se esforzó por enseñarle las antigüedades que tenía en el local: un buró del siglo XIX, una cómoda y toilette y jarrones chinos. Pero los ojos del hombre siempre regresaban a ella.

—Tal vez debería ver usted la casa para poder decirme qué mueble me convendría llevar—dijo muy serio, tratando de que no pareciera una invitación muy evidente, aunque en realidad sí lo era.

Ella lo miró asustada como si ir a su casa significara algo malo y pecaminoso.

—Me encantaría... pero no puedo, tengo que estudiar y además... tengo otras cosas que resolver.

—Oh claro, por supuesto. Pensaba que... tal vez sería sólo una hora de su tiempo. La llevaría en mi auto y luego la traería de regreso en menos de una hora. Se lo prometo.

Ella sonrió vencida.

—¿Me invita a su mansión ancestral y espera que sólo esté una hora? Me llevará más tiempo sacar fotografías y ver el lugar. Además debería acompañarme un experto en obras de arte, temo no estar preparada para evaluar los daños pero sí podría sugerirle algunos muebles.

Sin embargo la propuesta la fascinaba, no porque quisiera algo con él, estaba seguro de que ella no quería nada con él todavía, pero la mansión ancestral de su familia aristocrática la tentaba. Era un museo de obras de artes, un vetusto mausoleo lleno de historia viviente y eso al parecer la apasionaba. Porque le encantaban las antigüedades.

Y él fue muy hábil al mencionar algunos de sus tesoros para captar su interés.

—Tal vez un sábado. Un sábado puede venir y almorzar en la mansión y le dará el tiempo para revisar sus tesoros. Es necesario restaurar ese mausoleo porque mi padre quiere venderlo un día.

Los ojos de la joven le miraron sin ocultar su horror.

—¿Venderá la mansión del lago de los tiempos de los Médici? No puede hacer eso. Sería terrible.

—Bueno, no hay nada definitivo. Tal vez usted podría convencer a mi padre de su valor artístico y cultural, yo me he dado por vencido. Mi padre es un hombre de negocios y para él la mansión del lago lleva el rótulo de “pérdidas permanentes”. Estoy intentando lograr una rebaja importante de los impuestos inmobiliarios y demás, pero no será mucho. Y al parecer hay un millonario inglés de esos que son muy amantes de las historias de linaje que quiere comprarla y ha duplicado su oferta. Mi padre no sabe si venderle o demandarle por acoso pues no lo deja en paz. Dijo que si al menos fuera una mujer bonita tal vez le prestaría atención pero como es un viejo feo, realmente le fastidia que insista tanto.

Sofía rió tentada al oír la historia pero luego se puso seria.

—Su padre no debe vender esa reliquia, señor Francesco y menos a un extranjero. Es patrimonio cultural del país.

—Por supuesto que lo es. Si pudiera convencerlo de eso... es que siempre he soñado con vivir con mi esposa e hijos en la mansión del lago un día. Tal vez piense que es tonto pero sentiría tal dolor si mi padre vende esa propiedad que casi ya no desearía casarme.

La joven rió al oír esas palabras.

—Bueno, tal vez podría intentarlo.

El millonario la miró con intensidad.

—Por favor—le pidió—Si viene este sábado... yo mismo vendré a buscarla aquí.

—No trabajo los sábados, señor Chiavari.

—Bueno, mejor, entonces puedes tomarte el día libre.

Ella no parecía muy convencida, tal vez tenía planes con su novio ese día, él tuvo que convencerla con paciencia y volvió a hablarle de la mansión del lago y no paró hasta arrancarle una promesa.

—A las diez pasaré por ti y te llevaré a la mansión. Lleva portátil, cámaras para lo que necesites. Puedes sacar las fotos que desees.

Sus ojos se iluminaron, no por él seguramente, por la aventura de conocer la famosa mansión Arezzo de los condes de Chiavari. Bendito mausoleo familiar, estaba seguro de que ella quedaría tan fascinada con la mansión que querría volver y tal vez...

—Bueno, es que debo preguntarle a mi madre porque el sábado es un día complicado, almuerzo en familia y luego una kermese para ayudar a los niños del asilo—dijo la joven.

Él asintió comprensivo.

—Bueno, no te robaré más que unas horas, puedes decirle que irás a la mansión del lago y yo respondo por ti.

La joven vaciló, en ningún momento habló de su prometido. Era

extraño que un sábado no tuviera planes con su novio pero mejor así...

—Te dejo mi teléfono. Envíame un mensaje al whatsapp. Si no puedes este sábado tal vez el domingo.

—Oh no el domingo sí que no puedo, debo ir a ver el salón de fiesta con mi novio.

Lo dijo con naturalidad mientras se tocaba el anillo, algo nerviosa.

—Bueno, no hay problema. ¿Entonces el sábado?

Ella aceptó sin pensar demasiado. Parecía tentada y anotó cuidadosamente su número de celular.

Que la casa ancestral sirviera de sebo le parecía un milagro, pero si resultaba tendría mucho de qué sentirse agradecido. Si lograba atraerla a la trampa tal vez...

La joven anotó su número y de pronto vio la foto de sus amigos riéndose en su última fiesta. Era su antigua foto de perfil de Whatsapp debía cambiarla.

—¿Eres tú?—preguntó inquieta enseñándole la fotografía.

Él sonrió.

—Sí, soy yo...es una foto vieja. No es actual. Debo actualizarla.

Ella sonrió y le envió un mensaje para que registrara su número. Él lo agendó rápidamente mientras veía su fotografía. Allí estaba Sofía, su princesa. Era una foto de cerca y estaba preciosa.

Le envió un emoticón que no fuera demasiado obvio y luego de marcharse esperó con ansiedad su respuesta mientras miraba su foto. Era una chica preciosa, tan dulce... ¿qué tenía que hacer para evitar que cometiera el mayor error de su vida al casarse con ese ser insignificante? Porque estaba seguro de que esa boda era un error. Una joven como esa no podía casarse con un tenista. Un sujeto rubio con cara de tonto que no debía tener más de veinticinco.

Él debía ser capaz de cambiar esa situación, era un seductor nato pero sabía que debía irse con pies de plomo, con mucho cuidado porque un paso en falso y...

Dejó de seguirla esos días. Pensó que no era correcto hacerlo. Aunque se muriera de ganas...

Hizo unas llamadas ese día mientras trabajaba para hablar con el mayordomo de la mansión.

—El sábado iré con una amiga, Alfredo, por favor, que todo esté preparado. No quiero sorpresas, ni parientes y por supuesto nada de turistas dando vueltas.

El encargado no pudo evitar reírse por las recomendaciones.

—No se preocupe signore Chiavari, no hay turistas en esta época y si hay alguno me encargaré de que se retiren. Sus primos hace mucho tiempo que tampoco visitan la mansión Arezzo, no desde que ese inglés ha dicho a todos

que va a comprarla.

—Sobre mi cadáver la comprará.

—Espero que no sea para tanto. Ese caballero quiere convertir la mansión en un lugar de vicio. Sus ancestros se horrorizarían de ver un inglés en la casa.

—Eso no pasará. Hablaré con mi padre ahora, Alfredo. ¿Ha vuelto a visitar la casa?

—No... hace meses que no aparece.

Y sin perder tiempo fue a verlo, odiaba hablar temas importantes por teléfono.

Tuvo suerte de encontrarlo en una reunión y no de viaje con su esposa veinte años menos. Todavía le chocaba verlo con esa mujercita. Era la típica modelito trepadora que tendría alguna peli porno en su haber, demasiado había hecho sufrir a su pobre madre años atrás. Pudo tenerla escondida y divertirse, el problema era que su padre era un tonto que no sabía engañar y tener amantes a escondidas, todo tenía que exagerarlo y dramatizarlo. O tal vez la mujercita supo atraparle bien.

Lo cierto es que nunca iba a sus reuniones sociales con su nueva mujer y él también evitaba ir a su casa siempre que podía, por eso prefería hablar con él en el trabajo.

—¿Qué sucede, Francesco? ¿Pasó algo?—preguntó su padre.

—El sábado iré a la mansión del lago con una amiga y me he enterado que un perro inglés quiere comprarla. Espero que no pienses en venderla.

La cara de su padre cambió.

—¿Irás a la mansión con una nueva conquista? Vaya. Es la primera vez que lo haces.

—Ella no es mi conquista papá, es una amiga. Sabes que tengo planes para esa casa y no soportaría pensar que gastaré dinero para que otro lo disfrute.

Su padre hizo un ademán de impaciencia.

—Ten calma, no venderé nada. Es imposible vender una propiedad en fideicomiso con esas complicadas cláusulas. Créeme ya lo averigüé, pero si te interesa pasará a ti por ser mi primogénito. Pero sabes que la perderás si no logras dejarla a un hijo y entonces, quedará para tu sobrino.

—Pues eso no pasará—aseguró Francesco.

—Dependerá de ti, hasta ahora ninguna mujer te ha durado más de un par de semanas. Deberías buscar algo estable, no siempre serás joven ni tendrás tantas chicas para escoger.

Francesco no quería oír sermones.

—¿Entonces lo de la venta al inglés es falso?

—Hubo un tipo sí que estuvo acosándome un tiempo para que la vendiera pero ya le expliqué el fideicomiso y él dijo que se podía deshacer

con un buen abogado. No ha hecho más que ofrecerme dinero pero ya sabes cómo van las cosas allí. Es necesario hacer algo con ese mausoleo porque ahora no hace más que devorarse fortunas. Y espero que ya que eres el heredero y te muestras interesado no sé si para impresionar a tu nueva amiga...

—No es sólo por eso. Tú sabes que esa casa siempre ha sido especial para mí, me crié allí, mi madre...

Su madre era un tema doloroso. Había muerto hacía dos años luego de que su padre la dejara por su secretaria había enfermado de cáncer y fue tan fulminante que nada pudo hacerse.

—Sí, lo sé... te criaste en esa casa. Bueno, pues espero que hagas algo. Yo ya hice mi parte para conservarlo y he mantenido a raya a los acreedores pagando los impuestos y los gastos pero creo que si no me ayudas y de eso quería hablarte, si no empiezas a colaborar haciéndote cargo de tu herencia... pues hace falta más que ir algunos fines de semana con tus amigos, hace falta hacer algo con esas tierras de cultivo, el vino que se hace allí y todo lo demás. Yo ya no puedo encargarme.

Su padre había dejado de ir luego del escandaloso divorcio y su madre había pasado allí sus últimos años.

—Bueno, tú decías que era tu herencia y tú responsabilidad, papá.

—Sí, lo era pero a mi esposa no le agrada la mansión, dice que está

embruada y se pone muy nerviosa cada vez que va.

Vaya, eso era insólito.

—Y yo soy operado del corazón, tengo cincuenta y seis años, no soy un nene y quiero disfrutar un poco antes de irme al cajón.

—¿Entonces quieres dejarme el legado ahora? ¿Hablas en serio?

—Pues ya que preguntas sí, me agrada la idea. Hablaré con mi abogado y arreglaré la sucesión, pero antes debes estar seguro de esto. Hay mucho trabajo que hacer y tal vez debas dejar tu empresa un tiempo y manejar el dinero del fideicomiso para pagar y buscar la forma de convertir la mansión Arezzo lo que ahora llaman “sustentable”. Se puede sacar provecho de las tierras y también exhibirlo como una atracción turística.

—No me gusta ver a todos esos extranjeros merodeando y pisando los jardines, dejando desperdicios por todas partes. Han causado demasiado daño a la propiedad, papá.

—Sí, es verdad. Pero se puede sacar un buen dinerillo con visitas guiadas, con el personal adecuado. No desprecies esa posibilidad.

—Pues prefería vender algún retrato en vez de tener que soportar un millón de turistas quemando todo y dejando el lugar convertido en un completo asco.

Su padre puso cara de espanto.

—No puedes tocar ni una de esas pinturas y lo sabes. Forman parte del

legado. Sabes que si vendes algo dirán que estamos arruinados.

—¿Y eso qué importa? Hay demasiados muebles y tesoros puestos allí que nadie utiliza, que quieren conservar hasta el final de los tiempos. Esa mansión necesita reparaciones, siempre hay que hacerle arreglos, mantenimiento y eso cuesta una fortuna y mi empresa no sería suficiente, tú lo sabes.

—Bueno, deberás aprender a manejarte con las cuentas, al fin y al cabo esa mansión también es un negocio familiar, sólo que insume muchos gastos. Y no puede venderse, por desgracia, si pudiera vendérselo a ese loco inglés lo habría hecho, te lo aseguro. Sabes que esa casa nos ha dejado en la ruina muchas veces. Y si resulta excesivo para ti...

—No será excesivo, sólo necesito ver la forma de hacerlo sustentaba, como tú mismo dices.

—Y verás que no es tan sencillo como pensabas.

Francesco abandonó la reunión de mal talante. ¿Así que su padre habría preferido vender la mansión para no tener que seguir solventando sus excesivos gastos? Pues no lo permitiría. Esa mansión era el legado familiar. Era su pasado, su orgullo y había pasado su infancia allí como todos los herederos del clan Chiavari.

Pero sabía que tenía suficientes tesoros para tentar a ladrones y empleados, por eso necesitaba realizar el inventario ese año y cada año

siempre había pequeños faltantes. Platería, relojes y cosas no muy valiosas pero... odiaba que eso pasara y esperaba poner fin a eso cuando tuviera ese legado en sus manos.

Por el momento sólo quería ver en qué estado se encontraban las obras de arte y el mobiliario más valioso.

Resultaba algo extraño tener que tomar posesión de una herencia en vida de su padre, pero al parecer su esposa no quería saber nada de la mansión y tal vez por eso él había dejado de ir los fines de semana como antes y... Eso era bueno. E inesperado.

Una llamada a su celular despertó su atención.

Era ella. No podía creerlo.

—Hola... quería avisarte que el sábado puedo ir a la mansión a las nueve pero debo regresar temprano, no más de las tres—dijo.

—Estupendo. Sí... por supuesto. No hay problema.

Estaba encantado. Pensó que tendría que esperar hasta el viernes de noche para saber algo.

—Pero quería pedirle... si era posible que me acompañara un empleado que es experto en obras de arte para poder ayudarle mejor—insistió Sofia.

Eso no le agradó demasiado. ¿Un empleado?

—¿Trabaja para usted, señorita D'Alessandro?—quiso saber.

—No... pero es socio de mi padre y es experto en subastas y pensé que...Es de confianza. De mi absoluta confianza.

—Señorita Sofía, no me malinterprete pero por ahora deseo manejar este asunto con cierta discreción. Si desea puede tomar algunas fotografías o hacer luego posteriores consultas. Pero no puedo recibir a su empleado.

—Por supuesto. Sí, entiendo.

Suspiró cuando pudo sacarse de encima al fisgón metiche. No quería terceros ese día. No soportaría que un intruso se metiera en sus conversaciones. Además había demasiados tesoros en la mansión y no quería que luego ese experto estuviera hablando de más...

Por otra parte esa primera cita sería crucial para muchas cosas... y no quería ningún experto en antigüedades molestando. En realidad no necesitaba uno, tenía un amigo que manejaba esas cosas muy bien y sabía porque su padre tenía un negocio de antigüedades.

Esperaba que ella no cambiara de parecer.

—Por favor no faltes, es que... mi padre me ha pedido que busque la forma de vender algún retrato para salvar la mansión del codicioso inglés— agregó.

—¿De veras? Bueno no hay problema. Iré.

—Pasaré a buscarte a las nueve o antes...

—Sí, está bien, pero recuerda que debo regresar temprano—su voz

tuvo una leve vacilación.

Y él pensó que le encantaba oír su voz dulce y serena y dijo algo más para estirar el momento del adiós.

—¿Entonces tus padres te dejan ir a la mansión?

—Sí... bueno, ya no soy una niña ¿sabes? Tengo veintidós años— replicó.

—Disculpa... es que pensé que tal vez... olvida lo que dije.

—Bueno, en realidad mis padres están encantados en que visita el hogar ancestral de los condes de Chiavari. Me preguntaron si podía sacar alguna instantánea para que puedan ver la mansión.

—Sí, por supuesto. Puedes llevar cámara de fotos si gustas.

Hacía una excepción, no permitía fotografías y muchas veces los empleados de la mansión debían alejar curiosos y confiscar cámaras. Los letreros eran claros. Pero estaría encantado de ella sacara unas fotos, unas selfies con él para que viera el entrometido y estúpido de su prometido...

Luego de cortar la comunicación dio vueltas en su oficina sintiendo que caminaba sobre una nube. No podía creer su buena suerte, ella iría, iría a la mansión ancestral y pasarían el día juntos o casi el día, hasta las tres, seis horas...

Luego se dijo que todo debía ser perfecto y nada debía arruinarlo.

Así que volvió a hacer llamadas a la mansión, habló nuevamente con

su padre y luego deseó con ansiedad que el tiempo pasara volando.

Cuando al fin llegó el sábado Francesco tenía todo listo para ir a buscar a su futura esposa. Estaba tan embaldado con eso que ni él mismo lo creía pero pensaba en ella de esa forma pensando cómo haría para librarse de ese estorbo llamado prometido de ella a tiempo para impedir una boda que sabía sería en menos de dos meses.

Cuando ella vio el auto estacionado, ese Audi azul se estremeció. Rayos, ¿era sólo una salida de trabajo, por qué estaba tan nerviosa? Se miró en el espejito que llevaba en la cartera para ver si no lucía muy maquillada y luego caminó despacio con su falda evasé de jean azul cubriendo apenas sus rodillas, una blusa blanca con volados y cuello de encaje muy retro y esa chaqueta liviana que le daba un toque más formal. Estuvo horas eligiendo ese atuendo y ahora miraba nerviosa el auto y a él con la sensación de que lo que estaba haciendo no era correcto.

Francesco se acercó y sonrió al verla, estaba preciosa pero no lo dijo para no intimidarla y que eso no pareciera una cita romántica, aunque lo fuera, no quería que ella lo notara todavía pues la notó algo cohibida y nerviosa.

—Hola, lamento el retraso... es que el tránsito estaba fatal—dijo él—
Todos los ciudadanos escapando de Milán a la misma hora rumbo no sé a dónde, pero todos tenían prisa por dejar la ciudad—agregó.

Ella sonrió enseñando una hilera de dientes pequeños y blancos mientras en sus mejillas llenas se formaban dos hoyuelos tan encantadores como esa mirada tan dulce y serena que apartó despacio al sentir la suya. Vaya, tal vez había conseguido turbarla, eso era maravilloso. Pero debía ir con mucha cautela y ser sutil. No convenía mostrar mucho interés al comienzo o la pobre chica se sentiría acosada.

Solía manejar rápido y los embotellamientos le ponían de mal humor así que solía esquivarlos y moverse a gran velocidad. Lo que provocaba que hiciera algunos movimientos bruscos pero le urgía llegar cuanto antes a la mansión del bosque para disfrutar el día con su bella princesa. Vaya, hacía mucho tiempo que no llamaba así a una partenaire aunque ella no era su partenaire todavía...

—Disculpa, ¿podrías ir un poco más despacio?—dijo la joven ajena a sus maquinaciones.

Él sonrió y trató de disminuir un poco la velocidad pero a esa altura no podía hacer muchos cambios pues se encontraba enfrascado haciendo varias jugadas para adelantar a la camioneta doble camina que iba como tortuga.

Pero luego de terminar la maniobra y agarrar la ruta de lleno le fue difícil parar. La pobre joven se puso pálida y en algún momento cerró los ojos para no ver las locuras que hacía en el tránsito ese hombre.

Sólo cuando llegaron a la carretera y vislumbró la zona boscosa a lo

lejos se tranquilizó un poco pero de todas formas su corazón sufría un vuelco.

—¿Te sientes bien?

Ella lo miró aterrada.

—Sí—farfulló.

—Bueno, ya pasó lo peor, ahora tardaremos unos minutos en llegar.

Cuéntame un poco de ti. No hemos podido conversar con ese tráfico infernal.

—Bueno, ¿qué quieres saber?

Él la miró un instante.

—Lo que quieras contarme.

—No hay mucho que contar, estudié arte, trabajo en la casa Bellafinni hace dos años...

La joven sonrió y se tocó el anillo de compromiso en un gesto que le había visto hacer antes. ¿Qué significaría? ¿Dudas? ¿Culpa tal vez? No, era muy pronto para eso.

—Sabes, estaba deseando conocer la mansión Arezzo—dijo entonces—hace tiempo escuché una historia de una maldición.

—¿Una maldición?

—Sí, al parecer hubo una muerte trágica y...—ella parecía algo incómoda—y luego todos hablaron de la maldición de la familia Chiavari.

Él sonrió. Vaya, al parecer estaba enterada de ese episodio.

—Fue hace mucho tiempo... Un tío mío se casó con una mujer

depresiva y tuvo la feliz idea de suicidarse durante una estadía en la mansión. Además había un montón de invitados, amigos, parientes... lo que causó conmoción y más revuelo del que esperábamos pero eso ocurrió hace más de veinte años. ¿Todavía se habla de eso?

—¡Qué triste! Pobrecita. Suicidarse por depresión... supongo que debió sentirse muy sola.

Francesco no supo qué decir sobre eso.

—Bueno, en realidad la depresión es una enfermedad muy grave y al parecer ellos tenían problemas conyugales y por eso, en una discusión ella se fue y tomó pastillas y... te aseguro que no fue por la maldición de los condes de Chiavari ni nada por el estilo aunque se dijo que era por la maldición de la familia.

—¿Entonces no hay fantasmas en la mansión ni tampoco maldiciones?

—Creo que no. En todo caso todos nacemos y un buen día morimos y sé que la esposa de ese tío sufría problemas mentales, depresión, angustia y descubrió que su marido tenía una amante desde hacía años con la que tenía un hijo y ella al parecer había perdido varios embarazos y no podía tener hijos... fue demasiado para la pobre. Muy triste sí. Pienso que su mala suerte fue cruzarse en el camino de mi tío porque era un hombre insensible y mujeriego perdido. Bueno, no es que yo sea un santo ni nada pero creo que luego de que asumes un compromiso y te casas debes respetar a tu esposa, pues por algo la

has elegido para compartir tu vida.

Ella le miró muy atenta a todas sus palabras.

—Y bueno, luego ocurrió la tragedia que nos dejó muy conmovidos a todos aunque en esa época era un niño recuerdo bien a mi madre llorando porque conocía a Elina, eran buenas amigas y entonces claro, se habló de la maldición por mucho tiempo.

—Mi madre recordó el episodio porque Elina era prima de una amiga de ella y fue muy triste, es verdad.

—Sí, salió en los diarios y tuvo mucha repercusión en su momento, luego se habló de la maldición... La maldición de la bruja o algo así se llama. Ahora te contaré esa historia. Al parecer un antepasado se casó con una joven que al parecer practicaba la hechicería, veía cosas que las demás personas no y cuando descubrió que su esposo lo engañaba lo cortó en pedazos y lo escondió para que la amante no tuviera tumba dónde llorarle. Dijo a sus familiares que había ido a España a peregrinar... desapareció y se convirtió en fantasma —sonrió al ver que Sofía lo miraba con cara de espanto— Bueno, pasó el tiempo y antes de morir la condesa le dijo a su confesor su horrible crimen. Al parecer en los tiempos medievales las personas temían irse al infierno y por eso era muy importante confesar sus culpas antes de partir y la peste llegó a la mansión de los condes y la condesa bruja supo que su final estaba cerca. Todos creían que su marido había muerto durante la travesía del

peregrinaje y cuando supieron la verdad buscaron su cuerpo, escarbaron durante días, semanas pero el cuerpo del conde nunca fue encontrado.

—Eso es horrible... ¿entonces, el pobre hombre jamás recibió cristiana sepultura?

—No... es que no pudieron encontrarle. Imagina que si su esposa le cortó en pedazos... perdona, es muy morboso esto, cambiemos de tema. Es sólo una cáscara, lo que importa es el alma ¿verdad?

Ella asintió en silencio impresionada por la historia.

—Parece una película de terror pero además eso pasó hace mucho, es ridículo pensar que el fantasma de ese hombre todavía está aquí. Y que su fantasma maldijo a todos los condes... no creo en esas cosas en realidad. Hubo algunas muertes pero bueno, nacemos y morimos, pero dudo mucho que sea por obra de un fantasma resentido.

El paisaje se tornó boscoso y colorido, era pleno abril y no había nada más hermoso que ese tiempo para estar en la mansión Arezzo. Colinas y bosques con un cielo azul sin un nube y un sol radiante, ciertamente que era un día espléndido.

Francesco aminoró la marcha y atravesó el sendero que lo guiaría a la mansión Arezzo. Hermosa y milenaria. Tenía más de cuatrocientos años de construida y permanecía intacta casi. Testigo de crímenes, suicidios y también de cosas muy buenas, no todo había sido malo. Él corrió por sus jardines

siendo niño seguido de sus dos hermanos más grandes. Uno de ellos había muerto en un accidente hacía cinco años pero vivía como un loco, bebía, se drogaba, era una bala perdida y de genio tan endemoniado que nadie podía con él. Su otro hermano se encontraba viajando por el mundo luego de pelear con su novia de toda la vida y regresaría en un año o dos, nadie lo sabía. De vez en cuando enviaba una postal o una carta.

Tal vez hubiera algo cierto en la maldición. De ser una familia unida a terminar todos cada uno por su lado. Pero lo más triste fue perder a su madre y a su hermano. Aunque de alguna manera sabían que Ricardo terminaría así.

La visión de la mansión colmó sus sentidos. Qué lugar tan maravilloso, soñaba con criar allí a sus hijos, con una esposa bella y dulce esperándole... miró a Sofía y notó que ella sonreía deslumbrada.

—Es preciosa... mucho más linda que en las fotos—murmuró.

Era una mansión muy antigua y encantadora, entrar allí era casi como viajar en el tiempo y vivir en un lugar con siglos de historia. No era la típica villa del siglo XIX suntuosa y con abundantes jardines, era una casona antigua y a pesar de las modificaciones seguía teniendo ese aire de castillo, de mansión fortaleza de otros tiempos. Actualmente estaba rodeada por verjas y portones de hierro y un complejo sistema de seguridad para evitar el robo de sus tesoros.

—Es preciosa—dijo Sofía deslumbrada.

Él sonrió pendiente de sus gestos y miradas, buscando la forma de impresionarla un poco más y atraerla a la casa...

Cuando entró en la mansión se deslumbró un poco más con los muebles antiguos y el exquisito decorado que era una mezcla de estilos.

—Cada heredero ha cambiado muebles y cortinas pero hay ciertas habitaciones que siguen intactas—le explicó él mientras recorrían el salón principal.

—¿De veras? Pero los muebles de aquí están perfectos. No veo que necesite comprar nada más, señor Francesco.

—Bueno, en realidad quisiera vender primero para luego ver porque mi padre me ha dicho que debo buscar la forma de hacer que esta propiedad sea sustentable y como odio las visitas turísticas guiadas pues desearía ver de vender algunas obras valiosas—respondió con naturalidad.

Entonces le enseñó algunos de sus tesoros apilados cuidadosamente en una de las salas. Una colección de retratos clásicos, jarrones chinos y mobiliario antiguo. La joven observó todo con cuidado y luego comenzó a sacar algunas fotografías. De pronto dijo:

—Creo que deberé hacer un informe de todas las antigüedades que quisiera vender. Me llevará unos días. Aunque creo que los retratos son lo más valioso.

—Sí, y creo que será lo primero que venda. Pero no tengo prisa,

puedes hacer el informe con tiempo.

Luego de ver “los tesoros vendibles de la mansión” él quiso llevarla a los lugares más antiguos y pintorescos. La sala de música era especial y también la habitación encantada donde vivió la bruja malvada que mató a su marido.

Ella entró con paso tembloroso y observó todo entre asustada y deslumbrada.

—¿Esta era su habitación?

Francesco sonrió levemente.

—Sí, aquí vivió la bruja... allí está su retrato.

El retrato era bastante siniestro y oscuro.

—Oh vaya, qué mirada tan maligna tiene—Sofía se estremeció por la maldad que vio en esa mirada, a pesar del tiempo, ese lienzo retrataba muy bien el alma oscura de esa mujer. Matar así a su marido, qué enferma.

—Sí, y además es fea pero entonces se la consideraba una belleza nadie sabe por qué... los hombres caían rendidos a sus pies, o eso dicen.

—No puedo creer que hiciera algo tan horrible, ¿cómo fue capaz? Y su retrato está aquí como si nada, debieron quemarlo.

—Es verdad... Pero la dama era una de las familias más antiguas del ducado y a pesar de las sospechas sólo se supo la verdad mucho tiempo después de su muerte, cuando su confesor visitó al heredero para hablarle de

la muerte de su tío. Pues la bruja sólo dio a luz dos niñas y ambas murieron poco tiempo después y quien recibió la mansión y sus tierras era sobrino de su marido.

—¡Qué terrible! ¿Y qué pasó después?

—Pues que nunca encontraron su cuerpo. No en el lugar que había señalado madame la bruja. Además creo que no había demasiado interés en encontrar los restos del infeliz, tras su muerte la otra rama ocupó el lugar y al parecer eran rivales silenciosos y esta habitación permaneció cerrada, no se usó. Pero nadie creyó necesario quemar el retrato ni nada.

La joven recorrió la habitación y notó que el mobiliario era muy antiguo.

—Esta habitación parece desentonar con las demás como si...

Francesco sonrió.

—Es que nunca fue usada en realidad, luego de que se corrió la voz del crimen de la condesa y de que esta era un fantasma maligno merodeando la mansión... en realidad nunca vi ningún fantasma aquí, creo que son patrañas, historias que se cuentan de las casas viejas para atraer turistas. Algo que por otra parte no me interesa en absoluto.

—Creí que el fantasma era su esposo.

—Bueno en realidad es algo confuso. En un diario se mencionó a la bruja, a la condesa esa del retrato merodeando en el comedor las noches de

luna llena... otras veces se dijo que era el conde asesinado cruelmente por ella. No se ponían de acuerdo. Para que veas que no tiene sentido eso que dicen de la maldición. No es más que un cuento que alguien inventó luego de enterarse de la tragedia.

Mientras hablaba Francesco notó que ella gesticulaba y se movía de un lado a otro.

—Entiendo lo que dices, supongo que no crees mucho en los fantasmas pero es raro pero hay algo extraño aquí, como si se sintiera una energía especial—dijo ella—¿Acaso no sientes el frío helado?

—¿El frío helado? ¿No lo notas? Hay como una corriente extraña y ese retrato me da escalofríos, es muy maligno... maldad y locura, es lo que veo en ese retrato.

—Bueno, no pienses eso, tranquila. Es sólo un retrato. Pero tal vez tengas razón, en realidad nunca lo había pensado siempre vi el retrato de la bruja como de una mujer fea y listo—sonrió tentado—pero no debes temer, no hay ningún fantasma aquí—dijo y de pronto se preguntó si habría sido acertado mencionar que la mujer del retrato había cortado en pedazos a su marido. No quería que se obsesionara con el fantasma ni que pensara que allí había alguna especie de energía negativa.

—Bueno, creo que hace frío porque tiempo que no se usa esta habitación, se asea pero permanece cerrada. Nadie quiere dormir aquí, por

una tonta superstición... todos saben la historia de la bruja de la mansión, por desgracia.

La joven sonrió.

—Bueno, creo que yo tampoco querría dormir aquí, esta habitación tiene algo tétrico.

Francesco sonrió.

—No debes pensar eso, creo que nunca te invitaría a dormir aquí tampoco, no sería tan malvado de hacerte eso.

En realidad quería que durmiera en esa mansión una noche, o todas las noches que pudiera, a su lado, tal vez en la habitación nupcial...

¿Sería muy alevoso si la llevaba a la habitación nupcial dorada, eso que todos los condes pasaban su noche de bodas para que fuera un matrimonio feliz y fructífero? Bueno, tal vez era muy pronto...

Mejor sería salir de la habitación de la bruja primero y que viera salones más alegres, repletos de tesoros. Ella estaba encantada con la casa y él la observaba a distancia la forma en que se movía, bella y graciosa, preciosa, una mujer preciosa y dulce, delicada. Parecía hecha a su medida y tan distinta a las mujeres que había conocido. No había nada artificioso en ella y su mirada era tan dulce, tan tierna... diablos, se moría por tomarla entre sus brazos y robarle un beso, cerrar la casa y llevarla a una habitación para charlar un rato a solas y...

Tuvo que luchar para vencer a esos demonios, para no sucumbir al deseo más salvaje que comenzaba a consumirlo lentamente.

Y ella, ajena por completo a sus maquinaciones dijo que esa casa era preciosa.

—Me alegra saber que no la venderás al millonario inglés y que harás algo para rescatarla. Podría darte algunos consejos si no lo tomas a mal.

—Oh no lo tomo a mal para nada, si pudieras ayudarme... te estaría muy agradecido porque me encanta la casa pero no tengo mucha idea de las antigüedades—le respondió él con una sonrisa.

Sofía se sonrojó al sentir esa mirada de un azul oscuro tan intenso. Algo le decía que hacía mal, diablos, pero no podía evitarlo...

—Bueno, creo que no es prudente que vendas las pinturas para empezar.

—¿No?—el pareció sorprenderse.

—No... a menos que te veas obligado porque creo que esas pinturas forman parte de la casa, de su historia... sin embargo los muebles y adornos podrían ser muy apreciados por un coleccionista. A menos que necesites una suma importante para rescatar las deudas de esta casa en ese caso sí te aconsejaría vender un retrato.

—En realidad no es que necesite una suma muy importante ahora mismo, sólo estoy viendo de qué manera hacer esta casa sustentable, porque es

un legado bastante caro de mantener y no quisiera dejárselo a mi hermano ni a mis primos. Me encanta esta casa, es como si siempre hubiera vivido aquí. Aunque mi intención no es mudarme por ahora, estoy muy cómodo en la ciudad.

Ella sonrió cómplice.

—Sí, entiendo... pero imagino que esta propiedad ha de tener costos fijos muy altos, no sólo por el personal que la maneja sino por los impuestos, pero puedo ayudarte en esto último como gentileza por contratar nuestros servicios.

Eso le interesó de inmediato.

—¿De veras?

—Sí, creo que como edificio histórico y cultural podrías tener algunos beneficios, deberás presentar una nota y se hará un expediente en la comuna que puede tardar algunos meses pero creo que valdrá la pena.

—Si logro rebaja en los impuestos todo valdrá la pena.

—Bueno, haré la nota este fin de semana y luego deberás leerla y firmarla si estás de acuerdo.

—Te firmaré lo que sea. Entre impuestos e insumos, esta casa me comerá vivo antes de que pase a otros dueños o pase yo a mejor vida.

—OH no digas eso por favor, eres joven—replicó ella.

—Ni tanto, acabo de cumplir veintinueve.

Ella sonrió y sus ojos dulces quedaron fijos en los suyos y entonces notó que se tocaba la alianza con gesto tal vez algo culpable. ¿Pensaría en su prometido? Un escollo en su camino... ese noviecito que planeaba llevársela al altar en poco tiempo. ¿Querría ella casarse tan joven?

—Bueno tú eres más joven que yo, por eso te asustas—señaló.

—Tengo veintidós.

Él decidió ir un poco más lejos.

—Y te casarás pronto... Disculpa la pregunta, pero no dejo de pensar que es algo extraño.

—¿Extraño?

—Sí, ninguna italiana se casa antes de los treinta hoy día, si es que deciden casarse.

Ella rió tentada.

—Bueno, las cosas llegan cuando deben llegar.

Francesco notó cierta vacilación en sus palabras, en su sonrisa y eso le dio esperanzas, ¿estaría realmente segura de querer casarse? ¿Por qué se casaba tan joven? Notaba que era más madura de lo que podría esperarse de una joven de veinte y pocos años, tal vez porque dirigía la empresa familiar desde hace años, porque su madre católica recalcitrante la había hecho madurar antes de tiempo, ciertamente que no lo sabía.

—Bueno, es que no sé qué decirte... tal vez tengas razón, soy algo

joven para casarme pero cuando encuentras a la persona indicada...—dijo ella.

—Cuando encuentras a tu alma gemela tal vez...

—¿Alma gemela? Bueno, yo no creo en eso.

—¿No?—Francesco parecía sorprendido, muchas mujeres hablaban de eso a veces.

—Es bonito sí pensar que existe un alma gemela pero no creo que puedas encontrarla algún día... es como ser muy perfeccionista me parece. Cuando te enamoras de alguien es porque te gusta y tienes cosas en común pero ambos tenemos nuestras vidas independientes. Lo de alma gemela me suena a media naranja, algo que es mitad de alguien y no tiene mucha vida propia.

—Sí, es verdad pero yo creo en eso de la alma gemela. Porque muchas veces conoces a chicas bonitas pero luego descubres que son huecas, que no son para ti. Puedes compartir momentos agradables pero luego si no hay algo más profundo...

—Bueno, en eso no puedo ayudarte porque aunque tuve algunos troteos en la universidad sólo he tenido un novio en mi vida. Pero supongo que tienes razón, lo físico es lo primero pero no es lo único ni lo más importante, es sólo el comienzo o no de algo.

—¿Un solo novio y vas a casarte?—no pudo evitar decir eso.

La joven sonrió tentada.

—Disculpa, no quise que...

—Sí, parece que me dices que debo salir con varios para comparar, ya lo he escuchado. Mis amigas piensan así. Creen que estoy loca. Pero yo estoy segura de lo que quiero, no me gustaría esperar hasta los treinta como todo el mundo. Terminé mis estudios, tengo trabajo y me encantan los niños. Seguramente tendré uno antes de cumplir los veinticinco o antes.

Él sonrió y miró sus labios, esos labios de un rojo suave que se moría por besar. Un hijo antes de los veinticinco, rayos, le encantaría ser el padre de ese bebé, llevársela al altar y hacerle un bebé, todos los bebés que ella le pidiera... diablos, debía estar loco, era muy pronto para pensar en eso.

Un sonido de campana lo salvó de cometer una tontería, porque ella notó que la miraba con deseo y eso pareció asustarla un poco.

—Bueno, es la hora del almuerzo. El tiempo pasa volando aquí, ¿no crees?—dijo con una sonrisa.

—¿Avisan con campanas? Oh, vaya... me asusté.

—Sí, antes se usaba un timbre pero el sonido era tan estridente que decidieron dejar el que se usaba antes, varias campanadas—respondió él y la guió hasta el comedor. El momento de intimidad había pasado pero su deseo por ella empezaba a crecer como el fuego. Ni siquiera podía entender lo que le pasaba pero la deseaba tanto que... sufriría mucho si luego se casaba con

ese noviete tonto. Debía buscar la manera de impedirlo...

Cuando entraron en el gran comedor cuatro sirvientes uniformados aguardaban para servirles. La mesa inmensa sólo tenía dos platos pero había bandejas de plata cubiertas, botellas y adornos por doquier como si fueran doce comensales y no sólo dos... pero quedaba bonito, pintoresco.

—Por aquí, ven...—dijo galante y no permitió que ningún sirviente ayudara a la joven a sentarse, esa sería su labor. Se le antojó que no soportaría que uno de sus empleados le arrimara la silla siquiera.

—Gracias. Esto es hermoso. Es un lugar increíble.

Estaba fascinada con la casa, con sus tesoros, tal cual lo había planeado. Qué bien, todo iba viento en popa. Tal como esperaba...

Sirvieron el almuerzo tradicional de la mansión y abundante vino tino. Y él esperó paciente que bebiera pero sólo tomó dos sorbos.

—Es que en realidad nunca bebo pero sabe delicioso—dijo entonces.

Él esperó paciente a que se bebiera la mitad del vaso.

—Háblame de ti. ¿Hace años que trabajas en la empresa familiar?

—En realidad no... empecé hace poco, luego de estudiar antigüedades pero es algo que se aprende durante muchos años y sé que me llevará toda la vida ser una experta. Pero no sé si quiera dedicarme a eso toda la vida tampoco.

—¿No? ¿Y qué te gustaría hacer?

—Estudiar arte, me interesa más la restauración y también el diseño. Pero ahora no tengo la cabeza para estudiar, voy a casarme y todo es un poco estresante.

Esas palabras encendieron la alarma.

—¿De veras?—Francesco sonrió con astucia—Vaya, deberías sentirte feliz y relajada, no estresada. Es tu boda.

Ella lo miró con expresión culpable.

—Lo mismo me ha dicho mi madre... una cosa es pensar en casarte y otra muy distinta tener que decidir todo y no me siento muy segura ¿sabes? Todo fue tan rápido que... ¿nunca te ha pasado de sentir que has encontrado a la persona que te conviene pero esta todo demasiado bien para que sea real y uno de los problemas es la prisa, el ritmo de vértigo de enamorarte y luego...?

—No, no me ha pasado. Hace años que no tengo una relación formal con una mujer. Salgo con chicas sí, pero sin ataduras ni complicaciones. Lo pasamos bien y luego, nada...

Ella lo miró algo escandalizada.

—¿Sales con varias mujeres a la vez? Qué horror. Cómo puedes ser... —bebió de su copa nerviosa—Eso es lo que no entiendo de los mujeriegos. Parece que no tienen corazón.

Vaya, nunca lo habían atacado de esa forma pero tenía razón, durante muchos años había sido un completo insensible. Bueno, hasta ahora...

—No es así, sólo salgo unas veces, no soy un mujeriego insensible como crees. En realidad hace tiempo que ya no salgo con mujeres como antes.

—Bueno, en realidad eso no me incumbe... me parece que bebí demasiado.

—Tranquila, no me ofendes... supongo que tú vas a casarte muy enamorada de tu novio y me ves como una especie de demonio sin corazón. No es así. Soy sincero. No les hago cuentos a las chicas para llevármelas a la cama como hacen algunos, salgo con ellas, las trato como reinas y luego... ya está. Pero ahora es distinto. Estoy buscando una joven decente para enamorarme y tener mi familia, ¿sabes?

Esas palabras hicieron que dejara de verlo como a un monstruo.

—¿De veras?—preguntó algo insegura.

—Así es... llega un momento que hasta lo más divertido se vuelve rutina y eso me enferma. Detesto la rutina. Quisiera experimentar eso que llaman pasión ardiente y romántica por una chica, aunque me haga sufrir como un cochino.

Ella lo miró sorprendida.

—Vaya, nunca había oído eso. ¿De veras? Todos temen sufrir por amor, por eso le escapan al compromiso ¿verdad?

—Sí, así era antes, un poco... pero en realidad es que no conocí a una mujer especial, pasaba muchas horas trabajando y cuando quería compañía

tenía una lista de números para llamar. El problema es cuando quieres compañía y no sientes ganas de llamar a los mismos números. Prefieres quedarte solo bebiendo una cerveza y mirando alguna serie de tv como todo un solterón.

Ella sonrió tentada al oír eso última.

—Vaya, ¿te ocurre a menudo eso?

—Últimamente sí—respondió Francesco con sinceridad.

—Entonces sí que necesitas buscarte una novia. Sabes a mí me ocurre al revés... a veces quisiera estar soltera, tener un tiempo sola y saber qué se siente. Los momentos que paso sola cuando tengo libre en el trabajo agarro el auto y me voy lejos... muy lejos y me desaparezco por horas. No le digo a nadie donde estoy, apago el celular... eso me ayuda mucho a cargar las pilas y sentirme mejor, menos agobiada ¿sabes?

Francesco se acercó y tomó su mano.

—¿Te sientes agobiada hermosa? Pobrecita. ¿Cómo puede ser eso? ¿Por qué?

Sus ojos brillaron más que antes y de pronto comprendió que estaba algo angustiada. Quería llorar. Pobrecilla.

—¿Qué tienes princesa, por qué siento que quieres llorar?—le dijo en un susurro.

Ella apretó los labios y trató de contener las lágrimas.

—Lo siento no sé qué me pasa, perdona... no vine aquí a hablar de mí pero... lo lamento.

—No digas eso, claro que debes hablar de ti, si te hace bien llora o cuéntame qué te pasa. Soy un cliente de tu empresa, un completo extraño que no dirá nada a nadie. Toma un poco de agua fresca, el vino sólo te hará llorar más.

La joven obedeció y pareció serenarse luego de beber casi un vaso de agua.

—Eres muy joven para casarte me parece. Tienes sólo veintidós, yo a tu edad sólo quería acostarme con una chica diferente cada día. Había comenzado a trabajar y era el mandadero de la empresa y me pagaban poco. Me gastaba todo los fines de semana.

Ella rió.

—Vaya, tienes un largo historial de mujeriego. Qué gracioso. Eres la clase de hombre que detesto... Perdona. No es que te deteste pero creo que un mujeriego sería el último hombre con el que tendría una cita.

—Ya no soy mujeriego, princesa. Te lo juro. Créeme. Además tuve una novia hace años, no siempre fui así.

—Mi novio no es mujeriego, si lo fuera... si me fuera infiel creo que le daría una paliza, no podría soportarlo—sus ojos echaban chispas.

—¿Y tienes dudas de eso?

Ella pareció desconcertarse con la pregunta.

—Él no sería capaz por supuesto, ¿crees que me casaría con él si pensara que me es infiel? No podría.

—Bueno, no quise sembrar la duda ¿pero has visto su celular? ¿Tienes acceso a él?

—¿Su teléfono celular? ¿Por qué lo preguntas?

—Es que allí está todo cielo, toda la vida privada de un hombre, citas clandestinas, fotos, llamadas extrañas...si tienes el teléfono de tu novio lo tendrás todo... Si mi teléfono hablara las cosas que diría por Dios, no querría que llegara jamás a manos de mi esposa ni de mi novia por supuesto.

—¿Pero tú no tienes esposa o sí?

—No... pero la tendré muy pronto.

Eso la desconcertó por completo.

—¿De veras? ¿Entonces te casarás por eso quieres arreglar esta mansión? Qué bueno... podría ayudarte a escoger algunos muebles o...

—Sí, me encantaría. Pero todavía no he pensado seriamente en el matrimonio, es sólo un proyecto. Por ahora.

—¿Y por qué no has invitado a tu novia hoy? Ella podría ayudarte a escoger la decoración.

—Es que no es mi novia todavía, necesitamos conversar, es algo en el aire. Pero lo que te decía antes... si tienes dudas sobre tu prometido mira su

celular y así sabrás todo.

—Bueno, es que en realidad me parece horrible eso, no lo haré. Confío en Marco.

—Bueno, ¿si confías por qué tendrías dudas?

Ella se puso pálida, nerviosa, no parecía buena idea tocar ese asunto.

—Si no tiene nada que esconder te mostrará su celular.

—Es que el celular me parece algo privado. No creo que sea correcto...

—Pero es tu novio, no debería tener secretos para ti pronto se convertirá en tu marido, en tu compañero.

Sonrió para sí al notar ese gesto nervioso, ese gesto de duda. ¿Acaso sospechaba que su novio no era tan santo como creía y que él tenía otra? Pero había algo más que eso y le habría gustado saber por qué el asunto del matrimonio la angustiaba tanto, por qué había dicho que le gustaba estar sola.

Pero el momento de las confesiones había pasado. Se sentía feliz de haber podido conversar con ella de forma casi íntima, de sentir eso invisible que los unía. Ella no confiaba en él, lo consideraba un mujeriego y sin embargo, algo hizo que se acercara a él, que le contara sus cosas cuando sólo se habían visto unas veces.

El almuerzo llegaba a su fin y ella no quería postre y parecía sumida en sus pensamientos. Qué pena, le habría gustado llegar a algo más lejos, saber

por qué había llorado... Bueno, si él tuviera su edad y se enfrentara a una boda también habría estado llorando pero... si algo andaba mal en esa pareja tenía esperanzas.

Trató de distraerla un poco mostrándole nuevos tesoros, recorriendo la casa y hasta estuvieron un largo rato recorriendo los jardines pero ella parecía algo ida. No hablaba mucho como si luego de haber tenido ese momento de confesiones se hubiera arrepentido o no, sólo estaba pensativa y mientras recorrían los jardines le agradó saber que sonreía de nuevo.

—Es un lugar increíble señor Francesco.

—OH no por favor, nada de señor Francesco, me haces sentir como un anciano. Dime sólo Francesco, te lo ruego.

Ella sonrió de oreja a oreja y pudo ver los hoyuelos en las mejillas.

—Está bien... quería decirte que debes conservar esta casa es preciosa y sus jardines son magníficos. Tienes plantas exóticas y...

Al parecer sabía mucho de plantas, le nombró un par en latín y él quedó fascinado pues no sólo sabía el nombre original sino su país de origen.

—La dama de la noche, es preciosa, la tengo en mi jardín tiene un aroma...—dijo en un momento acercándose a una flores azules y minúsculas.

Francesco tomó su celular y sacó una foto con cierta discreción. Quería inmortalizar ese momento y de pronto decidió no ocultarse y sacó una selfie de ambos.

La joven lo miró algo sorprendida pero luego sonrió de forma inesperada para posar para la fotografía.

—Es un recuerdo para la posteridad—dijo para excusarse y sacó tres fotos más con su iPhone de gran tamaño.

Luego se dijo que pasaría el día entero mirando sus fotografías. Vaya, no podía creer su suerte, primero consiguió una cita en la casa Bellafinni con la excusa de que quería vender unas antigüedades y luego ella le abrió su corazón casi y ahora tenía su fotografía. Era tan afortunado.

Pero comprendió que debía ir con mucha cautela y alentar su amistad sin esperar otra cosa por el momento. Ganar su confianza, acercarse a ella como un amigo era crucial.

Su teléfono sonó entonces, vaya fastidio. Su novio por supuesto.

—Estoy trabajando, ahora no puedo—dijo ella algo incómoda—Ya sé que no trabajo los sábados pero habrá una venta importante de antigüedades y debía venir...

Al parecer su novio quería ir a buscarla para salir a pasear y ella no quería decirle dónde estaba exactamente. Mejor así, no era conveniente que supiera todavía... lo sabría cuando fuera el momento por supuesto. Lo más raro fue la manera en que conversaban como si fueran dos amigos y no una pareja. Su tono de voz y gestos expresaban cierta incomodidad y molestia al tener que dar explicaciones. Quería quedarse un rato más, quería hacerlo, lo

vio en su mirada. Tal vez porque estaba encantada con la casa, no estaba seguro pero eso sólo le parecía crucial.

Piano piano si va lontano, como decía ese tonto letrero del cuarto de música. Despacito despacito: se llega más lejos.

Eran más de las cuatro cuando la llevó de regreso a su casa, esta vez iba a menos velocidad porque no tenía tanta prisa como en la mañana.

—Qué hermosa casa. Gracias por invitarme—dijo en un momento.

Francesco sonrió.

—El placer fue mío, espero regreses pronto, creo que no he tenido tiempo de mostrarte todo hoy. Hay más tesoros... esta propiedad cuesta un poco conocerla la primera vez.

—Bueno, estaré encantada de volver—respondió ella con inocencia.

No imaginaba que tenía otras intenciones, ni siquiera se le pasaba por la cabeza. Lo veía como un mujeriego perdido y por lo tanto, insalvable. No tenía caso convencerle ni tampoco prestarle demasiada atención pues debía tener un montón de mujeres en su agenda.

Su celular sonó entonces para confirmar esa teoría, él lo tomó y lo dejó de nuevo en la gaveta del auto.

—No hay prisa con el informe, puedes hacerlo con tiempo—dijo él poco después.

—Bueno, me llevará unos días. Pero cuenta conmigo, llámame antes de

vender algo. Si tienes dudas...

—No puedo vender nada todavía dulce, mi padre me mata—sonrió—
Hay un montón de papeleo que hacer primero. Y eso me llevará semanas pero es bueno empezar a ver las cosas. Tengo muchas ganas de hacer algunas reformas y ver qué puedo hacer, no quisiera que otro ocupara mi lugar. Quiero esa casa, pasé muchos veranos allí con mis padres y familiares, navidades también y le tengo un cariño especial.

—Entiendo... sólo que en unas semanas no estaré disponible porque me casaré y luego me iré de luna de miel a las Bahamas y Haití.

—Oh, qué lugares tan hermosos. ¿Te gusta la playa?

—Sí, me encanta el continente americano, centro América, esas playas hermosas paradisíacas—su mirada cambió y volvió a tocarse el anillo de compromiso nerviosa.

Una nueva llamada de su novio terminó de cambiarle el humor.

—Ya te dije que voy en viaje... llegaré en media hora, tal vez más.

Qué peste con ese entrometido, sin embargo no dejó de notar que Sofia cambiaba cuando él aparecía, la notó tensa... a pesar de que momentos antes había hablado de su próxima luna de miel con entusiasmo ahora no parecía muy feliz como si tuviera algún problema con su novio. Rayos, tenía que saber eso.

—¿Qué sucede, bebé?—le preguntó.

Ella lo miró molesta.

—¿Qué sucede? No entiendo tu pregunta.

—Con tu novio... vas a casarte y no te ves muy feliz.

Era un poco impertinente la pregunta y ella podía molestarse pero eran riesgos que debía correr.

—Disculpa, no debí preguntar...

Notó que ella se tensaba de nuevo.

—Es que no lo sé qué anda mal pero... algo anda mal con mi novio y si te cuento a ti es porque mis amigas no me entienden. Creen que es por la boda que estoy nerviosa pero no es sólo eso. Claro que estoy algo ansiosa pero... hay algo que no entiendo.

—¿Temes que haya algo malo en tu novio? Si piensas eso no te cases, pídele tiempo. Él entenderá.

—Es que no puedo pedirle tiempo por una tontería como esa. Todo está bien, no sé qué me pasa. Es un buen hombre, tranquilo. Responsable, trabaja muchas horas y siempre ha sido así pero...

—Sospechas que tiene otra, ¿verdad? Y quieres ver su celular.

Ella se puso muy colorada.

—¿Cómo diablos lo sabes?

—Lo intuio, en realidad sólo estoy adivinando no sé nada de tu novio, pero creo que si tienes dudas sólo puede ser por eso. No es agradable, te

entiendo, pensar que tu novio podría engañarte, tiene que ser muy estúpido para hacer eso. Una chica como tú...

Sus palabras hicieron que sonriera con tristeza.

—¿Una chica como yo? Eso no dice nada... tal vez pienses que soy bonita y joven, simpática pero ¿qué importa eso? ¿Crees que por eso seré más amada o feliz que otras mujeres de mi edad o más vieja? Eso es una tontería.

—Tú eres más que bonita y simpática Sofía, eres hermosa y tierna. Una mujer buena además de bella, y eso no es sencillo de encontrar. ¿Cómo crees que no merecerías ser amada y adorada por tu prometido? Por supuesto que sí y si eso no fuera así, si un hombre no diera todo por hacerte feliz... pues sólo te diría que no vale la pena. Sólo eso. Y para mí un hombre que tiene una esposa o una novia debe hacerla feliz, debe hacer todo lo que esté en su alcance para complacerla y no entiendo por qué hay tanto estúpido con mujeres hermosa y dulces. Realmente es injusto.

—Sí, supongo que sí... también hay hombres que sufren con mujeres que los engañan y desprecian.

—Sí, supongo...

—No estoy segura de querer casarme, tal vez es eso... todo fue tan rápido que me encontré mareada sin saber qué decir o hacer. Él siempre lo organiza todo y no me da espacio ni tampoco... creo que me precipité, que parecía tan perfecto, tan bueno que... no sé. No es que piense que me engaña,

no podría ser tan cretino de hacer eso.

—Pero tienes dudas.

Ella lo miró mortificada.

—Sabes, esta charla es muy extraña. No logro entender cómo es que sabes tantas cosas si eres un hombre que tiene la agenda llena de números.

—Porque he vivido más que tú bebé y tengo muchos amigos, sé lo que hacen y no lo comparto. Soy sincero.

—¿Y nunca te has enamorado de una conquista?

—Enamorarse es una palabra muy seria. No ocurre con frecuencia sin embargo puedo decir que sé lo que es y que ahora no tengo la agenda llena como cuando tenía tu edad por ejemplo. Ya no... voy a cumplir treinta tesoro. Me encantan las mujeres pero ahora quiero algo estable y tranquilo, romántico. ¿Crees que es imposible?

Ella se sonrojó al sentir su mirada.

—No... no lo es. Sólo tienes que desearlo. Excepto que si te gustan tanto las mujeres dudo que te dure una novia mucho tiempo, siempre estarás mirando a otra, ¿verdad? No podrás apartar la mirada de otra chica bonita.

—Lo dudo... cuando encuentras lo que deseas ya no miras como antes. Yo he cambiado mucho últimamente. Llega un momento que lo fácil te harta, en que buscas algo que te sorprenda, que te emocione y de repente aparece... como un ángel caído del cielo y piensas, qué afortunado soy.

—Bueno, entonces sí te has enamorado.

Él sonrió con aire misterioso. Deseaba prolongar un poco más el momento del adiós, por eso trató de manejar despacio. Habían pasado un día maravilloso y se preguntó sí... se repetiría antes de la boda. Esa boda era algo en lo que no quería pensar. Debía hacer algo para impedirlo o... no. Estaba pensando locuras. No podía ni debía hacer nada para impedir una boda. A menos que ella pidiera su ayuda. Lo cual era improbable porque apenas la conocía.

Y sin embargo cuando se despidieron la vio partir desconsolado a su casa. Le habría gustado retenerla o retroceder el tiempo...

—Llámame por favor, o envíame un mensaje cuando tengas listo el informe—dijo él tratando de mostrarse frío.

Sofía sonrió y la dulzura de sus ojos lo hizo temblar.

—Te llamaré por supuesto.

Y cuando se fue se sintió desconsolado, como un niño abandonado, alejado de lo que más quería tener.

Debía estar loco por sentir esas cosas, no podía ser...

En realidad sí estaba loco pero era plenamente consciente y sabía la razón. Durante días había estado espiándola, acechándola y ahora que se habían acercado una pequeña luz de esperanza... Una lucecita en medio de tanta oscuridad. Tantas dudas y temor... una boda podía arruinarlo todo y sólo

faltaba un mes y medio. ¿Qué podía hacer en tan poco tiempo? Mucho... bueno, era tiempo suficiente para convencerla de que era muy joven para casarse, para acercarse a ella y ser su amigo. Sólo su amigo. Había notado cierta conexión ese día, ella había sido permeable a sus consejos, había reído con sus tonterías y hasta había llorado confesándole que no estaba lista para casarse y que anhelaba pasar momentos de soledad. Eso había sido especial, lo sabía. Sintió tantos deseos de abrazarla y consolarla, pero todavía no era el momento, debía ser muy cauto. Un solo paso en falso y podía perderlo todo y lo sabía.

Ahora al menos tenía una excusa para volver a verla. La tenía. Y eso sólo era suficiente.

De regreso al trabajo los días se volvieron grises, llenos de ansiedad. Por un lado las tareas diarias lo ayudaban, también salir con sus amigos pero echaba de menos una llamada, un mensaje, un e-mail... esperaba que ella se conectara primero pero si tardaba tal vez...

Una llamada a media mañana le puso los pelos de punta. No, no era su princesa era su padre y le pedía para almorzar ese día y conversar de las reformas en la mansión. Sabía que era un papeleo desagradable pero debía hacerlo. Y antes de firmar deseaba que hubiera ciertos ajustes. Llegó puntual al restaurant Le vecchio, a escasas cuadras de la empresa.

—Quisiera hacer cambios en la mansión—dijo de pronto.

—¿Cambios?—su padre pareció sorprenderse.

—Sí, cambios. Hay lugares que apenas se asean y tienen muebles apolillados, también planeo construir una glorieta en los jardines.

—Pues te sugiero que tengas prudencia y que primero...

—Sí, ya sé, primero tengo que pagar los malditos impuestos que me dejaron de regalo.

Su padre pareció crisparse pero no le sorprendió nada.

—Bueno, yo también recibí el legado con un montón de trabajos para realizar y puedo decirte que invertí una buena parte de mi fortuna arreglando ese mausoleo. Pero eran otros tiempos, ahora nadie quiere hacerse cargo. Se ha perdido algo llamado herencia familiar o solidaridad, nadie quiere pagar por una casa que visitan una vez al año, en otras épocas había un fondo dedicado a la refacción y el mantenimiento de esa mansión pero ahora...

—Ahora nadie quiere poner un peso, me quedó muy claro eso. Me las tengo que arreglar solo y por eso... lo haré a mi modo.

El señor Chiavari no dijo nada, quiso evitar un altercado con su hijo pero la conversación amenazaba con ser larga. Francesco perdió la paciencia en varias oportunidades y tuvo que controlarse, no porque no quisiera decirle un par de cosas a su padre sino porque se había hartado de hacerlo. Durante años habían tenido una guerra interminable y nefasta para todos, luego de que

dejara a su madre por esa cualquiera, bueno nunca se lo había perdonado. Y todo lo que pasó después de eso fue la consecuencia pero sabía que era una batalla perdida, que muchos amigos y familiares se alejaron de su padre por lo que había hecho, la familia quedó desunida por completo y eso fue lo peor. Sin embargo comprendía que nada podía hacerse. Era su padre y lo quería maldita sea, no le perdonaba lo que había hecho con su madre pero bueno, imaginaba que a los cincuenta algunos hombres sufrían eso de sentirse viejos y poco atractivos y buscaban seducir a una chica de veinte y esta apareció como una gata en celo por su despacho... y lo volvió loco. Aunque ahora más que gata en celo parecía una bruja, con su cabello sin arreglar y esa ropa de hippy setentera adicta a la marihuana que usaba. Sólo esperaba que ese par no hicieran un hermanito, bueno ya lo habían intentado y al parecer ella los perdía... Lamentaba eso, en parte sí. No le deseaba ningún mal pero tampoco ningún bien...

—Espero que seas cauto.

Qué raro se oía eso en labios de su padre, lo miró con gesto torvo. Se veía cansado pero feliz, rejuvenecido... era lo que lograban las chicas jóvenes al comienzo. Pero él ya tenía cincuenta largos y se le notaba y su nueva esposa tampoco tenía veinte sino treinta y pocos.

—Bueno, el proyecto es razonable—dijo volviendo al punto de la discusión—Quiero hacer algunos cambios luego de ver cómo hago para pagar

los impuestos. Porque supongo que todos quieren que conserve la propiedad.

—Es que no puedes venderla.

—Pero sí pasarla a mi hermano si se me antoja.

Eso asustó a su padre.

—Tu hermano es un trota mundo, no quiere nada con la vida. Sé que no vas a hacer eso.

—Supones mal. Porque tampoco quiero perder tanta plata por una casa que todos quieren conservar pero nadie se molesta en colaborar.

Antonio Chiavari recapituló.

—Hay un fondo para poder ayudarte a pagar impuestos, si lo aprovechas bien... las reformas no son viables ahora, no hasta que logres ver si es viable el proyecto. Y en cuanto a la venta de tesoros de la mansión...

—Tesoros que no sirven para nada con una casa que se cae a pedazos.

—Vamos, exageras. Esa casa es de piedra.

—Y de madera podrida. Medieval y vieja como el diablo.

—Para ti estará podrida pero es una herencia que trasciende el tiempo y tiene un valor histórico, que no se te olvide.

—No se me olvida, pero necesito ayuda y lo sabes. O se la regalaré a mi primo Alberto, tú decides.

La mención de su primo Alberto alcanzó para crispar a su padre. Era la rama más detestable de su familia y lo sabía, estaba peleado a muerte con su

hermano más chico y con los hijos de este por culpa de una herencia que todavía estaba en litigio. Peleas como esa abundaban en esa familia, siempre había sido así. Y esa casa siempre había sido codiciada por la rama del primo Alberto y su progenie... y del otro hermano de su padre, eran buitres siempre queriendo tener más, a pesar de cada uno tenía su buena vida, empresas, inversiones, esposas millonarias. Nunca era suficiente.

Él en cambio no era rico, no como sus primos ni quiso enredarse con esa chica millonaria que durante algún tiempo planeó atraparle. No era como sus primos que siempre buscaban el dinero, no le interesaba. Pero no estaba mal presionar un poco a su padre con eso de regalar la casa.

—Una vez que tomes posesión de la herencia no habrá vuelta atrás, a menos que seas tan cabeza hueca de... regalar todo.

—Eso no pasará.

—Espero que no pase, te daré todo mi apoyo y lo sabes.

—¿Tu apoyo? Me encanta cómo se oye eso. Ojalá fuera verdad.

El señor Chiavari no replicó. No quiso entablar una nueva discusión en ese momento.

—Tienes mi apoyo, tú y tu hermana siempre han tenido mi apoyo y lealtad. Pero dejemos cosas pasadas, hay que avanzar con esto y lograr firmar los papeles para que esa casa pase a tu nombre pero antes es necesario llegar a un acuerdo. Para mí esa casa significa mucho, viví allí con tu madre nacieron

mis hijos y de no ser por Elisabetta viviría en la mansión pero ya sabes que de todas formas viajo mucho y ya no puedo encargarme de la casa.

A media tarde tuvo una reunión con los abogados de su padre para firmar más papeles. Luego Francesco salió a tomar algo con sus amigos, lo necesitaba. Estaba bastante estresado ese día y nervioso esperando que ella lo llamara. Día tras día era un tormento esperar que su princesa diera señales de vida. No quería espiarla pero esa espera se le hacía insoportable. ¿Sería capaz de contener su ansiedad y esperar a que ella lo llamara?

No era buena idea mostrar mucho interés ahora y un solo paso en falso...

Además tenían un trabajo en curso, si preguntaba pensaría que era un impertinente y que quería todo antes de ayer.

—Estás distraído muchacho, ¿qué tienes?

Rodolfo que era uno de sus mejores amigos sonrió, era uno de los pocos que quedaban solteros y muy feliz de serlo.

—¿No te ha llamado tu princesa?

—Todavía no. Estoy esperando.

Su amigo se interesó de inmediato.

—¿Tienes una nueva conquista? Vaya, por eso andabas tan misterioso.

Francesco lo miró.

—No es una nueva conquista. Es mi futura esposa. Sofia

D'Alessandro.

Los ojos pardos de su amigo se pusieron muy redondos.

—¿En serio? Oh vaya... te ha picado fuerte.

—Sí, me encanta esa chica pero el problema es que está comprometida... así que deberé luchar como un loco para evitar que cometa el peor error de su vida.

—Espera un poco, ¿te has enredado con una chica que está comprometida con otro y esperas que cambie de opinión?

—No estoy enredado ¿sí? Ya me gustaría enredarme con ella pero por ahora sólo tenemos un trabajo y un poco de cierta onda.

—Ciertamente que te espera una linda ¿eh? ¿Cuándo tiene que casarse tu princesa?

—En un mes y medio.

—Pero tú estás muy loco viejo, ¿cómo esperas convencerla de que no se case para empezar?

—Lo intentaré. Además tengo talentos especiales para convencerla, sólo que no creo que funcionen esta vez porque es toda una damisela. Es decir deberé usar ciertos trucos de seducción más sutiles y... bueno, no hablaré de eso contigo, no hay que anticiparse.

—Pues te deseo mucha suerte, la necesitarás.

—Gracias...

—¿Y cómo va tu casa nueva?—preguntó Rudolf.

—Bien, firmando documentos, esperando el papeleo para que pase a mi nombre. Me llevará mucho tiempo arreglarla. Tengo ganas de vender todo pero no se puede. Los tesoros de la mansión deben quedarse allí hasta que se pudran porque forman parte del mobiliario. Por supuesto que intentaré deshacerme de alguna cosa...

Cuando decía eso recibió una llamada y al sacar el teléfono celular de su chaqueta vio que era ella y sonrió.

—Hola princesa—no pudo evitarlo.

Sofía se quedó algo desconcertada al oír eso.

—Hola Francesco. ¿Cómo estás? Es que necesito hablar por algunas cosas... no he podido terminar el informe todavía porque me faltan algunos datos.

—Oh, no hay problema. Hay tiempo.

—Sí. Es que me faltan datos de algunas de las antigüedades y también saber...

—No hay problema, podemos reunirnos hoy o...

—Hoy no puedo, disculpe, ¿mañana tal vez?

Luego de algunos rodeos quedaron en encontrarse al día siguiente, almorzarían en un restaurant. Era maravilloso, la vería en menos de un día... sintió que volaba en una nube, que algo que llevaba muerto en su pecho desde

hacía años volvía a latir, a sentir entusiasmo, alegría euforia... era maravilloso y sólo podía tener un nombre: amor.

Y esperaba que fuera más de una cita, esperaba que...

—Ve con calma—le dijo su amigo—no te entusiasmes la chica está por casarse.

Francesco lo miró como si fuera un insecto molesto.

—Ya veremos, luego te cuento ¿sí? ¿Te gustaría apostar?

Rogelio sonrió.

—No... contigo perdería, porque si quieres apostar es porque te sientes seguro.

—Así es, me siento seguro. Sé lo que conseguiré, nada me detendrá.

—Bueno, no creo que te sea tan fácil. Esa chica va a casarse. ¿Crees que dejará a su novio por ti? Apenas te ha visto ¿cuánto? ¿Dos veces o tres? ¿Y crees poder enamorarla?

—Bueno, sé que no podré enamorarla en menos de un mes, estaría loco si esperara algo como eso, sólo confundirla, lograr que comprenda que ese hombre no le conviene y creo que tú puedes ayudarme...

—¿Ayudarte, yo?

—Bueno, tú te mueves en esos sitios de citas amorosas clandestinas, esos chats, siempre consigues chicas allí... me pregunto si podrías averiguar si el novio de esa chica es habitué de esos antros de coqueteos.

Su amigo sonrió de oreja a oreja.

—Puedo ver chicas no chicos, estúpido. Si fuera gay tal vez vería el perfil de hombres pero...

—¿Qué quieres decir? No entiendo.

—Vaya, ¿tú nunca entraste a un chat verdad? Primero te preguntan en el chat si eres chico o chica, luego qué quieres ver: mujeres u hombres. Tengo una lista guardada con las chicas más bonitas con las que salí pero si quiero ver hombres tengo que poner soy gay o bi y no tengo ganas, porque cuando ves una foto ellos te ven a ti.

—Vaya, no tenía ni idea.

—Es así como funciona. Pero puedo pedirle a una chica que averigüe eso, pero tienes que pasarme la foto.

—¿Y el nombre no te sirve para buscarlo?

—No está por nombre. Nadie se pone su verdadero nombre allí, ¿quién sería tan estúpido? Ves las fotos, las fotos sí se repiten bastante en los chats, si tienes una foto de ese sujeto puedes pasármelas al celular que puedo averiguarte con amigas que siempre están pendientes de los nuevos. Que si ven la foto me dirán en el acto si es o no habitué de esos chats. Pero si está en esos chats y el tipo está por casarse, pues no creo que sea tan imbécil de regalarse así. Tal vez se ponga otra foto falsa como también hacen algunos.

—¿En serio? ¿Y qué sentido tiene ponerse una foto falsa? ¡Qué

estúpido!

—Lo hacen y le funciona igual porque las mujeres lo que buscan es sexo con hombres jóvenes y lindos, si consiguen uno lindo no les importa.

—Maldición, entonces es como buscar una aguja en un pajar prácticamente.

—Bueno depende...

—¿De qué depende?

—No te hagas ilusiones, lo intentaré ¿sí? ¿Pero con una novia preciosa como esa crees que sería tan pero tan imbécil de andar buscando citas con mujeres en la red? A un mes de casarse. Tal vez tenga alguna amante escondida de tiempo, de esas que se llaman cuando la rutina pudre todo, algo discreto. Pero andar en el chat si tienes esposa o novia es quemarse, es ser retardado. Porque te arriesgues a que alguna amiguita le cuente y se arruina todo.

—Por supuesto, tú eres experto. Lo que no entiendo es por qué te quemas en esos lugares con tu foto. ¿Tienes novia o no?

—Por eso no uso mi foto real.

—¿No?

—Claro, ¿tú qué crees?

—¿Y por qué lo haces? Tienes una joven bonita y dulce que ama y tú la quieres. ¿No te da miedo perderla?

—Bueno, es distinto lo que dices. El sexo siempre con la misma mujer

agota, aburre. Caes en una rutina y no hay sorpresas, además tú sabes bien por qué. No sé por qué ahora me lo recriminas.

—No es recriminación. Pienso que serviría más que arreglaras tus problemas con Lisa en vez de perder el tiempo con tus amiguitas sólo para quitarte el estrés.

—Es necesario, estoy atorado diablos, no me hagas hablar de eso. Estábamos hablando de ti. Es más divertido y me encantará ayudarte. ¿Pero cómo conseguirás una foto de ese tipo?

—La tendré, es cuestión de buscar en la web. El tipo ese es publicista, tiene una empresa importante en la ciudad. Es conocido.

—Entonces difícil que se regale en un chat porque allí todo se sabe. Si el tipo es famoso menos, tendría que ser muy discreto y además... ¿No has pensado que tal vez no la engañe? No todos los hombres se parecen a ti o a mí.

—Yo no tengo novia ni engaño a nadie.

—Claro... pero tampoco eres un santo. Siempre tienes más mujeres que yo y te quedas con las más lindas.

—Bueno, yo no tengo esposa ni hijos. Puedo hacer lo que me plazca hasta que me case me parece.

—Y luego de que te cases maldecirás haber sido tan estúpido, ya verás...

—Si logro conquistar a mi princesa y llevármela al altar te aseguro

que daré las gracias cada día de mi vida y no haré la estupidez de engañarla, nunca lo haría. Ya me he hartado de lo fácil.

—Lo dices porque tienes las chicas que quieres a tus pies, sólo tienes que hacer una llamada y listo.

—Por eso mismo me he cansado. Quiero enamorarme y ser feliz, sólo eso. La vida es tomar riesgos, si no lo haces todo se vuelve un maldito círculo vicioso. Hace años que vivo de fiesta hermano, estoy podrido, quiero algo distinto, algo que me motive, que sea un desafío. Si sigo así terminé enamorándome de una cualquiera y no busco eso, quiero una chica decente, la quiero a ella. Y quiero tener mi familia también, eso vale oro para mí porque será mi propia familia, y no la que me tocó en suerte que... no siempre se comporta como debería.

—Sí y a ti te gusta una chica que es preciosa y dulce, ojalá tengas suerte. Consígueme la foto por las dudas, veré qué puedo hacer.

Francesco sonrió, conseguiría esa foto como fuera. Sabía el nombre de ese sujeto y también cómo se llamaba su empresa. No sería difícil conseguir lo demás... tenía trabajo que hacer. Pagó la cuenta y se fue. Estaba muy apurado.

Al día siguiente, Francesco aguardaba impaciente la llegada de Sofía, quien llegó con cierto retraso. Se veía inquieta, algo nerviosa, no sabía bien por qué...

Pero cuando lo miró con esos ojos tan dulces sintió una luz que iluminaba su corazón.

—Disculpa, es que tenía un auto que no me dejaba avanzar y de repente me vi rodeada y tuve que esperar.

Él se preocupó al oír eso.

—Pero ¿estás bien?

—Sí, estoy bien. Sólo fue una pérdida de tiempo, suele ocurrir a horas pico, debí salir antes—le respondió mientras se sentaba algo inquieta y ponía unas carpetas en la otra silla disponible.

Suspiró y luego sonrió y lo miró.

—Bueno, ¿cómo has estado? —preguntó.

De pronto vio algo especial en su mirada, cierto brillo de interés ¿o acaso lo imaginaba?

—Bien... organizando todo el papeleo de la casa, creo que llevará algunos días. Mi padre no quiere que venda nada pero tendrá que aguantarse. Porque venderé mucho más de lo que le dije, a fin de cuentas todo es mío ahora...—sonrió—¿Y tú cómo vas con tu boda?

Era algo descarado hacer una pregunta tan personal pero es que sintió la necesidad imperiosa de hacerlo.

—Bien—fue la evasiva respuesta—estos días son algo complicados pero... necesito hacerte unas preguntas con respecto a ciertas antigüedades,

hice un informe pero es sin prisa, puedes verlas luego y enviarme mail o me llamas. Mejor que lo hagas en un informe para que quede todo ordenado.

—Sí, por supuesto, lo haré.

—Luego te podré dar un presupuesto más ajustado de lo que valdrían todas las antigüedades aunque puedo adelantarte que no estaban tan erradas las aproximaciones que te hice.

—¿De veras? ¡Qué bien!

Sofía lo miró con una sonrisa dulce y serena que lo hizo temblar. ¡Qué hermosa era, qué tierna y dulce!

Lástima que sólo disponía de una hora para disfrutar su compañía.

Pero al menos estarían en contacto esos días y los siguientes por el informe... el bendito informe. Habría deseado preguntarle algo más personal pero no tuvo oportunidad, notó cierta reserva de su parte. Entendible por supuesto luego de haberse acercado tanto en la mansión de charlar de asuntos privados ahora llegaba el distanciamiento. Era inevitable.

Sin embargo sus ojos debían delatarle, era imposible fingir cuando estaba con ella, nada más verla su corazón latió como un loco y esa sensación de amor y locura lo asaltaron durante un buen rato.

—Debo regresar la semana próxima a la mansión, si quieres ir...—
dijo entonces para captar su atención.

Ella sonrió y se mostró entusiasmada.

—Me encantaría pero el sábado debo hacerme la última prueba del vestido—respondió.

Notó cierta agitación extraña al mencionar su traje de bodas.

—Sí, por supuesto, ahora falta menos ¿verdad?—dijo él.

La joven asintió algo incómoda.

—Bueno, ¿y te sientes mejor?—preguntó él con cautela.

Ella asintió.

—En realidad no... pero supongo que son los nervios por la boda. He estado enferma además.

Eso lo preocupó enseguida.

—¿Enferma? ¿Qué tienes?

—Náuseas y como una sensación de mareo y...

—¿Pero fuiste al médico? ¿Te hicieron exámenes?

—Sí... es estrés, no tengo nada. Me mandaron dieta pero sé que no es algo que comí, son los nervios por la boda. Dicen que es normal. Diablos, no creí que sería así.

—En realidad no debería ser así... se supone que es un momento muy importante en la vida de una mujer, su boda. Deberías sentirte feliz y no tan estresada—dijo él con una sonrisa.

Sofía notó su mirada y se sonrojó.

—Es que no sé qué me pasa. No debería estar tan nerviosa. Está todo

bien... vi su celular.

—¿De veras?

—Sí... no sé por qué te hice caso. Fue una tontería hacerlo. No había ninguna chica en su celular, ni mensaje extraño. Ni siquiera tiene contraseña.

—¿No? ¡Qué raro! Siempre se usa contraseña por seguridad, por si te lo roban... en fin.

—Mi novio no es un bandido, es un joven sano, bueno. Por eso salgo con él, si pensara que es un mujeriego que le gustan todas las mujeres como otros...

—Pues mejor así, me alegro de que no encontraras nada raro, porque entonces en vez de sentir mareos te habrías sentido mucho peor.

—En realidad no sé por qué te hice caso, jamás lo vi en nada raro. Supongo que me dejé llevar por cosas que me contaste ese día. Eres algo manipulador ¿sabes?

Francesco sonrió.

—Sí, es verdad. Pero creo que el tema de la confianza es crucial en una pareja, si tienes un novio y vas a casarte ¿qué hay de malo en cerciorarte de que te es completamente fiel?—replicó algo nervioso. Maldito santurrón. Si no lograba pescarle en nada raro estaría perdido.

Sofía sonrió tentada.

—Él es muy bueno sí, es un buen hombre y no está para tonterías,

nunca lo estuvo y por eso creo que será un buen marido.

—Y sin embargo no se te ve como una novia enamorada ¿o me equivoco?

Su rostro se tensó levemente y notó que hacía un gesto con sus labios que denotaba dudas o algo más, algo que no podía entender porque no la conocía tanto.

—No puedes tener todo en este mundo bendita sea, enamorarse y tenerlo todo es como un sueño imposible. Los enamoramientos locos son una pérdida de tiempo, y además se sufre con una pasión tan encendida. Paso de eso, prefiero una relación más sana, más...

—¿Como de amigos? Eso no es amor, es amistad con algo más.

—Pues para mí ser amigos es lo primero.

—Y yo te digo que si amas a alguien debes sentir el fuego en tu piel cada vez que te hace el amor, debes sentir que te quemas por dentro y que te mueres si no lo vuelves a ver... eso es amor, lo demás es... amistad, pasarlo bien. No se pueden confundir ambas cosas, preciosa. Agua y aceite, se juntan pero jamás se fusionan. Pero entiendo lo que dices. Hay amores violentos, locos y enfermizos, buscar un equilibrio es lo ideal pero no siempre se puede. Muchas hablan de una relación sana y demás pero... no se puede pensar que el amor sea algo perfectamente razonable y controlable, no la clase de amor que te empuja a hacer locuras, a sentirte vivo... sé que al comienzo es así luego

con el tiempo se calma un poco la cosa pero lo peor es cuando se va ¿verdad? Cuando sólo sientes eso de que duermes con tu mejor amiga alguien cercano a ti... Pero si realmente es algo fuerte, si ambos sienten lo mismo... sabes muchas mujeres se me han acercado por interés o para usarme de semental... eso no me agrada para nada.

Ella sonrió tentada.

—¿De veras?

—Sí, hay un problema con algunas mujeres cuando cumplen los treinta o un poco antes quieren casarse y tener hijos porque creen que si no... se les va la vida. Y eso estropea muchos matrimonios. Eso de planear una vida. Ahora estudio, ahora trabajo, luego que tengo todo se me ocurre salir corriendo a buscar un marido para tener hijos... la vida debe ser algo que fluya, como el amor. Sin tanta cosa planeada y estereotipada sobre lo que debe ser porque al final se pierde lo principal que es el amor, la pasión, las ganas de estar juntos y la razón de estar juntos.

Sofía enmudeció.

—Vaya, eres todo un experto... para ser tan bandido—tuvo que reconocer.

—Es que ya no soy tan bandido. Que me encanten las mujeres no me convierte en un mujeriego perdido. Estuve enamorado algunas veces pero no resultó por lo que te dije antes, sé cuándo algo es auténtico y a la larga se nota

si hay cierto interés o falsedad.

—Vaya, lo lamento, pensé que tú... que en realidad tu problema era que te gustaban mucho las mujeres y por eso no podías enamorarte, porque todas te gustan.

—Bueno, puedo enamorarme de una también ahora estoy buscando una esposa para la mansión pero debe ser algo romántico, algo bonito... no me agrada lo forzado, eso de buscar... no me expresé bien porque no es lo que yo quiero.

—Pero tú dijiste que tenías una chica que...

—No, no tengo ninguna chica todavía, quiero estar seguro de lo que pasa. No tengo pareja ahora ni tampoco salgo con ninguna chica.

Eso la sorprendió.

—¿No? Vaya... pensé que...

—Quise tomarme un tiempo, estar solo. Estoy buscando algo estable ahora, construir algo pero lo primero para mí es el amor. Que fluya. Que sea algo dulce y fuerte, una pasión. No quiero amigas, amigas ya tengo y no me pasa nada con ellas.

—Pues me has sorprendido, no esperaba que... pensaras así.

—Bueno, no deberías juzgar a todos los hombres con rótulos, pensar que porque son amorosos y miran mucho a las chicas son de lo peor. En realidad no soy tan mujeriego como crees. Es que me gusta mucho la mujer que

es bonita y coqueta, que sonrío y tiene unos ojos hermosos. La mirada es lo que me cautiva, la mirada dulce.

Sofía se sonrojó al sentir la intensidad de su mirada. No podía ser, diablos, estaba haciéndola temblar.

Trató de dominarse, de controlarse y no delatar la turbación que sentía pero cuando regresó al trabajo, media hora después sentía una rara euforia. No podía ser... no otra vez.

Eso no le hacía ningún bien.

Ese hombre era el diablo y tenía un charme, una mirada de hombre fuerte, mujeriego y divertido, por cierto que hacía tanto tiempo que no reía así con alguien...

—Señorita Sofía, la llaman por teléfono—le avisó la telefonista.

De nuevo la rutina, el trabajo, las llamadas y algunos viajes entre semana. Estaba tan harta de todo que... y encima la llamaba la modista para recordarle que tenía listo el traje de bodas, que debía ir a probárselo.

—Pero su asistente dijo que debía ir el viernes.

—Bueno, tal vez quiera venir el viernes, pero ya está listo.

Eso no le gustó demasiado.

En realidad todo lo de la boda le crispaba los nervios.

Era como si la invitaran a una fiesta que no quería ir, con un vestido que le quedaba incómodo y apretado y con un novio al que solo quería... No

estaba enamorada y lo sabía.

Siempre lo había sabido. No había mucha química ni tampoco... siempre evitaba la intimidad. No le gustaba el sexo y todas sus amigas decían que si no tenía buen sexo con su novio no se casara. Es que ella no tenía mucha experiencia, sólo había dormido con su novio y en realidad lo hizo a escondidas, sintiendo culpa pues la habían criado con la idea anacrónica de que el sexo era sólo para el matrimonio.

Para ella el sexo era algo incómodo y a veces hasta doloroso. Lo hacía porque él quería hacerlo y se volvía loco de deseo pero eso nunca le había ocurrido, no con tal intensidad y se preguntó si eso mejoraría con el tiempo, luego de casados... sus amigas decían que el sexo era todo un tema de probar cosas nuevas y esperar, que enseguida no se sentía placer y que se disfrutaba mucho tiempo después pero...

Tal vez era como esas mujeres que no les interesaba el sexo, que preferían hacer otras cosas y disfrutaban más un viaje, un helado, una buena película... todos menos eso.

No disfrutaba, a veces estaba tan tensa que le dolía y entonces no podían hacerlo y su novio insistía en que debía ir al médico.

Eso la fastidiaba bastante. Jamás iría a un médico a que la examinara para que viera si sufría estrechez o tenía algún problema físico que le impedía sentir placer en la intimidad.

No siempre ocurría, a veces era agradable. O al menos tolerable. Tal vez fuera por el látex, su madre había dicho que era horrible para una mujer soportar un condón pues era de látex y la vagina era algo muy delicado para que le introdujeran eso. ¿Sería alérgica al látex, por eso se tensaba tanto cuando lo hacían? Al comienzo había sido muy difícil, quería hacerlo pero no soportaba tenerle allí, era demasiado molesto y doloroso... Luego que logró desvirgarla pensó que nunca más querría hacerlo pero su novio se moría si le decía que no, siempre estaba besándola, diciéndole cosas lindas, regalándole flores, tratándola como a una reina. No podía quejarse...

Tal vez tuviera algún problema orgánico, alguna deficiencia por eso... no sólo no llegaba al orgasmo sino que no sentía nada especial mientras lo hacían. Excepto pensar que era un momento íntimo, un acto de amor y sabía cuánto quería hacerlo él, siempre estaba listo y una noche desesperado mientras se besaban levantó su falda y quiso hacerlo... pero esa posición fue incómoda y le dolió, solo quería que sacara esa cosa grande de su cuerpo de una vez, que terminara y la dejara en paz. Además temía que alguien los viera, diablos, moverse arriba de él y probar otra posición debió excitarla, toda la adrenalina del momento... pero no fue así. Le dolía y tuvo que acostarse en el asiento de atrás y pedirle cambiar de posición y entonces...

Él hizo algo que la asustó mucho.

Quiso besar sus partes íntimas.

No era la primera vez que lo intentaba pero sin suerte, ella no lo dejaba, le parecía algo muy horrible y asqueroso.

—Tranquila, son solo besos, déjame sentir su suavidad, su sabor... eres tan dulce, tan suave—dijo.

Recordó ese momento, sonrojada.

—No lo hagas, moriré si lo haces.

Casi gritó cuando él insistió pero al final, rendido, introdujo su miembro grueso y la rozó con fuerza y ella sintió que era incómodo y deseaba que terminara rápido y la dejara en paz.

Sus amigas se rieron cuando les contó el episodio.

—Pedazo de estúpida no sabes lo que te pierdes—dijo Iara.

—¿Lo qué?

—Sí boba, son caricias que te llevan al éxtasis... se llama sexo oral.

Ellos lo hacen y tú les respondes engullendo su demonio y acunándolo como si fuera algo suavecito y tierno.

Cuando supo de qué iba eso se sintió asqueada.

—¿Tú estás loca? No haré eso jamás.

—¿No? Pues deberás aprender, a todos los hombres les gusta y si no lo haces se buscarán otra que sí.

—Oh cállate no seas bruta, no siempre es así.

—Oh no, tú bien que lo haces todo el tiempo.

—Pero Sofía no es como nosotras y además recién está empezando. Tú no hacías nada cuando recién empezabas tampoco. Hay que desearlo, forzado no se puede... debes tener paciencia amiga, esto es algo que lleva tiempo y se aprende. No lo hagas si no quieres Sofía, pero si dejas que él te haga mimos... será bueno para que te ayude a estar más lubricada. Lo que tienes tú es poca excitación me parece.

—¿Poca excitación? ¿Por qué?—replicó ella interesada.

—Es que para tener sexo hay que estar preparada, estar en eso y no pensando en las antigüedades sino en un postre de chocolate. Besarse es el primer paso, tocarse y también caricias... no tienen nada de malo esas caricias. Son el preámbulo para que luego sea más intenso, además sino es muy frío, es como hacerlo y ya... no es así.

Sofía no entendía de qué le hablaban hasta que su amiga más zafada le dijo que una mayor excitación con caricias íntimas hacía que luego el acto de aparearse fuera más placentero.

—Debes soltarte un poco, despacio y dejar que él te guíe porque es el que sabe, ¿no?

No era la primera vez que le daba ese consejo pero todavía no quería dejarse llevar tanto, no hasta el punto de permitir que él llegara a su zona privada. No podía soportarlo, la asustaba, le parecía una práctica vergonzosa y no entendía qué placer podía encontrar un hombre en eso ni tampoco una

mujer.

Para ella el sexo era algo más tranquilo, un acto de cariño, no de tener placer y hacer cosas que no la convencían para nada. Además su novio disfrutaba con ella, lo sabía, porque la amaba y eso era lo más importante para él, poder tocarla y tener intimidad. Mucho lo hizo esperar para hacerlo la primera vez y él jamás le exigió cosas ni tampoco... Era un caballero y era muy suave cuando la besaba, cuando le hacía el amor. De haber sido muy ardiente no lo habría soportado. Además no creía que fuera tan complicado, hacía sólo tres meses que tenían relaciones y para ella no había sido nada fácil... tal vez con el tiempo fuera mejor.

Llegó a la casa de la modista tres horas después y luego de probarse el vestido hizo un gesto de rabia. No podía entenderlo.

—Este vestido me queda holgado, no me favorece—se quejó molesta.

La modista no había hecho más que hablar como un pororó sin parar sobre lo pintado que le quedaba pero la evidencia le hizo cambiar de parecer.

—Bueno, no hay problema... puedo arreglarlo. Es que todas las novias adelgazan antes de casarse por los nervios aunque a veces ocurre al revés, engordan porque... algunas se casan embarazadas.

La novia se puso colorada.

—Yo no estoy embarazada—replicó ella con aspereza.

—Bueno, no quise ofenderte por favor, hoy día es muy común... por lo

menos se casan ¿verdad? Eso es bueno. Hay que casarse—respondió la modista haciéndole un guiño—Pero no te preocupes, arreglaré tu vestido pero no sé si convenga ajustarlo mucho. Luego puedes engordar y el modelo...

—El modelo debe quedar ajustado—protestó la novia histérica. Empezaba a cabrearse de una manera formidable, estaba como una araña y todo le molestaba, hasta la mirada tonta y burlona de esa modista, el vestido que le quedaba holgado como una bolsa y rayos, tampoco le gustaba ese modelo antiguo. Se sentía ridícula. Era demasiado amplio y principesco y... le quedaba horrible, no importaba si le hacía arreglos en el futuro. Era espantoso. No le gustaba.

Y lo peor era que ella misma lo había escogido, no podía ser. Y no tenía tiempo de cambiarlo, debía casarse con él. Ahora se sentía como una muñeca fea de colección, de esas que tenía su tía abuela sobre la cómoda, metidas en sus cajas de madera: originales, impecables, conservadas allí por más de cuarenta años. Patéticas. Y ella parecía una de esas muñecas sin vida con el vestido inflado y antiguo.

Mientras se quitaba el traje de novias pensó todo eso y se sintió amargada. Triste. Y también furiosa.

No quería casarse con ese vestido.

O tal vez no quería casarse directamente por eso todo lo que fuera boda la ponía histérica y rabiosa.

De pronto se encontró llorando furiosa mientras hablaba con su madre al celular y le pedía que le comprara otro vestido porque el que le había hecho la modista era horrible.

—Pero Sofía por favor, faltan cinco semanas para la boda no puedes cambiar así el vestido. Estuviste horas para decidirte. ¿Qué tienes? ¿De nuevo nerviosa?

—No, estoy furiosa, no es el vestido que elegí o sí es pero me queda horrible, por favor, debes ayudarme.

—¿Ir a comprar un vestido hecho ahora? ¿Y crees que no necesitarás arreglos? ¿Y dejar ese que salió una fortuna? Debes estar loca. Por favor, tranquilízate. Tú misma te pusiste en este baile ¿lo recuerdas? Nadie te obliga a casarte, tú lo haces porque sabes que Marco te conviene. Que es un hombre excelente, de buena familia y...

—Sí, ya sé eso. Pero no quiero ese vestido, no me gusta y además me queda espantoso. Parezco...

—Bueno, Sofía por favor, tranquila.

—Lo estoy mamá.

—No, no lo estás... hace días que estás muy tensa, es normal... ya queda poco. Intenta calmarte ¿sí?

—Para ti es muy fácil decirlo.

—Aguarda, iré a buscarte. ¿Estás en la casa de la modista?

—No, ya me fui. Debo regresar al trabajo—replicó Sofia evasiva.

No estaba de humor para recibir reproches y mientras se alejaba de la casa de la modista caminó hasta el café más próximo pues necesitaba tomar algo que le quitara esa desazón, esa maldita angustia... sus nervios estaban a punto de colapsar y por supuesto que no quería atender más llamadas. Así que apagó el celular tranquilamente y luego entró en el café nerviosa.

Ese vestido le había arruinado el día y necesitaba con urgencia un trozo de postre de chocolate y un café doble, bien cargado.

Luego de eso podría sentirse más tranquila, pues cuando estaba así de tensa necesitaba algo dulce, algo fuerte como un café.

Iba a apagar su celular cuando de repente vio su fotografía y tembló. No podía ser, ¿qué hacía una foto de Francesco Chiavari en su celular? ¿Acaso ella la había sacado sin querer? Diablos...

Sintió un estremecimiento espantoso cuando vio su foto. Una agitación nerviosa que no pudo controlar. Diablos, qué guapo era ese hombre. Guapo y letal como un demonio. Alto, de complexión atlética, espalda ancha, hombros y ese cabello oscuro ondeado algo largo y sus ojos... lo más bello eran esos ojos inesperadamente azules enmarcados con esas cejas gruesas muy italianas.

Peligroso como un demonio.

Y mujeriego perdido.

¿Por qué siempre los mujeriegos eran tan encantadores y lindos? Tan

sexys. Tenían ese encanto. Él tenía ese encanto... y la miraba de una forma que la hacía temblar.

No debía seguir viéndole, era peligroso que lo hiciera.

Su vida era un laberinto ahora, estaba confundida, estresada y nerviosa y lo que menos necesitaba era un uno de esos hombres ricos y caprichosos para arrastrarle el ala y confundirla aún más.

Mientras pensaba eso volvió a encender la pantalla táctil para ver su foto, sólo eso, ver su foto. Tal vez pulsó la cámara sin querer pero allí estaba. Una instantánea que había captado su esencia, esa aura de seducción. Un hombre alto, de complexión atlética, fuerte, viril, el cabello oscuro ondeado y esos ojos inesperadamente azules de mirada intensa, profunda, enmarcados en cejas gruesas. Todo un hombre. Seguro de sí pero también muy enamorado de las mujeres, eran su debilidad y ahora... ahora decía que quería encontrar una joven seria para enamorarse, si no le entendió mal.

¿Y qué mujer podía confiar en un mujeriego como ese?

Ella no, por supuesto.

Suspiró mientras se preguntaba qué haría con esa foto, debía borrarla, no era prudente conservarla en su celular, si alguien la veía pensaría que...

No tuvo valor de borrar su foto, sabía que volvería a verla mañana y pasado y que ...

Nerviosa se tomó el café capuchino y devoró el trozo de pastel de

chocolate tratando de no pensar. Pero ese día no le funcionó comer algo dulce y cuando salió del café se sintió igual o peor que antes.

Entonces al llegar a su casa él la llamó.

—Hola Sofía... ¿molesto, puedes hablar?

—No, no molestas Francesco.

—Es que quería saber... te envié un mail hace un momento con los datos que me pediste pero no encuentro la dirección, creo que tiene un error, escribí lo que me dijiste pero me da que no se puede encontrar el destinatario.

Ella le deletreó de nuevo la cuenta de e-mail y él debió anotarla con cuidado.

Pero luego siguieron charlando, como pasaba siempre. Se enganchaban hablando y hablando. Sentía que podrían estar horas hablando y era fantástico porque se sentía cómoda, relajada... casi feliz. Era una locura por supuesto. Sin embargo le pasaba. Debía ser un hombre terriblemente seductor y debía comprender que no debía tomarle en serio para nada pues a fin de cuentas era un cliente de la casa de antigüedades y no podía confundir las cosas ni... dejarse llevar por sus galanteos. Seguramente era igual con todas...con todas las chicas guapas que se cruzaban en su camino.

Y a ella le atraía mucho ese don Juan.

Pero su novio no era un don Juan por suerte y esa noche saldrían al cine al ver el estreno de una película de ciencia ficción que tanto le gustaban a

Marco. Por momentos sentía que su novio era un niño. Fanático de los video juegos, las películas de Star Wars, y tenía una colección especial de autos infantiles de metal. Su cuarto era la habitación de un niño, un adolescente y eso que tenía veintisiete años. Se preguntó si tendría que soportar esa colección de autitos pequeños en su nuevo hogar, las sagas de anime, fanfics y todas esas cosas que no tendría lugar de acomodarlas.

Qué lindo era oír su voz, logró distraerse con su charla y cuando llegó a su casa se encerró en su habitación y luego prendió la portátil para ver si le había enviado un mail. Entonces lo vio y comenzaron a charlar por chat y en sus labios se dibujó una sonrisa cuando él le preguntó si podían usar skype.

No debía hacerlo, no quería video llamadas pero no pudo resistirse. Necesitaba verlo. Había tenido un día difícil y su voz, su presencia la calmaba no sabía por qué, porque nada más podía calmarla.

Cuando encendió la cámara su corazón latió acelerado al sentir su mirada intensa, tan fuerte y se alejó despacio.

—Hola princesa—dijo él con voz suave sin dejar de mirarla.

¿Princesa? Vaya, nunca la habían llamado así.

—Hola—respondió ella.

—No quise asustarte, perdona... ¿cómo te sientes?

—No me siento muy bien hoy... el vestido. La boda. Siento que mi cabeza va a explotar—le respondió.

—Tranquila. No tienes que hacer algo que no quieres, bonita. Debes hacer lo que te haga feliz. ¿Por qué no le pides un tiempo a tu novio?

—En realidad quiero escapar... irme muy lejos. No quiero casarme, no estoy preparada.

—Entonces no te cases. Eres tan joven, tan bonita, mereces ser feliz y...—Francesco vaciló. Le habría gustado decirle algo más pero no quería presionarla, pobrecita su princesa, estaba muy confundida y no era el momento. Sin embargo su mirada le decía algo... sus ojos le decían que no le era indiferente y que tal vez tenía esperanzas. Diablos, estaba loco por ella y tanto fuego no podía esconderse.

—Está bien, ve... pero si quieres hablar con un amigo aquí estoy. Un amigo—le respondió él y sonrió.

Le gustaba su sonrisa, y su mirada la había hechizado, su mirada decía “eres preciosa y me gustas”.

—Gracias Franco, eres muy amable. Es que no tengo con quien hablar porque nadie entiende lo que me pasa.

—Bueno, aquí tienes un amigo que te escucha.

—Te lo agradezco...

Sus miradas se unieron a través de la pantalla y ella casi sintió pena de tener que despedirse.

Luego se sintió raramente feliz. Tranquila.

Fue a darse un baño y se dijo, ¿eres tonta o qué? Estás a punto de casarse y ese tipo es un mujeriego perdido. Tal vez le gustes sí pero dudo mucho que hable en serio cuando te dijo que quiere una relación formal.” Sofia se sintió llena de dudas y una tonta por sentir cosas que... eran un completo error, una fantasía. No debía prestarle atención. Tenía novio, iba a casarse y...

No debió aceptar ese trabajo, no cuando notó la mirada de ese hombre durante la entrevista. Ahora mejor sería irse con cuidado...

—Está limpio, Francesco. Limpio como un angelito. Lo que tú quieres saber es... que ese novio no anda en nada raro.

—No puede ser, Rodolfo.

—Es así. Ya lo investigué. No está en un chat, su celular tampoco tiene más que video juegos para adolescentes y algún video porno escondido pero eso está dentro de lo esperado. Nada que sea grave. Y no hay chat con chicas ni amantes. Está limpio. Como un angelito. Ya te lo dije.

—Pero qué desastre, no lo puedo creer. Maldito tonto. Bueno, no importa... imaginé que no sería tan estúpido.

—Es que no es estúpido. Es un chico sano, normal. No sale de noche, le gustan los video juegos, colecciona fanfics, deportista... Es una mezcla rara de adolescente y hombre joven, pero sin vicios, sin debilidades. Bueno,

parece que hemos encontrado un hombre fiel y tranquilo, mala suerte para ti ¿eh? Eso habría sido más sencillo. Te habría ahorrado el trabajo.

—Bueno, al parecer no será así... no importa.

—Y tú que creías que era un sinvergüenza...

Francesco suspiró y miró su fotografía en el celular. Era una chica preciosa, tan dulce... no podía casarse con un estúpido que todavía jugaba a los video juegos. No podía permitirlo.

—Es un completo imbécil, ahora entiendo... por qué ella no quiere casarse, me pregunto por qué le dijo que sí. Cómo hizo para conquistar a una mujer tan hermosa y dulce como ella. Con esa cara de bobo que tiene y siendo un estúpido también.

—Francesco escucha, si lo ama... estás perdiendo el tiempo. Si está enamorada de él... no hay mucho que puedas hacer.

—No está enamorada. No lo creo.

—¿Estás seguro?

—Sí, estoy seguro. Hay distintos grados de amor. No todas las parejas están locamente enamoradas, algunas apenas se soportan. Creo que ella está con él por lástima o porque era su mejor amigo. No lo sé, pero estoy seguro de que está confundida y no quiere casarse, por alguna razón la asusta y espero que siga así de confundida un poco más.

—Lo que veo es que tienes poco tiempo.

—¿Y eso qué importa? Lo conseguiré. Ya verás.

—¿Y si fallas? ¿Qué harás?

—No me rendiré.

Francesco sentía que caminaba en una nube, cuando salía del restaurant fue directo a la casa de antigüedades para ver a su princesa. Era una especie de cita de trabajo, ella lo llamó para avisarle que tenía listo el informe y pensó que era una buena oportunidad para verla y dirigió sus pasos hasta su auto y arrancó a gran velocidad. Tenía prisa.

Un empleado le avisó de la llegada de Francesco Chiavari y ella se puso tensa. En un instante sus manos comenzaron a sudar y luego sintió que el corazón le latía como un loco. Sensaciones intensas que no pudo disimular, él estaba allí y parecía que todo desaparecía a su alrededor y cuando se acercó y besó su mejilla y la miró tembló. Diablos, nunca le había pasado algo así...

Su voz terminó de sobresaltarla.

—Disculpa, llegué un poco antes—dijo.

Le gustaba su voz, su voz le despertaba cosas que no lograba comprender. Tocaba las fibras de su corazón, como si escuchara una melodía preciosa y dulce, su canción favorita.

—No hay problema... Justo iba a llamarte. Aguarda aquí—le dijo y pensó que cualquier excusa era buena para verse, para charlar... habían estado conversando en el chat durante días y esperaba ese momento con ansiedad.

Debía estar loca, no dejaba de decírselo. No podía entusiasmarse así ni sentir esas cosas cuando apenas lo conocía.

Y mientras conversaban sobre el trabajo de nuevo, sentados en su oficina se preguntó si no haría eso para evadirse porque no deseaba casarse. Si no sería una forma de escapar, estar boba así con ese hombre, sentirse casi enamorada de un extraño, un mujeriego en el que nunca podría confiar. No, no, nunca tendría nada con un hombre así.

Y era tonto hacerse ilusiones y dejarse embaucar, seducir...

Trató de mostrarse más fría. Era necesario. Tenía una boda por delante y sabía que Marco era el hombre que le convenía. No importaba si estaba nerviosa, era normal. No podía echarse atrás porque...

—Sofía—dijo Francesco.

Al oír su nombre tembló.

Él la miró con fijeza.

—Es que me preguntaba si... podrías regresar a la mansión el sábado próximo para ver una colección de adornos que mi padre dice que valen una pequeña fortuna y que al venderlas no perderé gran cosa.

—Una colección de jarrones o...

—Bueno hay varias cosas. Jarrones, juegos de té de porcelana de Dresden... y también cierta colección de miniaturas que ciertamente no tiene sentido conservar esas cosas que nadie usará jamás, sólo para convertir la

casa en un museo.

—Es que el sábado no puedo y la semana próxima estaré más complicada aún pero... si quieres puedes enviarme fotografías, un inventario con lo que te interese vender y vemos.

No podía ir. Deseaba ir pero no podía hacerlo.

Le habría gustado regresar a la mansión, estar con él... diablos, ¿qué le estaba pasando? Lo que estaba sintiendo estaba mal, era horrible, no podía sencillamente sentirse atraída de esa forma por un mujeriego sin corazón.

Entonces sintió su mirada. Notó cómo la miraba él. Con cierta tristeza y desilusión.

—Lo siento—dijo entonces.

—Está bien, no importa, entiendo que estás por casarte y me imagino que...

—La semana entrante dejaré el trabajo porque ya es complicado... regresaré en un mes y medio, luego de la luna de miel.

Tuvo que decírselo para que entendiera que estaba comprometida y que no habría vuelta atrás, todos esos días habían sido de evasión, un paseo relajante pero no era real y lo sabía. Tampoco era prudente seguir esa amistad, mejor tomar distancia aunque hacerlo fuera “antipático”.

—¿Entonces los preparativos seguirán adelante?—preguntó él como si hubiera abrigado alguna esperanza de que ocurriera lo contrario.

—Sí... he estado muy tensa estos días y agradezco tu compañía en el chat y todo pero... creo que me siento más tranquila.

Una nueva desilusión para él, lo vio en sus ojos. Hizo un gesto extraño, como de pena o rabia, no estaba seguro, pero debió caerle mal.

—Está bien, lo entiendo. Todo bien... creí que querías tomarte un descanso—intentó sonreír pero luego pareció cambiar de idea y poco después se fue.

Sofía lo vio irse sintiendo algo que no lograba entender.

Tal vez fue muy bruta al decirle esas cosas, debió ser más diplomática y no decir nada que se tomaba unos días, simplemente desaparecer y listo pero algo la impulsó a hacerlo. Es que ella sabía que ese tonto como le llamaba su tía solterona Ada, no tenía ningún futuro. Y que él parecía muy interesado en ella, como conquista por supuesto, pero ¿qué ganaba dándole alas si al final iba a casarse con Marco?

Marco le convenía, era su novio, su amor y tenían casi un año de relación. Todo había sido relámpago, salir, enamorarse y... ahora iban a casarse para vivir juntos porque él tenía que mudarse lejos y ya no podrían verse tan a menudo. Por eso.

Los nervios de la boda lo habían arruinado todo y ahora se sentía confundida.

Luego se sentiría mejor. Trataría de olvidar a ese seductor de mujeres.

Seguro conquistaba a todas las mujeres que quería. No debía pensar que era especial ni nada parecido. Solo un juego. Un maldito juego de seducción que debía terminar.

Marco le dijo que irían a cenar a un restaurant esa noche y decidió usar ropa formal, de etiqueta.

No tenía ganas de ir pero sabía que no podía faltar, diablos, era inevitable.

Y mientras cenaban en un restaurant su prometido la encontró algo tensa.

—¿Te sientes bien, Sofia? ¿Mucho trabajo?—le preguntó.

Ella lo miró con una sonrisa forzada.

No parecía él. Su novio de siempre. Rubio, de porte atlético. Fuerte. Con esos ojos verdes que la habían hechizado el primer día.

Parecía otro hombre. Más delgado. Se había dejado crecer la barba y eso no le favorecía. Se veía descuidado, él que siempre había sido tan prolijo y...

—Estoy bien—le respondió.

Él sonrió y entonces recibió una llamada inesperada de un amigo y estuvo horas conversando de ese nuevo video juego. Qué fastidio.

La cena llegó y se enfrió tranquilamente en su plato y ella se quedó

rabiando impaciente. No sabía por qué su novio le parecía tan bobo y tan feo esa noche. Tal vez fuera su mal humor.

No, no era su mal humor.

Su novio no era sexy, se comportaba como un tonto a veces con esa obsesión enfermiza por los video juegos como si tuviera quince años y ahora que estaba metido en ese proyecto de hacer el video juego de zombis, sabía que era un invento enterrado en su no tan lejana adolescencia pero...

Últimamente todo la irritaba, la molestaba y lo peor era que su mal humor iba en aumento cada día que pasaba y ahora que sabía que no volvería a ver a Francesco Chiavari nunca más.

—Sofía, ¿qué tienes?—le preguntó su novio de repente al ver que lloraba.

No, no lloraba, sus ojos se habían puesto vidriosos y se sentía rara.

—Estoy bien... no tengo hambre.

Su novio la miró espantado.

—Pero luego íbamos a ir al departamento.

Sofía se puso pálida al comprender sus intenciones. Quería tener sexo, diablos, hacía más de dos semanas que no la tocaba y eso lo debía tener como loco. Una vez por semana le parecía poco. Para ella era más que suficiente una vez por mes. Pero sus amigas decían que eso no era para un hombre joven,

que sólo uno de ochenta podía conformarse con tan poco... que debía hacer algo para mejorar eso porque un hombre joven necesitaba más sexo y bla, bla, bla...

Y aun sabiendo que estaba mal ella lo miró con fijeza y le dijo:

—No me siento bien hoy, quisiera volver a casa a descansar.

Él la miró con cara de perro abandonado pero como siempre, no dijo nada y resignado, la llevó de regreso hasta su hogar, no había alternativa. Ese día no estaba de humor para nada y mucho menos para el sexo, la cosa más incómoda con la que tenía que lidiar a veces.

Sin embargo cuando llegaron a su casa él detuvo el auto y la miró.

—¿Qué tienes, Sofía? Te noto tan extraña últimamente. ¿Acaso quieres posponer la boda un tiempo? No quiero que esto sea algo forzado ni que te estrese tanto.

Sofía sintió que el corazón le latía con violencia. Estaba cansada, estresada y sus emociones fuera de control.

—Tal vez...

No lo negó, qué sentido tenía.

—Tal vez sea precipitado casarnos ahora...

Su mirada cambió, a lo mejor esperaba que ella lo negara todo. Que se ofendiera por sus suposiciones o que simplemente le confirmara que sólo estaba cansada pero que entre ellos estaba todo bien. No fue así y por eso lo

vio ponerse tenso.

—Sofía, tú sabes que estoy loco por ti, que te amo tanto que no me importa esperar pero... sé sincera conmigo por favor. Si no quieres casarte, lo entenderé.

Diablos, no era tan sencillo terminar todo, no quería hacerlo, no tenía eso en mente.

—¿Y crees que quiero eso? Por favor Marco, sé comprensivo, estoy nerviosa, tensa... No quiero terminar contigo, tú eres mi novio y te quiero. Llevamos tiempo juntos y no tenemos problemas, nos llevamos bien.

El alivio que vio en su rostro le rompió el corazón. Su novio la amaba, la amaba tanto o más como decía. Y ella también lo quería, iban a casarse y por culpa de ese seductor granuja...

—No es eso... no me hagas caso. No eres tú—le respondió.

Marco sintió un impulso y la atrapó entre sus brazos y la besó. La besó una y otra vez... un beso ardiente y apasionado y el deseo intenso de hacerle el amor.

—Por favor Sofía, me muero por sentirte—le rogó—Ven conmigo.

De pronto se sintió excitada por sus besos, por sus caricias y su desesperación por hacerle el amor y un deseo feroz se apoderó de ella. Por primera vez en mucho tiempo quería hacer el amor, quería tener sexo rudo y salvaje. Rápido... como en sus más locas fantasías.

Y cuando media hora después llegaron a su departamento estaba húmeda y más excitada que nunca. Su vestido corto negro cayó al piso y luego su ropa interior de rojo y negro con encaje. Estaba más que lista para la cópula y por primera vez no sintió esa molestia cuando entraba en su cuerpo, cuando su miembro duro y vigoroso se abría camino en su vientre. Quería hacerlo. Maldita sea, no era usual que se pusiera así, como una gata en celo pero en esos momentos se enloqueció de deseo y cuando su novio cayó sobre ella y la poseyó se sintió en la gloria, disfrutando cada segundo. Dulce y ardiente como lo era en contadas ocasiones, el movimiento de sus caderas, ese vaivén, esa danza sensual y desesperada y de pronto cuando Marco la besó y poseyó como un demonio vio a Francesco, no era su novio, era él... cerró sus ojos para no verle pero sintió que estaba allí, en esa cama y fue como si hiciera el amor con él. No podía ser... pero quería que fuera él, fantaseaba que fuera ese guapo seductor mujeriego en su cama, como su amante tierno y tirano. Pero luego, cuando todo terminó y Marco le dijo que la amaba sintió deseos de llorar porque no era Marco, no había sido su novio en esa cama sino Francesco, él había estado allí haciéndole el amor por eso fue tan maravilloso y ahora comprendía que no había sido más que una ilusión. Y ahora se sentía peor...

—Preciosa, ¿por qué lloras?—le preguntó su novio envolviéndola entre sus brazos.

—Es que... fue tan intenso—le respondió y se apresuró a secar sus lágrimas.

Él la besó y la empujó a la cama.

—Dios mío, fue maravilloso, fue grandioso...—su novio no podía entender cómo de repente se había puesto tan fogosa y quería hacerlo de nuevo.

Pero ella se negó, no se sentía bien, estaba cansada.

—No me digas que no, por favor—le pidió y trató de convencerla con besos y caricias pero ella se negó. La excitación había pasado y ahora solo le quedaba la pena de que comprender que era mucho peor de lo que pensaba, ahora ese seductor se había metido en su cama también, era demasiado. ¿Cómo podría soportarlo? La próxima vez pondría la mente en blanco. Lo haría. Para evitar que volviera a ocurrir.

Sofía se despertó desganada y sin fuerzas y con pereza fue a hacerse un café bien cargado en la cafetera. Lo necesitaba. No había dormido bien y se sentía débil. Nuevamente desganada y confundida.

Llevaba días sin hablar con él, sólo unos mensajes cortos que le envió el otro día para preguntarle por el presupuesto pero no hubo llamada como si él comprendiera al fin que debía alejarse, que no era prudente insistir y se lo agradecía. No habría soportado más presión en esos momentos, su cabeza era

un embrollo, su vida entera era un maldito laberinto de confusión y dudas. Necesitaba tanto estar sola porque las exigencias diarias la agobiaban, cualquier cosa la estresaba en esos momentos.

Es que le vendrían muy bien unas vacaciones ahora. Pero nadie se tomaba vacaciones en vísperas de su boda.

Miró su celular con expresión de angustia. Allí estaban todos los chats, también en su portátil. Allí estaba él, su locura de amor. Su amante fantasma, su fantasía más loca que no podía ser de ninguna manera porque sería más que estúpida si se enredaba con un hombre mujeriego para empezar, sólo por eso. Por más que le dijera que iba a cambiar o... Además él nunca le había hablado nada de que estuviera interesado en ella.

Sólo la había mirado ¿y eso qué podía significar?

La había llamado preciosa. Princesa. Sí, le había dicho princesa en varias ocasiones. Con una tonalidad casi dulce. Como si quisiera que ella fuera “su princesa”.

Bueno, para él todas eran princesas, le gustaban mucho las mujeres y seguramente no era la única a la que miraba ni a la que intentaba cortejar. ¿Además no había mencionado algo de una chica con la que quería casarse al comienzo pero con la cual aún no había conversado? Ella tenía buena memoria. Y cuando luego le preguntó respondió de forma evasiva.

Tal vez sólo le gustaba y quería confundirla para ver si lograba dormir con ella. Era lo que siempre querían esos seductores. Sexo. Sexo y diversión. Por eso eran tan galantes. En la Universidad hubo un par de ellos, pero ninguno tan guapo en realidad.

Sofía no quería ser la diversión de nadie.

Y era muy tonta si esperaba algo romántico en un momento tan inoportuno, con el hombre menos confiable de todos. Un antiguo mujeriego que decía que ahora buscaba tener algo serio con una mujer y sentar cabeza. ¿Cuánto le duraría eso? ¿Podría confiar en un hombre así que se derretía al oír la voz de una mujer, si se le iban los ojitos si veía a una bonita? Su novio no era así por suerte, de haber sido tan mujeriego jamás habría salido con él.

Su teléfono sonó entonces.

Era él. Francesco. Su corazón comenzó a latir acelerado y sintió un vuelco de alegría. No, no podía atender...

—Hola Francesco.

—Hola princesa. ¿Cómo vas?

—Bien ¿y tú?

Se hizo un silencio.

—Quiero verte—dijo él con inesperada franqueza. Pero algo en su tono delataba un deseo intenso, casi salvaje. Una necesidad imperiosa de verla. Sólo eso. Verla.

—Es que... no creo que sea buena idea, ¿sabes?

Tuvo que decírselo. Era necesario poner fin a ese coqueteo. No podía ser y punto.

—Voy a casarme en tres semanas sabes y pienso que... no es buena idea que... te hagas ilusiones. Perdona la franqueza. Quiero ser sincera contigo, Francesco. Tengo la sensación de que pasa algo que no debe pasar.

—Está bien, entiendo... por supuesto.

—Lo lamento, de veras.

Se hizo un nuevo silencio.

—No te cases con él, princesa. No lo hagas. Por favor. Dame una oportunidad—su voz se oía casi desesperada.

Su corazón latió más acelerado que antes.

—¿Una oportunidad?—dijo ella con el corazón en la boca. No podía estar pidiéndole eso.

—Sí, tú me gustas... me gustas mucho. Eres una rosa, una princesa, por eso te llamo así a veces.

—Pero estoy comprometida, Francesco, voy a casarme en menos de un mes ¿qué quieres de mí?

—Una oportunidad preciosa, yo no... quiero arruinar tu boda, ni tampoco causarte problemas. No soy un chiflado que persigue chicas, tú me gustas y quiero estar contigo. Pero sé que no es buen momento para ti y lo

entiendo. Pero tampoco quiero irme. Por favor... sólo quiero verte de nuevo.

—Es que no creo que sea buena idea además eres cliente de la tienda Bellafinni y no...

—¿Qué importa eso? Te extraño, princesa.

—No digas eso. Apenas me conoces.

—Es verdad, pero igual me muero por verte, ¿tú no quieres verme? Si no quieres saber nada de mí no insistiré—mintió él, esperanzado en que por supuesto dijera lo contrario.

—Es que no le veo ningún futuro a esto. Yo no soy una princesa, tengo los pies en la tierra, sé bien lo que quiero y lo que me conviene.

—Sí, por supuesto. Eres una chica sensata, solo me pregunto si tu corazón siente lo mismo.

Ella no respondió, la pregunta le pareció un puñal. No iba a dejarse conquistar por ese seductor mujeriego, ni que fuera tan boba.

—Escucha, debo irme ahora. Piensa en lo que te dije, ¿sí? Estoy comprometida y no estoy interesada en aventuras.

—Yo tampoco busco aventuras, Sofía. Sólo quiero verte no... soy un caballero sabes y jamás intentaría nada contigo si tú no quieres.

—Pero si acepto verte es porque me interesa tener algo contigo ¿verdad?

Suspiró.

—Hablar por teléfono es complicado. ¿Puedo hacerte una video llamada?

No, ni pensarlo, acababa de levantarse y tenía el cabello horrible, los ojos hinchados...

—No puedo, recién me levanto. ¿Qué buscas?

—Sólo verte un momento, no volveré a llamar si no quieres ¿sí?

—Es que no quiero empezar algo contigo, ¿no lo entiendes? Estoy a punto de casarme y tú... eres muy galante y guapo sí, pero sé que eres un mujeriego perdido y ni loca... perdona mi franqueza pero jamás tendría algo con un mujeriego, aunque estuviera soltera.

—Es que ya no soy un mujeriego. No lo soy. Tú me gustas, me tienes loco Sofia, ¿es que no te has dado cuenta? Fui a la tienda de antigüedades para acercarme a ti porque te vi en ese restaurant ese día y me enamoré.

—Eso no puede ser.

—Eso fue lo que pasó. Soy sincero. Siempre he sido sincero. Jamás le diría esto a una chica si no estuviera interesado en ella. Preciosa, tú me interesas. ¿Es que no lo has notado? Y no pienses que soy un mujeriego porque no es verdad. Pero si quieres saber la verdad déjame hablarlo personalmente por favor, no por teléfono.

—Está bien pero... esto es muy difícil para mí, voy a casarme. No puedes decirme que te intereso. Estoy comprometida.

—Sí, lo sé. Pero no quiero que pienses que hago esto porque busco una aventura, jamás pensaría en ti como en algo pasajero.

No, no quería verlo. Era una locura aceptar una cita. Hacía sólo tres semanas que lo conocía y lentamente llegaba el día de su boda. ¿En qué estaba pensando? Si tenía un romance con ese hombre seductor sería como tirar un año de relación con Marco a la basura, no sólo eso sino su boda y esos proyectos que tenían de compartir sus vidas.

Cuando la conversación terminó sintió una rara paz y sin pensarlo corrió a darse un baño porque no soportaba verse con todos los pelos lacios y erizados sobre la cara.

Luego de darse un baño y desayunar se sintió mucho mejor.

Su novio la llamó diez minutos más tardes, mientras usaba maquillaje en las pestañas y en los ojos tratando de que pareciera muy natural, pero dejó que el celular sonara... fingiría estar durmiendo o en el trabajo. Ambas cosas eran falsas pero... no quería hablar con él se dijo mientras bebía una taza cargada de café capuchino y mordisqueaba unas donas del día anterior.

Una hora después condujo hasta su departamento.

No sabía qué la impulsaba a hacer esa locura.

O tal vez sí sabía y también era consciente de que estaba mal pero...

También se moría por verlo. Nunca antes había conocido a un hombre como ese, guapo, fuerte, viril, un verdadero hombre que sabía lo que quería y

jamás jugaba a los video juegos ni le gustaba el fútbol. Era empresario, tenía planes para salvar la mansión de la ruina y eso solo no le importaba tampoco, le gustaba él porque era él y punto. Alegre, inteligente, de conversación interesante. Si no fuera tan mujeriego si no adorara tanto lo femenino tal vez... sería ideal pero...

“Sólo verte princesa, un rato, antes de regresar al trabajo... te espero sí...”

Sus palabras se oyeron como música en sus oídos al recordar la última parte de su conversación.

Sólo verla, había dicho.

Y ella también se moría por verlo a él. Sólo eso. Un momento antes de regresar al tormento de los preparativos de su boda.

Ir a su departamento era como meterse en la boca del lobo, ¿en qué estaba pensando?

Una voz interior le dijo que estaba loca y hacía locuras al ir a reunirse en su departamento pero... No quiso escuchar. Actuaba movida por un impulso ciego y desesperado. Hacía días que no lo veía, que no tenían contacto y eso era un tormento. Ya no podía soportarlo.

Y cuando entró en el edificio sintió que sus piernas temblaban.

Qué tonta era, se dijo.

Y cuando llegó al suntuoso edificio de pisos de mármol pensó que

debía regresar, que lo que estaba haciendo era una locura. Ir a su apartamento con la carpeta del catálogo de antigüedades para que él decidiera cuál iba a vender... pudo hacerlo en cualquier momento. Pero era su excusa. Algo tuvo que inventar para verla de nuevo y que se oyera natural. Pero la excusa primera fue: quiero verte. Y ella también quería verlo.

Y cuando abrió la puerta de su departamento sintió que era mucho más guapo de lo que recordaba. Mucho más.

—Hola—dijo ella con cierta timidez.

—Hola princesa—respondió él y sus ojos la miraron con una sonrisa serena pero apasionada.

Ella entró con paso lento y le entregó la carpeta. Pensó que debía irse pero no lo hizo.

—Pasa por favor... ¿quieres beber un café, un refresco?

—No gracias, acabo de desayunar.

—Está bien... Pasa por favor.

Sofía miró a su alrededor algo inquieta pero luego se calmó cuando se sentaron en el comedor y pudieron discutir las colecciones, enseñarle el catálogo... no fue tan tenso entonces, aunque por momentos sentía su mirada.

No era necesario hablar, como si luego de esa charla por teléfono todo estuviera dicho. Aunque ella quería decirle que todo era una locura no tuvo el coraje ni el deseo de hacerlo. Sólo quería estar a su lado conversando. Y

entonces, lentamente sintió como toda su angustia desaparecía, como sus dudas se esfumaban y sentía que su compañía le hacía bien, que sólo quería estar allí.

Hasta que él habló.

—Sofía, no es mi intención cortejarte ahora, sé que no es oportuno y que tú... que no es nada sencillo para ti—dijo de pronto.

Ella lo miró.

—¿Y acaso no deseas cortejarme? ¿Y esperas que te preste atención si no me dices la verdad?—replicó ella algo molesta.

Francesco sonrió, vencido.

—Bueno, está bien. Pero no quiero presionarte ni nada, eso quise decir. Si por mi fuera te enviaría rosas, te compraría un collar que dijera solo mía, y buscaría cualquier excusa para acercarme a ti. Ya lo hice...

—¿Y por qué querrías hacer eso? Regalarme flores, joyas...

—Porque estoy loco por ti, princesa, por eso. Y me encantaría tener una oportunidad. Esperarte si es necesario... no me importaría esperar.

—Es que yo no creo... no se trata de mi compromiso, o de que sea una chica decente que sí lo soy y no debería estar aquí porque sé que no estoy aquí por un negocio. Quería verte. Diablos. Lo dije. Es verdad... pero sé que estoy confundida y que no me conviene seguir con esto. Yo no soy para ti ni tú eres para mí... no quiero aventuras ¿entiendes? Aventuras antes de casarme o algo

así.

Francesco se puso serio.

—Yo tampoco busco aventuras, princesa.

—Lo dices para seducirme, para envolverme. Eres un gran seductor, no soy boba. Porque sé lo que quieres.

Él sostuvo su mirada sin pestañear.

—No, no lo sabes, crees saberlo. Hay una pequeña diferencia. Sí, sé que piensas que soy un mujeriego perdido, que luego de conquistarte buscará una nueva conquista pero te equivocas, yo no soy así, no me interesa. Tuve muchas mujeres, montones, ahora sólo quiero tener una. A ti. Tú me gustas, me seduces, te miro y siento la dulzura de tu mirada y tiemblo... pero nunca te dije nada porque sé que estás confundida. Sólo charlamos y nos vimos unas veces, es verdad, pero no hay confusión en mí. Ninguna. Sé bien lo que quiero y lo tendré algún día. A ti princesa, sólo a ti.

—Pero apenas me conoces ¿por qué dices eso? Con tanta seguridad.

—Porque lo supe el instante que te vi en ese restaurant, con tus amigas. Te miré y me enamoré. Fue amor a primera vista, aunque no lo creas. Y no lo digo para convencerte ni para engatusarte como dices. No es mi intención. Sólo soy sincero y además, para que entiendas por qué he estado buscándote. No busco seducirte ni aprovecharme de ti, ni una aventura no...

—¿Y qué quieres de mí? ¿Una relación seria y formal?

—Contigo, lo que tú digas. Lo que tú quieras.

Sofía se incorporó algo nerviosa.

—Esto no puede ser... es una locura. ¿Cómo puedes enamorarte de una mujer con sólo verla una vez? Ni siquiera me conoces bien... podríamos no congeniar ¿y tú me dices que quieres salir conmigo y tener algo serio?

—Tú eres preciosa, eres dulce, eres transparente. Una chica buena y dulce y me encantaría ser ese novio que te espere en el altar. ¿Crees que exagero?

—Bueno, un poco sí.

—Es lo que siento ahora. Tú me gustas. Me encanta verte, estar contigo, he pasado las peores horas de mi vida lejos de ti. Y si eso no es amor, no sé qué lo sea. Pero si tú no quieres esto, si no quieres volver a verme ahora que sabes la verdad lo entenderé.

Cuando dijo eso estaba muy cerca, demasiado cerca.

—Francesco esto es una locura yo no sé si podría confiar en ti. Tú mismo has dicho que tenías mujeres en tu agenda, que...

—Eso cambió preciosa, es mi pasado, no mi presente. Siempre he sido sincero. Jamás le diría a una chica que me gusta, que quiero conocerla, sin prisas y compartir momentos si no fuera así.

—Pero a ti te gustan mucho las mujeres y yo soy muy celosa, no podría soportar un hombre mujeriego que se derritiera cada vez que viera a una chica

bonita.

—Me gustan mucho las mujeres sí, pero sé comportarme y si tú fueras mi novia te sería fiel. Lo juro. Es así. Si fueras mía yo haría lo que fuera por hacerte feliz. No miraría a otras mujeres como un acosador, no soy así, el hecho de que me encanten las mujeres no significa que quiera dormir con todas. Tal vez te cueste confiar en mí porque no me conoces mucho, pero si me dieras una oportunidad...

—¿Una oportunidad? Voy a casarme con mi prometido en menos de dos semanas. No puedo darte una oportunidad y creo que esto es algo pasajero, un capricho. Tal vez sólo te gusto mucho y por eso crees que... Fantasías. Esas son. Tienes fantasías conmigo.

—No es verdad, no es sólo una fantasía. ¿Crees que te diría todo esto por un simple capricho? Dime algo preciosa, ¿acaso no te gusta estar conmigo? Podemos estar horas charlando. ¿No crees que eso signifique algo? ¿Acaso no te gusto ni un poco?

Ella pestañeó inquieta y demoró en responderle.

—¿Y eso qué importa?—dijo al fin.

Él sonrió.

—Entonces sí te gusto.

—Sí, me gustas... pero no quiero ilusionarte, todo esto es muy difícil para mí. Estoy en un momento complicado de mi vida, ¿entiendes? No tiene

que ver contigo exactamente sino con mi vida antes de conocerte. No estoy segura de nada y tú me confundes.

—Esa es la idea, muñeca—le respondió él y de pronto, en un ademán rápido la atrapó entre sus brazos.

—Francesco. ¿Qué haces?—protestó.

Pero él no le dio tiempo a escapar. La tenía fuertemente sujeta entre los brazos y miraba sus ojos y sus labios con creciente deseo. Iba a besarla, quería hacerlo y le robaría un beso si se resistía, lo haría...

Pero por ahora sólo la miraba.

—Princesa, me muero por darte un beso, ¿me dejas?—le preguntó.

Ella vaciló.

—No, no lo hagas.

Él sonrió de forma perversa.

—Por favor—le susurró y quiso resistirse, escapar, pero no pudo. Él le robó un beso, atrapó sus labios y tomó su boca como un salvaje mientras la apretaba contra su pecho y la sujetaba con una fuerza inusitada. Se sintió furiosa de que hiciera eso y sin embargo, diablos, le gustó. El sabor de su boca era suave, dulce, sabía a menta y sintió su lengua rozando la suya como una caricia íntima, algo que nunca había sentido en su vida. Y de pronto se dejó llevar, se dejó atrapar por ese beso sintiendo como el deseo la recorría como un torrente. Estar en sus brazos era lo mejor que le había pasado en años

y habría estado allí para siempre. No, no quería que terminara pero... era una locura. No podía ser.

Y apenas pudo se liberó de sus brazos y lo empujó.

—Déjame en paz, no hagas eso... ¿qué quieres de mí? Sabes que no voy a ser tan boba de caer en tus garras ¿verdad? Porque no te creo en realidad. Pienso que sólo quieres sexo como todos, divertirte porque te gusto y nada más. No hay nada entre nosotros.

—Sí lo hay, no niegues que te gustó que te besara. Lo sentí. No puedes engañarme. Sé cuándo una mujer se estremece y desea ser besada.

—OH sí por supuesto, eres un experto en mujeres. Son tu debilidad—
le dijo ella, ácida.

—No. Tú eres mi debilidad ahora, y aunque me rechaces y me creas un mujeriego no me rendiré, princesa. No lo haré—le dijo él con determinación.

Sofía tembló al sentir su mirada. Hablaba en serio. No mentía. Y había dicho que no se rendiría.

Debía estar loco. No tenían futuro. Eso no era más que atracción, seducción, tal vez un fuerte deseo sexual, nada serio ni nada estable que tuviera algún futuro.

Ella no quería eso, nunca quiso eso. Jamás pudo soportar a los mujeriegos, esos atrevidos que siempre perseguían a todas las chicas aunque debía reconocer que Francesco era un poco más sofisticado. Sin embargo

sospechaba que era el típico seductor en el que ninguna mujer sensata confiaría.

—Debo irme... y creo que lo mejor es que hables con otro empleado sobre esto—dijo entonces.

—Está bien... lo que tú digas, preciosa.

—Y te pido que olvides lo que hablamos, lo que pasó recién. No quiero seguir con esto. No me interesa, ¿entiendes?

Él no le respondió. Pareció aceptarlo con calma y hasta se ofreció a llevarla de regreso a su trabajo.

—No es necesario, traje mi auto—le respondió ella.

—Te acompaño hasta el garaje, entonces.

—Es que no lo dejé en el garaje.

—¿No? Pero aquí en el edificio hay un garaje.

—Lo dejé a dos cuadras.

—¿En la calle?—él pareció levemente espantado.

—Sí... ¿Por qué? ¿Acaso no es seguro?

—¿Y no lo dejas en un garaje?

—Siempre lo dejo en mi garaje pero hoy tenía prisa y...

—Bueno, imagino que lo encontrarás. No te preocupes. Yo te acompaño, ven.

Sofía aceptó que la acompañara no demasiado convencida, tenía prisa

por meterse en su auto y largarse, pero tampoco quería eso en realidad. Caminaron juntos y notó que él se le acercaba demasiado y en ocasiones tomaba su mano como si quisiera protegerla. Como si ella fuera su chica... Debía estar loco por supuesto y sin embargo le gustó.

Cuando llegaron a la otra cuadra notó con alivio que allí estaba su auto, intacto...

—Allí está—dijo y respiró hondo.

Él sonrió.

—Me alegra princesa, pero no lo dejes allí otra vez, esta cuadra es muy transitada y podrían chocártelo y luego en el taller... te demora días en ser reparado. Además roban muchos autos—respondió él.

Ella aceptó el consejo y se despidió.

Francesco besó su mejilla con suavidad y luego la miró fijamente y le pidió que lo llamara.

—Llámame si quieres charlar o...

No, no lo llamaría, todavía estaba molesta por ese beso que le había robado. Muy molesta.

Y sin embargo, cuando regresó a su vida de siempre sintió que estaba en una nube, pensando en ese beso, en las palabras que le había dicho, en las sensaciones que la abrumaban y no la dejaban en paz. Ese beso había sido lo mejor que le había pasado en mucho tiempo.

Francesco sólo le había pedido una oportunidad. Una oportunidad para demostrarle que no era tan mujeriego y... sólo eso.

Estuvo todo el día pensando, recordando sus palabras y ese beso y luego, cuando le extrañó al anochecer miró su foto e inventó una excusa para no salir a cenar con su novio. Necesitaba estar un poco sola, estaba confundida, todo había sido tan loco, tan pasional que la asustaba. Sí, para empezar no creía que fuera real. Sólo se gustaban, se sentían atraídos pero eso solo no alcanzaba para tener algo, para darle una oportunidad... no cuando estaba a punto de casarse.

Y a solas en su habitación prendió la televisión para mirar su serial favorita y distraerse. Lo necesitaba. Tenía que sacarse de la cabeza a ese hombre, tenía que pensar en frío. Era una mujer sensata, no era boba como para dejarse embaucar con un seductor.

Un sonido en el teléfono la sobresaltó.

Pensó que era él y no quiso atender. Pero se equivocaba, porque entonces tomó su celular y vio que era su amiga Iara.

—Sofía, ¿dónde estás?

—¿Qué sucede?

—¿Lo olvidaste? Teníamos la reunión de los viernes en casa de Lina.

—Era hoy... disculpa, es que me olvidé.

—¿Entonces no vendrás?

—Ahora no puedo. Es que estoy muy cansada. Agotada en realidad.

—Sí, ya veo... casarse es muy estresante. ¿Y cómo van los preparativos?

Sofía le contó algo sin demasiado entusiasmo.

—Te oyes cansada... deberías tomarte unos días en el trabajo.

—Me encantaría pero no puedo.

—¿Y ese acaudalado empresario? ¿Te ha llevado de nuevo a su mansión campestre?

—Iara por favor.

—Vamos, no digas eso, sé que te gusta. Y no dejaba de mirarte en el restaurant. No te quitaba los ojos de encima.

—Es cliente de Bellafinni ahora, ¿entiendes?

—Oh sí por supuesto. Ten cuidado con ese mujeriego. Es demasiado encantador.

Las palabras de su amiga no podían ser más oportunas. Realmente debía cuidarse de ese hombre.

Días después se sentía desgana y triste.

—Sofía, ¿qué tienes? te ves pálida. ¿Te sientes bien? Hay una epidemia de gripe, deberías cuidarte, en una semana será tu boda—dijo su madre durante el desayuno.

Su padre estaba tan absorto mirando su periódico que no dijo nada.

—Estoy bien mamá, un poco cansada. Quisiera que todo pasara rápido
—le respondió ella.

Días sin ver a ese diablo seductor, soportando sus llamadas furtivas, sintiendo en sus labios ese beso, soñando con él en las noches y también en el día... nerviosa, estresada y loca, de mal humor siempre, preguntándose qué le había hecho ese hombre para ponerla así, sólo había sido un beso.

—Tú no estás bien—su madre volvió a la carga mientras se servía una segunda taza de café.

—Es que estoy muy cansada—respondió ella.

—Deberías tomarte un descanso por favor. Es tu boda y no te veo feliz, ni tampoco... no pareces entusiasmada, no como hace un mes por ejemplo.

Su madre siempre se daba cuenta de todo, imposible fingir o esconderse.

—Es el estrés, mami—respondió Sofía, evasiva.

—¿Estrés? Sí, por supuesto. Pero sospecho que hay algo más.

—No, no hay nada más mamá. Deja de preocuparte ¿sí?

Su madre no respondió. Parecía sospechar que le pasaba algo.

—Bueno, nadie te obliga a casarte. Si no estás segura... no estarás embarazada ¿verdad?

Sofía dijo que no, horrorizada.

—Entonces no entiendo qué te preocupa tanto. Estabas tan feliz hace tres meses cuando fijaron fecha, se los veía tan enamorados... siempre pensé que había sido todo muy rápido pero... bueno, no me meto. Es tu vida. Pero si no estás segura Sofía, por favor, no te cases. Porque luego es complicado el divorcio, los hijos... tienes veintidós años. Sé que eres madura para tu edad pero... si todo esto te agobia suspende todo. El matrimonio es algo serio, querida. No deberías sentirte así, nerviosa. Tan tensa.

—Bueno, es que no sé mamá... todo es tan estresante.

—No debería serlo. Es que no entiendo qué te pasa Sofi, mi amor. Te ves como agotada, tu cabello... tú siempre luces impecable, radiante, con ojos de enamorada y ahora te ves como mustia, sin energía. Eso no es bueno.

Sofía no quiso hablar, ¿qué podía decir? ¿Que se había enamorado como una boba de un galán seductor con el que seguramente no llegaría a nada? Demasiada confusión tenía encima para ahondar en ello, además sabía cómo pensaba su madre. No tenía sentido decirle nada.

Apuró su café y salió, necesitaba tomar aire, la casa, la boda, todo la asfixiaba y apagó su celular para que nadie la molestara.

Cuando subió a su auto sintió un alivio inmenso. Al fin sola. Sin presiones, sin prisas, sin preguntas... encendió el auto y aceleró. No iría al trabajo como siempre, tampoco a casa de la modista para probarse por última vez el vestido.

Y mientras el auto tomaba velocidad también su corazón en su anhelo de huir muy lejos, de correr sin detenerse hasta sentirse a salvo. A salvo de una boda que ya no deseaba, de todas las malditas presiones, y también de él.

Francesco comprendió que algo pasaba cuando llamó a su princesa por tercera vez ese día y en su teléfono saltaba la contestadora.

Ella siempre respondía la llamada o si no lo hacía llamaba de forma breve minutos después.

Tampoco estaba conectada en Skype, ni estaba en su trabajo y lo que más le preocupó fue que un empleado le dijera que su padre estaba preocupado porque estaba tardando mucho en llegar.

No estaba en su casa.

Empezó a temer que algo le hubiera pasado, diablos, si le pasaba algo a su princesa le daría un ataque. Si algún desgraciado le había robado el auto o le había hecho daño pagaría.

Pasó horas de incertidumbre y angustia hasta que recibió un mensaje a su celular.

“Por favor no me llames, Francesco. Me iré unos días muy lejos. Necesito alejarme un poco y decidir qué voy a hacer. He avisado a mis padres y a mi novio. No quiero que nadie me busque, llamaré luego para que vean que estoy viva y no me pasó nada. Por favor, no me busques, necesito estar sola

ahora. Luego, cuando esté más tranquila te llamaré ¿sí?”

Ese mensaje le dio alivio pero luego preocupación, no sabía dónde estaba y no le agradaba saber que estaba sola en algún lugar, sin nadie... vivían en una ciudad muy violenta, eran tiempos violentos y si algo le pasaba...

“Por favor Sofia, dime dónde estás. No quiero que nada te pase. Prometo no decirle a nadie. Entiendo que necesites alejarte, lo entiendo, pero llámame cuando puedas, te lo pido”.

Ella no respondió, pero media hora después recibió una video llamada.

Su corazón dio un vuelco al verla allí sentada en lo que parecía ser un jardín luminoso y muy frondoso.

—Hola. ¿Cómo estás?—le preguntó sin ocultar su ansiedad.

Observó su mirada y notó que estaba triste. Angustiada.

—Me escondí en una casa de mis padres pero les pedí que no dijeran nada. Marco tuvo que salir de viaje así que no me molestará hasta dentro de unos días. Me dará tiempo. Necesitaba un descanso. Alejarme de todo.

—Sí, lo entiendo, ¿pero es un lugar seguro?

—Por supuesto, está repleto de cercas eléctricas, ¿qué crees? En realidad iba a irme más lejos pero no quise complicarme haciendo maletas. Sólo busqué un lugar para estar tranquila y descansar. Estaré aquí unos días,

no me llames ¿sí? Por favor.

—No lo haré.

Ella lo miró inquieta.

—¿Por qué te ves triste?—le preguntó.

—Porque creo que te amo, princesa. Y me muero por estar contigo ahora pero si algo te pasara, si al final te perdiera yo... sé que nunca más sentiría algo así por otra mujer.

Esas palabras llegaron a lo más hondo de su corazón, no mentía, su mirada se lo confirmaba.

—Pero tú...

—Yo te amé desde el primer instante en que te vi en ese restaurant, no podía apartar mis ojos de ti, princesa. No creía en eso del amor a primera vista pero ahora sé que existe porque eso fue lo que sentí cuando te vi ese día y luego de conocerte... me acerqué para volver a verte, con la esperanza de conquistarte pero sé que no confías, que piensas que soy un seductor. No es así. Pero tampoco quiero presionarte ahora, sólo que sepas lo que siento por ti. Es auténtico, no puede ocultarse. Dicen que el amor es como el fuego, no puede esconderse. Es verdad, ¿no crees?

—Sí, sé que es verdad... pero me da miedo. No es que no te crea, sé que dices la verdad pero... todo esto me asusta. Apenas te conozco. No sé si podría confiar en ti y para mí confiar es lo primero.

—Lo sé... te entiendo, fue todo muy rápido y... muy loco sí. No te pido nada, quiero que descanses y estés tranquila ahora. Lo necesitas.

Ella sonrió con tristeza.

—No necesito estar sola, necesito estar lejos de ti Francesco, tú no me convienes para nada—dijo desesperada.

Él la miró con fijeza sin decir nada.

—Voy a casarme con Marco, ¿entiendes? Lo haré. Olvídate de mí. Lo nuestro es como un capricho, algo repentino y muy loco, no tiene ningún futuro.

—Si eso piensas, está bien. Me pregunto si tu corazón piensa igual o no quieres ni oír su palpar y sólo te dejas gobernar por tu cerebro, siempre. Si realmente quisieras a tu novio no habría dudas ni confusión, y sé que no estás angustiada por mi causa. Cuando te conocí tú no estabas muy segura de esa boda. Además, no tienes por qué esconderte de mí, no te pido nada, princesa.

Ella no respondió. Parecía al borde de las lágrimas.

—Yo sólo te pedí una oportunidad, sé que no es el mejor momento pero es así. Creo que lo que sucede es que no quieres unir tu vida a un hombre que no amas realmente. Estar con un hombre sólo porque es serio y bueno, porque te gusta, no alcanza para que decidas casarte. Si no lo amas con toda tu alma ¿por qué vas a casarte con él? ¿Sólo porque ya dijiste que sí? No serás feliz, y él tampoco. Eres tan joven, tienes tanto que vivir... ¿no te gustaría

amar a un hombre con todo tu corazón y sentir que mueres por él, que todo tu ser se estremece con sólo verle?

Sofía se molestó al oír eso.

—Tú no eres para mí, ni yo para ti y lo sabes, Francesco.

—Eso no es verdad, tú eres ideal para mí, eres mi princesa. Y yo sería para ti si me dejaras demostrarte lo loco que estoy por ti. Soy un caballero, jamás me aprovecharía de ti o te engañaría. No busco eso. Si lo buscaría sabría dónde encontrarlo y tú eres una princesa. Por favor. Llevo días sin saber nada de ti. Necesito verte un momento. Saber que estás bien. Pero si no quieres...

—Deja de suponer que no quiero, eso no es verdad. No puedo quitarte de mi cabeza Francesco... a pesar de que sé que no puede ser, no he dejado de pensar en ti, de desear verte—dijo ella con un gesto de rabia y dolor y algo más.

—Princesa, no, no quiero verte así, desdichada. Déjame ir a verte. Siempre hablamos cosas importantes por teléfono. Quisiera hacerlo cara a cara, como la última vez.

—Ahora no, necesito estar sola. Por favor.

—Está bien, ¿llámame sí? O envíame un mensaje.

Pero no debía presionarla, acababa de decirle lo que deseaba saber. Su mirada lo decía todo. Le pasaba algo con él, no podía negarlo. Sólo le

faltaba confiar. No se fiaba de él, seguía pensando que era un mujeriego perdido. ¿Cómo hacía para que entendiera que se equivocaba, que estaba tan enamorado que habría hecho cualquier locura por ella?

Francesco suspiró.

Debía darle tiempo. Porque no era buena idea presionarla. Quería estar sola, debía meterse eso en la cabeza.

Pero ¿y si su novio la encontraba y le rogaba que no lo abandonara? No esperaba que se lo tomase con mucha calma. Él se habría puesto como loco si...

Su mirada lo había hechizado. Sus ojos dulces le habían mirado con tanto amor... Eso sólo le daba esperanzas.

No se rendiría. Nunca lo haría.

El momento más temido había llegado y lo sabía. Finalmente se encontraban frente a frente en la villa D'Alessandro del lago y comprendía que no podía seguir demorando ese momento ni esa conversación largo tiempo postergada.

—Lo siento Marco. Lo siento mucho.

Las palabras salieron de sus labios como un torrente, duras, incontenibles, pero sinceras.

Su novio la miró con expresión perpleja primero y luego asustado al

comprender que era una despedida.

—No puedo casarme contigo, Marco. No me siento preparada. Perdóname pero todo esto ha sido demasiado para mí.

Él hizo un gesto de resignación, luego la miró con fijeza como si esperara una explicación, algo que lo ayudara a comprender lo que pasaba por su mente.

—Lo lamento... quise decírtelo antes pero...

—Sofía sé que te has sentido presionada y no te he sido de mucha ayuda con los preparativos. Pero tú querías casarte, siempre lo dijiste. Era tu sueño un día, una boda, niños. ¿Por qué ahora me dices eso? ¿Qué pasa contigo, Sofía? ¿Por qué huiste así de la ciudad y te encerraste aquí?

Ella sostuvo su mirada, no podía seguir ocultándole la verdad pero ¿cómo decirle que se sentía confundida por Francesco? Diablos, no quería lastimarlo. Ya lo estaba haciendo pero...

—Es que me sentía asfixiada—replicó—No quería esto, quería un noviazgo tranquilo, salir, divertirnos. No sentir que me ponía una soga. La idea de la boda fue tuya.

—¿Y por qué no me lo dijiste? Hubiera parado todo. ¿Crees que yo quiero presionarte para que hagas algo que no quieres?

—Sí, sé que fui una tonta y una cobarde, me dejé llevar. Eso es todo. Pero ahora quiero terminar, necesito alejarme de ti.

Su novio se puso pálido.

—¿Qué? ¿Entonces estás diciéndome que me abandonas? Sofía. Dejé muchas cosas por ti. Me lo pasaba en viajes sólo para verte, yo di todo en esta relación, te fui fiel y jamás te mentí ni...

—Yo también te fui fiel, también me lo pasaba en viajes para estar contigo. Pero no creo que sea buena idea casarnos, no tenemos mucho en común ni somos compatibles me parece. Es cierto que quería casarme pero ahora entiendo que no quiero hacerlo, que para llegar a eso se necesita tiempo y sobre todo estar convencida. Eso es lo que no tenemos. Tiempo y cosas en común, ahora lo veo. Quiero terminar nuestra relación. No me llames, no me busques. Ya no quiero estar contigo.

Fue más que suficiente. Marco sintió que le clavaba un puñal.

—Entonces ¿hay otro, verdad? Tienes otro. Al menos dímelo, no me hagas sentir como un imbécil y que todo fue mi culpa.

—No es por eso. Es que creo que no estoy enamorada de ti, Marco. No como para casarme. Es eso. Soy sincera y te pido perdón. No puedo hacer más.

—Pero yo sí te amo, Sofía, y daría mi vida por estar contigo, por... sé que tú no me amas tanto, siempre lo supe pero no me importó. Porque eres una chica seria y sensata. Responsable. Y muy madura para tu edad. Yo no quería una esposa bonita y hueca, quería una mujer inteligente a mi lado y sé que todo

esto fue muy repentino. Debí darte tiempo y no presionarte. Pero no me dejes, por favor, te doy un tiempo si quieres pero...

—Hace falta más que tiempo ahora, Marco, el tiempo que me ofreces no resuelve nada. Esto no es de ahora, cuando se acercaba nuestra boda comencé a sentirme mal, nerviosa, estresada. Tuve náuseas, mareos, dolores de cabeza y ahora que estoy aquí sola hace cinco días me siento estupenda. Sin estrés. Quiero libertad y no voy a volver contigo. Tuvimos algo lindo, quiero recordarlo así, fuiste muy importante para mí, fuiste mi primer amor y sé que eres un hombre bueno y maravilloso, a pesar de no tener compatibilidad en cuanto a nuestros intereses... yo te quise mucho, pero no estaba enamorada. No para casarme. Y pienso que tú mereces una mujer más apasionada, que se muera por estar contigo y que sea para ti. Yo no soy esa mujer. Me hizo falta alejarme para darme cuenta de todo esto.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. Era la primera vez que veía llorar a Marco y seguramente la última.

—Lo siento pero

Él no dijo nada y se acercó a ella y la tomó entre sus brazos y en un arrebato desesperado la besó.

—Pero yo te quería a ti, Sofía. Sólo a ti. ¿Crees que puedo salir corriendo a buscarme una mujer ahora? ¿Que haré como si nada hubiera pasado? No... creo que tardaré mucho en reponerme de esto. Era contigo con

quien quería casarme, tú eras mi ángel, mi dulce... preciosa. Tú eres una chica hermosa y decente, tan seria, no quiero a otra y sé que fue insensato presionarte. Pero no me digas adiós. No me digas que nunca más...déjame ser tu amigo al menos, no te pediré nada.

Sofía lo apartó despacio.

—Perdóname Marco, pero ahora necesito estar sola. Tenía que decírtelo, tú mereces...

—No digas eso, no me interesa otra mujer por más que sea una santa, te quiero a ti. Y no me rendiré. Me alejaré de ti porque me lo pides y respeto tu decisión. Y entiendo lo que me dices, sé que tienes razón. Tal vez no sea el momento. Fui muy impulsivo y debí ver que tú no estabas preparada que toda esa boda... tu familia presionándote para que llevaras un vestido blanco y te casaras por Iglesia porque son tan católicos... Como si estuviéramos en el siglo pasado.

—Marco, no fue culpa de ellos por favor, no era el momento y listo.

Su novio no quería rendirse, secó sus lágrimas y dijo que esperaría.

Pero cuando se alejó de la casa y se fue en su auto a toda velocidad supo que no volvería a verlo. ¿Qué era eso de ser amiga de un ex novio? Una tontería que no iba con su forma de pensar. Si había decidido no casarse y romper con Marco era por algo, por una razón de peso, no por capricho.

Sin embargo no quiso ser cruel con él ni decirle la otra parte de la

historia. Que se había enamorado de otro hombre hacía un poco más de dos semanas y que como nunca le había pasado algo así no sabía que hacer y estaba muy confundida y atormentada.

Lo principal para ella fue ser sincera y romper con su novio. Esa soga la estaba asfixiando lentamente y ya no la dejaba vivir. Había comprendido que no estaba enamorada en el instante en que supo que se había enamorado de otro hombre, porque cuando te pasa algo así, tan fuerte es porque no estás enamorada de tu novio. Nunca lo había estado en realidad, al comienzo sí pero fue algo dulce, tranquilo, lo que le pasaba con Francesco era cien veces más fuerte.

Y él le había dicho que esperaría y que la amaba. Que le daría todo el tiempo que quisiera.

Y ahora aun con la tristeza de haber roto con su novio, sintiendo pena por él más que nada, se moría por ver a ese hombre guapo y seductor como un demonio, aunque terminara quemada en su fuego. Era más fuerte que ella, era una desesperación y una necesidad imperiosa y recalcitrante. Verle, oír su voz.

Había postergado tanto ese momento, no había hecho más que luchar y resistirse, sofocando lo que su corazón y su cuerpo le pedía a gritos. Eso era amor maldita sea, si eso no era amor no sabía qué podía serlo.

Llamó a Francesco entonces.

—Hola princesa... ¿cómo estás?—le preguntó sin ocultar su ansiedad.

—Francesco... estoy bien. Quiero verte. ¿Estás en el trabajo?

—Sí, pero puedo salir. Ir a buscarte. ¿Aún estás en la casa del lago?

—Sí, pero ya me voy. No quiero seguir escapando. Acabo de terminar con mi novio.

—Princesa... iré corriendo a buscarte.

—Pero tú estás trabajando y...

—Al diablo con eso. Sabes que iría al infierno por ti. Estaré allí en una hora, o menos.

—Es que ya no quiero quedarme en esta casa.

—No hay problema, te llevaré a la mansión ancestral si quieres. Me debes una visita, ¿lo olvidas?

Qué lindo era oír su voz. Era como sentir ese sol calentando su rostro luego de soportar tantos días helados, la brisa fresca de verano cuando todo permanecía en calma.

—No quiero que manejes como un loco, por favor. Ve con cuidado.

—Lo haré preciosa. Muero por verte. Temía que... al final te quedaras con tu novio gamer.

—No, acabo de decirle adiós. Luego te cuento ¿sí? Quiero verte y conversar... Basta ya de video-llamadas.

—Yo también princesa, me muero por verte. Si parece un sueño...

Sofía suspiró, para ella también lo era. Un sueño hecho en realidad.

Tanto que había sufrido y luchado contra ese loco amor que ahora sentía tanta felicidad... no podía esperar ni un segundo para verle.

Al diablo la boda, su tonta vida planeada y organizada de siempre, cuando el amor llegaba no podía dejar de abrirle la puerta. Era el sentimiento más maravilloso del mundo.

Y cuando él apareció en su Audi azul media hora después a una velocidad de vértigo sintió que temblaba.

Corrió a su encuentro luego de estacionar el vehículo en un costado y luego se le acercó y la tomó entre sus brazos y la miró.

—Hola princesa, ¿cómo estás?—le dijo con una sonrisa seductora.

Ella sonrió a su vez.

—Ahora bien...

—Entonces ¿ya no te casarás con tu novio?

—No... acabo de suspender todo pero... fue muy duro, creo que fui muy dura con él y no me siento muy bien.

—Tranquila, fue lo mejor. Ven aquí, dame un beso, luego hablaremos, me muero por besarte—le respondió.

Ella sonrió. Estaba temblando de la emoción, toda su tristeza se había evaporado cuando le vio llegar en ese momento y ahora que estaba entre sus brazos era el paraíso.

Sintió sus labios y su boca darle un beso ardiente y tembló de amor y

deseo, pero no se dejaría llevar por la pasión. Y al ver que seguía besándola y le pedía para que fuera con él a la mansión Arezzo para charlar tranquilos supo que harían algo más que conversar.

—Es muy pronto... no estoy muy convencida de que esto resulte—dijo.

Él se puso serio pero no le duró mucho.

—No te pediré más que un beso, tranquila—dijo—Conversemos, pasemos el día juntos y luego, te traeré aquí o a dónde me digas.

—Francesco, escucha... necesito estar segura para seguir adelante. Un tiempo para que pueda conocerte y tú también por supuesto. Todo ha sido una locura y... quiero estar segura de que todo estará bien, de que puedo confiar en ti.

—Por supuesto que sí. Es lo que quiero también. No hay prisas, tenemos tiempo ¿verdad? Yo te pedí una oportunidad y esa oportunidad es para que confíes en mí y te sientas segura.

—Es que no quiero cometer errores, deseo mucho que esto funcione, que sea lo que esperamos. Los dos. Porque hace días que no dejo de pensar en ti, no sé por qué, no sé qué me hiciste pero quiero que sepas que eso no es suficiente. Que no sabemos si funcionará o no...

Él tomó su mano y la besó.

—Yo haré que funcione, preciosa. Lo prometo.

Ella sonrió.

—Y quiero que sepas que valoro tu decisión y que si te hubieras casado con ese tonto gamer yo... te habría esperado igual. Jamás me habría rendido. No pensaba hacerlo.

Sofía sonrió.

—Creo que no quiero ni ver un vestido de bodas en mucho tiempo, ¿sabes? Ni escoger luna de miel, pastel de bodas... nada de eso.

—Claro que sí, en unos meses te casarás conmigo. Ya verás. Recuerda lo que te dije.

—¿Casarnos? Debes estar bromeando.

—Ya verás como hago que cambies de idea, princesa. Ven aquí. Bésame... sólo un beso.

Sofía sonrió y le dio un beso tímido y se preguntó cómo sería hacer el amor con el hombre con el que tanto había fantaseado. Tembló al imaginárselo. No, no quería pensar en ello, era muy pronto. Primero debían conocerse, charlar...

—Preciosa, me encantaría que fueras mi esposa un día—le dijo él—
No ahora si te da miedo pero en un tiempo... sueño con verte entrar con un vestido blanco...

—Francesco... Debes estar loco.

—Es lo que sueño, no te burles. No es locura. Es amor.

Sofía se quedó en silencio y él volvió a besarla, a envolverla entre sus

brazos.

De pronto se puso seria y lo apartó despacio.

—No me conoces, no sabes gran cosa de mí, ¿cómo puedes estar tan seguro de eso?

—Lo supe el primer día que te vi en ese restaurant princesa, el instante en que te vi supe que quería que fueras mía. Mi esposa... pero no hay prisa, no quiero apurar las cosas, es verdad que tenemos todo el tiempo del mundo para conocernos. Y no temas, sé que funcionará, lo que sentimos el uno por el otro es tan fuerte que no es un capricho, es amor. Sólo te pido una oportunidad de que me conozcas y sientas que puedes confiar en mí. Sin prisas, pero déjame soñar con que un día me amarás y serás mía para siempre. Por favor.

Sofía se emocionó al oír sus palabras, eran tan intensas, tan profundas...

—Ahora prepara la maleta, quiero que vengas conmigo a pasar el fin de semana en la mansión. Necesito tu ayuda y consejo.

—Pero estoy de vacaciones, no quiero trabajar.

—Te pagaré el triple, por favor... no te llevará más que unas horas resolver algunas conmigo, ayudarme, luego recorreremos el lago, iremos de pesca... ¿qué dices?

Sofía aceptó vencida.

—Está bien, prepararé la ropa, pero antes debo avisarle a mi madre

que no iré ahora, está muy preocupada por todo esto de la cancelación de la boda.

Una hora después entraban en Arezzo, la mansión ancestral de los condes de Chiavari. Y a pesar de que ella dijo que empezarían despacio, sin prisas, Francesco la presentó como su prometida, la señorita Sofia D'Alessandro.

Ella se sonrojó cuando los criados principales la saludaron con una reverencia. ¿Su prometida?

—Por aquí princesa, ven... primero demos un paseo, hoy no hablaré de trabajo, lo prometo, mañana...

Ella lo miró intrigada.

—¿Mañana?

—Te pedí que te quedaras el fin de semana, ¿lo olvidas?

Sofía se puso colorada.

—No creo que sea buena idea, recién empiezo a conocerte.

Él la envolvió entre sus brazos.

—Por supuesto, serás mi huésped y no... tranquila. No pasará nada entre nosotros hasta que tú así lo decidas.

Esas palabras le dieron mucho alivio pero no se fió demasiado de ellas, ¿debía creerle?

—Si intentas algo... me iré y no regresaré—le advirtió.

Él se quedó algo desconcertado al oír sus palabras.

—Está bien, tranquila. Te di mi palabra. Confía en mí, princesa.

Ella no estaba segura de eso. No estaba segura de nada. Sabía que le costaría mucho poder entregarse a ese hombre, aunque lo deseara... no quería hacerlo si veía que no era lo que le había prometido, si las cosas no estaban tan bien como esperaba.

—No soy un desesperado, puedo esperar... me muero de ganas sí, pero sabré esperar el momento. Nuestro momento. Ahora ven... relájate.

Pasaron el día recorriendo la mansión, charlando tumbados en una poltrona del jardín, sin prisas, sin pensar que debían regresar a la ciudad al día siguiente. Viviendo el momento.

—Bueno, háblame de ti, no te conozco casi nada—le preguntó ella en un momento.

Sus ojos la miraron con tanto amor.

—Pregúntame lo que quieras, soy un libro abierto.

—Tu signo zodiacal.

—Escorpio ¿y tú?

—Tauro.

—¿Y somos compatibles?

—Bueno, los escorpiones son gente difícil.

Francesco sonrió.

—Sí, me lo ha dicho... dicen que somos tercos, dominantes y...

—Tienen una conversación interesante y son algo absorbentes con su pareja ¿no? Celosos y posesivos.

—Sí, un poco... trataré de controlarme. En realidad hace años que no tengo una novia y realmente echaba de menos el amor, compartir, la dulzura de una mujer y el deseo de verla de nuevo. Casi me siento como de veinte otra vez.

—¿Y crees que podrás ser fiel, que no querrás...?

Él se puso serio.

—Por supuesto que sí. Soy un hombre tesoro, sé lo que quiero y además... cuando te conocí ya me había hartado de esa vida de soltero. Llega un momento en que nada te da placer porque eso es lo único que tienes, diversión, placer... pero al despertar te sientes solo y hastiado. Buscas algo más... el amor da mucho miedo, no lo niego, durante años hui del amor pero creo haber madurado bastante desde entonces. Además mis amigos... muchos tienen ya familia y añoran ser solteros. Creo que no tienen idea de lo que es la soledad, no valoran el amor, la dulzura de una mujer, su compañía... la que está siempre contigo en las buenas y en las malas. Eso no lo tienes nunca cuando estás a la pesca. Lo que se regala es diversión efímera, es placer de una hora. Como una droga que no te satisface, no te llena.

—Vaya, qué extraño... siempre creí que los solteros como tú vivían felices sin responsabilidades ni compromisos. Que para ellos lo más importante era pasarlo bien sin complicaciones.

—Bueno, no niego que durante mucho tiempo ese fue mi leitmotiv. Pero me harté. Y luego apareciste tú, te conocí y me dije: he aquí una chica para enamorarse. Una mujer dulce y tierna. Tan hermosa... ven aquí princesa, sólo quiero abrazarte, besarte para convencerme de que es real.

Ella se mostró algo reticente a su efusividad.

—Pero tú no me conoces... tal vez no sea una compañera apasionada como las otras—le confesó ella.

Él la besó igual y rodaron por la hierba.

—No me importa eso. Sólo quiero estar contigo. No quiero sólo sexo, quiero que seas mía. Sueño con que un día me ames princesa y seas mi esposa.

Francesco la notó algo fría cuando la besó, como si tuviera miedo. No era la primera vez que se mostraba reticente al contacto. Entonces la miró y le dijo al oído: —No temas, no pasará nada ni hoy ni mañana. Sólo cuando sea el momento y estés lista.

Ella lo abrazó con fuerza y ese abrazo fue la mejor caricia que pudo brindarle y respondió a él con más besos y se quedaron así un buen rato.

Se entendían casi sin hablar, era tan especial, tan inesperado. Pasaron el día juntos, charlando, bromeando y al anochecer vieron una película en su

habitación. Pero no pasó nada, ella se durmió poco después pues la tele en la cama siempre había sido letal, siempre le daba sueño.

Y al despertar, la mañana siguiente estaba abrazada a Francesco y cubierta con una manta.

Envuelta entre sus brazos. Había dormido como un lirón, tantas horas que al fin pudo despertar y sentirse feliz y renovada.

Miró a su nuevo amor y suspiró. ¡Qué guapo era! Y no había intentado hacerle el amor, se había comportado como todo un caballero. Y tan distinto a su ex, era un verdadero hombre que sabía lo que quería, maduro, de conversación interesante... era como una enciclopedia, sabía de política, religión, arte, historia... y podían estar horas conversando porque compartían intereses comunes y su charla siempre era interesante.

Lamentó mucho saber que su madre había muerto y que su único hermano vivo era un trotamundos y su padre se había casado con su secretaria y a pesar de que lo veía en frecuencia pues trabajaban juntos no tenían la mejor relación.

Por otra parte le costaba un poco confiar todavía, temía que le fuera infiel o... no quería enamorarse de un hombre mujeriego y pícaro, sufriría, estaba segura de eso. Se había dejado llevar por lo que sentía, no pudo evitarlo, había sido tan fuerte y ahora... por momentos dudaba y se sentía en el aire.

—¿En qué piensas, princesa?—dijo él.

Sofía se sobresaltó al oír su voz, había estado despierto espiándola.

—Rayos, ¿estabas despierto?

—Sí... Me encanta mirarte cuando no te das cuenta. Buenos días, princesa. Me encantó dormir contigo, eras suave y calentita como una gatita—dijo él y sonrió de oreja a oreja mientras la miraba con cara de mimoso.

—¿Entonces has dormido con muchas gatitas?—respondió ella.

Él rió tentado por la pregunta.

—Me refería a mi gata Elisa, la tengo en el departamento. Es mi mascota y suele dormir en mi cama a veces. Es suave y calentita, pero por supuesto, no se compara contigo.

Sofía se sonrojó al pensar que Francesco la había visto dormida muy de cerca y había sentido su calor. Se preguntó si acaso había intentado algo más. No dejaba de mirarla con ojitos de bandido.

—¿Dormiste bien, princesa?—le preguntó.

Ella asintió.

—Como un lirón—confesó.

—Ven aquí, dame un beso. Déjame abrazarte. Por favor.

No pudo negarse y entonces se acercó despacio y él atrapó su boca en un santiamén mientras la rodeaba con sus brazos. Diablos, besaba tan bien... era tan dulce y tan ardiente, apasionado. Le encantaban sus besos y de pronto

comprendió que su ex no besaba bien o al menos nunca se había excitado con sus besos ni había sentido algo especial... sin embargo ahora, al sentir el sabor de su boca pensó que era lo más suave y tentador que había probado. Pero cuando la llevó a la cama pensó que debía detenerle y lo hizo. Lo apartó despacio.

—Debo darme un baño, mi cabello está horrible—dijo y se escabulló ruborizada.

Él la miró con una sonrisa intensa llena de deseo pero no dijo nada.

Sofía se preguntó si él esperaría el momento o comenzaría a presionarla para que hicieran el amor cuanto antes. No se sentía preparada para dar ese paso, no hasta que estuviera segura de que esa relación era viable. Que podía confiar en él y... eso le llevaría tiempo. Conocerse. Saber si tenían algo en común además de la atracción física...

Sin embargo, pronto comprendió que a su lado se sentía en paz, que le encantaba estar con él y ese fin de semana se hizo corto, intenso pero muy corto. Apagó su celular luego de avisarle a sus padres que estaba allí, no quería recibir más llamadas de sus amigas, o los organizadores de su fiesta de bodas que tenían la esperanza de que cambiara de parecer. Tonterías, ni que fuera tan caprichosa de suspender una boda porque sí.

—Tómalo con calma, preciosa. Te perseguirán por días... quieren cumplir su trabajo—le dijo él.

—Pues ya me fastidian. Me tienen harta. Vaya, tengo la sensación de que estoy divorciándome y que en cualquier momento deberé contratar a un abogado.

Francesco rió.

—No exageres, tranquila. Ya pasará... lo que me preocupa un poco es tu ex... cuando se entere de que soy responsable en parte de tu ruptura... no me preocupa por mí, sino por ti. No quiero que se acerque a ti y te moleste.

—¿Marco? No, no lo hará. Él no es así. Tal vez le duela sí y en realidad no quiero que sepa todavía. Que piense cosas que no son porque además, tú no fuiste el responsable.

—¿Ah no? Vaya, pensé que sí—se quejó Francesco.

—Sí pero... es cierto que me sentí atraída por ti, que tú me gustabas sí y... pero cuando te conocí tenía una relación. Una relación que no era tan intensa como para pensar en bodas, ese fue mi error. Pensar que porque él era un hombre serio y responsable y guapo... de pronto comprendí que a pesar de ser casi perfecto para mí eso no me conformaba, no alcanzaba para pensar en bodas. Ahora entiendo que debo casarme enamorada y convencida. Convencida de que es el momento y que vale la pena arriesgarse. Me falta madurez. A pesar de que parezco muy madura... me gustaría esperar y no sentirme presionada para casarme, para tener hijos... Eso no es para mí, tal vez más adelante, en un par de años.

Él sonrió y la abrazó.

—Sólo espero que en un par de años sea yo quien te lleve al altar, princesa. Sueño con eso y lo sabes—dijo y la besó.

—Pero ¿cómo puedes estar tan seguro?—protestó ella—No me conoces, sólo te gusto y...

—Pero sé que eres para mí, preciosa. Eres todo lo que soñé encontrar en una mujer, eres dulce, tierna y seria. Madura para tu edad. Y sincera. Honesta. No necesitamos ser siameses para ser felices, puedes tener tus sueños, tu espacio, tu trabajo y compartir la pasión y el amor conmigo. Complementarnos no ser idénticos. Qué aburrido sería eso ¿no?

—Francesco creo que estás loco... Quieres casarte conmigo y apenas me conoces. ¿Y si luego te enamoras de otra chica? Si no quieres una relación estable y...

—Oh por Dios princesa, deja de pensar eso. Ya te dije que busco algo estable, lo busqué antes de conocerte. Y no voy a engañarte. Espero que aprendas a confiar en mí, en creer en lo que te digo porque estoy diciéndote la verdad. ¿Crees que sería además tan imbécil de engañarte con lo que me costó que me dieras una oportunidad? No lo haría... y si me das una oportunidad debes confiar en mí. Hace tiempo que no salgo con chicas, sólo voy de vez en cuando a un bar con mis amigos a beber algo. El trabajo y esta casa me absorben bastante, es una realidad.

Sofía comprendió que él tenía razón, si le había dado una oportunidad debía confiar, de lo contrario no podrían saber si estaban hechos el uno para el otro.

Es lo que sentía por él era tan fuerte que tenía miedo.

Tal vez no era momento para iniciar una relación, ella era tan desconfiada y pensaba que en cualquier momento aparecería una chica buscándole y ella se quedaría sola... Debía superar sus miedos y confiar.

—Creo que necesito tiempo para poder confiar en ti, Francesco, para conocerte y ... Hacerlo sin prisas. Despacio.

—Y te doy todo el tiempo que quieras princesa, pero no te alejes de mí ahora, por favor.

—Es que necesito ir despacio y si empezamos algo ahora temo que... lo arruinaré con mis celos y desconfianza. No lo niego, soy muy celosa. Siempre lo fui por eso... él único que me soportó fue mi ex—sonrió.

Esas palabras lo llenaron de inquietud.

—No me importa eso, no me molesta que seas celosa, princesa. Te lo digo en serio, sólo quiero una oportunidad para demostrarte que soy el hombre que te conviene.

Sofía se detuvo, abrumada por sus palabras.

—Es que yo... necesito tiempo. No es por ti, es por mí y si esto no funciona... si eres tú quien luego se siente defraudado. Yo no soy una princesa

ni una muñeca en una caja de cristal, tampoco apasionada... creo que soy muy cerebral, demasiado a veces. Práctica y no es que... es la primera vez que hago una locura como esta, dejarme llevar así por lo que siento por ti y por eso me da miedo, no te conozco y temo...

Él se acercó y la abrazó.

—Ven aquí princesa, no temas... está todo bien. Yo cuidaré de ti y además, sé que estoy a prueba, no pasará nada que tú no quieras... y si descubres que no era lo que esperabas...

Estaba loco por ella, lo vio en sus ojos, podía sentirlo en sus besos.

Sonrió conmovida por ese amor que había en su mirada, esa devoción que no creía merecer y entonces le dijo que aceptaba.

Tal vez con el tiempo descubriera que realmente era el hombre de su vida y deseara pasar el resto de su vida a su lado.

De regreso a la ciudad sintió pena de tener que separarse. Casi sintió frío cuando entró en su casa y habló con su madre. Empezó a extrañarle, desde el primer momento que se dijeron adiós ese soleado día de mayo.

El día se le hizo eterno dando vueltas, todavía debía resolver cosas que habían quedado pendientes antes de la boda y por si fuera poco, días después, su ex fue a verla a su trabajo.

Lo vio tan mal que se sintió culpable. Diablos, cuando le dijeron que

tenía una visita pensó que era Francesco y grande fue su disgusto al ver que era su ex. Marco. Vaya, se veía demacrado, triste. Y perdido. Su mirada era distinta.

— ¡Hola Sofia!

Se puso serio.

—Hola, Marco. ¿Cómo estás?—preguntó visiblemente incómoda de su presencia.

Era tonto hacer esa pregunta, se notaba a la legua que estaba deprimido, destruido. Mucho más de lo que mostró el día que le dijo adiós. Como si hubiera reaccionado después.

Imaginó que eso pasaría.

—Te traje tus cosas, Sofia. Ropa, muñecas, un reloj... no sabía qué hacer—dijo entonces y le entregó un bolso pequeño.

—Gracias, Marco.

No podía quedarse allí conversando, tenía mucho trabajo, por suerte lo entendió y se fue poco después. Sin embargo su visita la dejó bastante alterada.

Había ido a verla, a conversar con ella un momento, pudo enviar sus cosas con algún empleado. ¿Acaso la había visto salir con Francesco o esperaba encontrarla para luego montarle una escena de celos? Esperaba que no lo hiciera.

Marco no era así, pero... acababa de plantarlo y era muy reciente. A ella no le afectaba nada por supuesto, pero a él sí. Él la quería todavía y ella descubrió que lo quería más como amigo que como novio. ¿Había algo que matara más la pasión que convertir el amor en amistad?

Además su amor era Francesco ahora, y todos los días se moría por verle, por charlar, pasaban muchas horas separados y eso se volvía una tortura. Empezaba a comprender que nunca había estado enamorada de Marco, que en comparación a lo que sentía por Francesco, Marco sólo había sido un cariño tibio y controlado que finalmente se convirtió en rutina. En estar con él porque era un chico bueno que le convenía sin preguntarse demasiado por qué estaba a su lado, si realmente sentía algo más que ese tibio afecto nacido de una amistad.

—Sofía... si necesitas algo llámame ¿sí? Si un día quieres charlar o volver conmigo.

Esas palabras le causaron estupor. No podía creerlo.

—Pero Marco, yo te planté, te dejé. Debes alejarte de mí y olvidarme, no decirme esas cosas.

Él la miró con tristeza.

—Fue mi culpa... creo que apuré las cosas, no estabas lista para casarte y no te odio. ¿Cómo crees? Jamás podría odiarte. Tú eres mi amor, fuiste mía, mi novia y todavía te amo. Estoy yendo a terapia para superar esto,

lo necesito, pero si un día quieres volver...

—No voy a volver Marco, por eso me separé de ti. Tuve que hacerlo, me costó bastante porque hacía semanas que me sentía asfixiada por los preparativos de la boda. Marco, me alegra que hagas terapia, eso te ayudará pero debes seguir con tu vida, tus proyectos. Sé que lo harás pero no me busques por favor, no seré tu amiga, soy tu ex novia.

Él lo aceptó pero volvió a decirle que no quería perder contacto.

¿Cómo decirle que ya habían perdido todo contacto y que era mejor no tenerlo? ¿Amiga de su ex? Parecía una broma. Sólo sus amigas tenían amistad con algún ex novio. Ella no pensaba que fuera una buena idea, las cosas se terminaban y punto. Debían terminar. ¿Quedar como amigos? Demasiado tiempo habían sido como dos buenos amigos, ahora quería otra cosa. Quería estar con Francesco y no quería la sombra de su ex acechándola por todas partes. Qué molesto podía llegar a ser eso, por Dios.

Él dijo que lo entendía sí y se fue, como pollito mojado, haciéndola sentir como una completa perra por haberle abandonado. ¡Maldición!

Y cuando esa noche salió a cenar con Francesco le contó lo ocurrido, no quería ocultarle esa visita.

Se puso tenso.

—Vaya, es inesperado. Parece no haber entendido que no quieres nada con él—comentó—pero si vuelve a insistir...

—No, no creo que insista. Él no es así, pero le he dicho que no quiero ser su amiga y debe alejarse de mí.

—Sí, por supuesto. Pero tal vez decida luchar por ti princesa, no se rendirá... si fuera él no lo haría.

—Bueno, entonces le diré que estoy saliendo contigo. Eso le romperá el corazón lo sé, pero al menos entenderá que se terminó.

—Princesa, no, no lo hagas todavía. Ten cuidado ¿sí? Tu ex está pasando por un momento complicado desde el punto de vista emocional y eso... No quisiera que ese malnacido... te hiciera algo por mi culpa. No podría soportarlo. Por favor, deja que yo hable con él.

—¿Qué?—Sofía lo miró atónita.

—Sí, es lo mejor. Hablar con él y sepa la verdad. Que tú y yo estamos juntos y planeo casarme contigo un día. Me parece que es más justo, si se enoja, si se desahoga que sea conmigo, no contigo. Te aseguro que después de eso no volverá a molestarte.

—Pero es muy arriesgado y no quiero que peleen que piense que eres el culpable. Escucha... cuando te conocí estaba bastante angustiada, recuerdas que fui a la mansión para ver tus colecciones de antigüedades y lloré... no era por ti. Me sentía atrapada, ahogada, no quería casarme pero no tenía el valor para decirle a Marco. Simplemente no podía hacerlo. Tal vez necesité pasar por todo eso para comprender que no estaba enamorada de él como creía. Y si

tú le dices que lo dejé por ti ahora pensará que soy una zorra, y me odiará.

—Princesa, por favor, no digas eso. Él no pensará nada, tranquila. Sólo quiero que piense que soy culpable porque en realidad sí lo soy. Te busqué sabiendo que estabas comprometida, hice de todo para que te fijaras en mí y es mejor así. Soy hombre, sé cómo piensan los hombres, él tiene la esperanza de regresar contigo porque la idea de perderte lo vuelve loco y sé que insistirá, querrá ser tu amigo, pero si ve que estás conmigo... lo ayudará a superarlo mejor. Comprenderá que es en vano insistir. Déjalo en mis manos.

—Entiendo lo que dices Francesco, pero no quiero lastimarlo. Esto es difícil para él, no quiero que sufra por mi culpa.

—Tu ex ya está sufriendo ahora, Sofia, porque terminaste con él, porque tenía todo organizado y bueno... pasó esto. Hubiera sido ahora o en unos años, ¿crees que podrías ser capaz de tolerar un matrimonio sin amor? ¿Cómo imaginas que sería vivir día a día, soportar su vida de gamer, deportista, sus mañas de tonto, sin amarle? Porque cuando amas a alguien te vuelves tolerante, pero sin amor... no habrías durado ni dos meses.

—Es verdad... no estaba madura nuestra relación, supongo que cuando te enamoras no tienes dudas. Sabes con el corazón que quieres casarte. Por ahora no quiero hacer planes al respecto.

—Claro, no hay prisas.

No, no había prisas. Sin embargo, esa noche luego de ir al cine fueron

a su departamento, porque Sofía había olvidado una carpeta con documentos del trabajo y la necesitaba.

Nada más entrar sintió ese aroma a lavanda tan fresco y embriagador. Un pent-house, amplio, con terrazas, frigo bar, y una inmensa cama blanca con cojines en forma de corazones llenos de felpa blanca... Y su gata Elisa, una gata inmensa y blanca de pelo largo que se acercó curiosa para olfatearla y luego se alejó a la habitación.

—Es preciosa—dijo.

—Sí, es algo tímida. Primero observa todo pero ya verás que te aceptará—le respondió Francesco.

Era un lugar acogedor. Sensual. Podía sentirlo.

De pronto notó que Francesco tenía las carpetas.

—Aquí está—dijo con una sonrisa.

La otra noche habían estado besándose en su departamento luego de que él preparara una cena especial en su honor. Fue el primer acercamiento casi íntimo y de pronto le ofreció una copa de vino francés y se sentó a su lado mientras encendía el equipo de música.

Esa semana de verse había sido una completa tentación pero debía esperar, no era prudente tener sexo tan pronto, antes debían conocerse y ver...

Pero cuando él la miró con esos ojos de enamorado, de hombre ardiente y sensual sintió que temblaba de la excitación. No, no podía ser.

—Creo que debo regresar—dijo.

—No lo hagas por favor, quédate un momento más. Luego te llevaré a tu casa, lo prometo.

—Francesco es muy pronto.

Él sonrió y tomó sus manos y las besó.

—Lo sé, princesa. Pero me muero por hacerte el amor, creo que lo desee el mismo instante en que te vi.

Sofía se puso colorada.

—Pero no es el momento, necesitamos saber si...

—Saber ¿qué? —él se acercó lentamente y miró sus labios con deseo y al no encontrar resistencia le dio un beso ardiente y apasionado.

Sofía se estremeció al sentir que su lengua dulce llenaba su boca al tiempo que la rodeaba con sus brazos. No pudo resistirse, en un momento sintió que perdía la cabeza y se moría por hacer el amor con Francesco.

Y al sentir que su boca se deslizaba por su cuello y rumbo a su escote tembló. No podía dejar que la excitara así...

—Espera no... no podemos. Es muy pronto.

Él sonrió y la miró.

—Sólo quiero acariciarte, no llegaré más lejos si no quieres, princesa, lo prometo.

—Creo que debo irme ahora. Antes de que pierda la cabeza. No puedo

hacerlo ahora.

—Tranquila, no lo haremos. También disfruto besarte, tenerte en mis brazos no porque espere que pase algo. Es otra forma de conocernos, ¿no lo crees? ¿Por qué tienes tanto miedo? ¿Tú... eres virgen princesa?

—Claro que no... pero sólo estuve con mi ex y me cuesta un poco pensar que...

—Está bien princesa, lo imaginé... pero no debes sentir miedo, sólo déjate llevar cuando estés segura de que lo quieres hacer. Que fluya, sin presiones ni miedos...

—Tal vez luego te sientas defraudado. El sexo para mí nunca fue placentero... lo hacía porque mi novio quería, mi primera vez fue horrible... —le confesó y luego se arrepintió.

—Bueno, es que seguramente ese tonto gamer no sabe tratar a una chica, pasa demasiado tiempo en la computadora, ¿qué puede saber del mundo real? Tú eres una princesa, una flor y necesitas cuidados especiales.

—No soy buena en la cama, no me gusta el sexo, es verdad. No es culpa de mi ex...

Francesco la abrazó y le dio un beso para calmarla.

—Tranquila, yo haré que cambies de idea, ya verás... cuando llegue el momento.

—¿Y si luego te desilusionas de mí? Yo no sé si podré hacer el amor

todos los días como seguramente querrás tú—insistió.

Francesco rió.

—Oh no pienses eso, ¿realmente me crees tan insaciable? Soy un hombre normal y jamás te obligaría a tener sexo a diario. No. Sólo si tú quieres por supuesto. Princesa, creo que debes comprender que cada pareja es un mundo, es un capítulo, lo que viviste con tu ex, olvídalos, no fue bueno ni memorable. Lo que me da ventaja por supuesto... pero lo que pasará entre nosotros será único, será intenso. Sé que será así. Esta es nuestra historia. Día tras días escribimos una página, los dos... no pienses que no te interesa el sexo, si cuando te beso sé que te estremeces, que te gusta estar entre mis brazos. Eso sólo es un comienzo. Si sintieras rechazo me preocuparía.

—Tienes razón, me encanta sentir tus besos y... me muero por estar contigo pero temo defraudarte. El sexo no... no soy como esas chicas que quieren hacerlo todo el tiempo y si les falta el sexo se vuelven locas.

—Eso es el pasado. Todo cambiará luego de que hagamos el amor, ya verás. Pero no lo pienses tanto ni te atormentes preguntándote cómo será. Quiero que dejes de pensar tanto y te enfoques más en las sensaciones, los sentimientos. No creas que el amor sea una fórmula perfecta de personas compatibles, honestas y perfectas. El amor se siente aquí, el sexo desde el amor es maravilloso, ya verás... —le dijo y le dio un beso intenso. Luego la miró con fijeza—Sabes, yo también me muero por hacerte el amor. Sueño con

ese momento. Con sentirte mía...

Esas palabras la excitaron, se moría por hacerle el amor y estaba desesperado, sus besos y su mirada. Pero dijo que esperaría y que no le importaba que no fuera una gata como lo eran sus amigas por ejemplo. Tenía razón, ellos escribirían su propia historia de amor, cada día, cada hora, una historia que sería única. Y esa noche también se moría por hacer el amor con él, aunque fuera muy pronto... no quería alejarlo, quería estar entre sus brazos y dejar que la besara. Al diablo con las reglas, con esperar... estaba más que lista para ser suya y cuando siguió besándola y abrió su blusa no lo detuvo. Se moría por sentir sus caricias, por sentir su boca llenarla de besos.

Y cuando liberó sus pechos y los besó se excitó tanto que le preguntó si debía detenerse.

—Preciosa, tú me vuelves loco—susurró—eres tan hermosa, tan dulce—dijo y volvió a besarla, a envolverla y llevarla a ese infierno de deseo del que ya no quería escapar.

Pero no quería hacerlo en ese sillón, tomó su mano y la llevó a su habitación, a esa cama blanca e inmensa que había visto al entrar.

Allí la desnudó y tendió y rodaron sin dejar de besarse, sintiendo que se volvería loca si no la tomaba en ese momento, si no la hacía suya.

Se sintió liberada, no sabía bien por qué pero se sentía distinta, como si él tocara una fibra íntima de su ser y ese deseo largo tiempo sofocado de

hacer el amor con ese hombre que despertaba cosas que ningún otro había despertado. Y cuando lo vio desnudarse notó que era hermoso, perfecto, su pecho ancho y fuerte, sus brazos y se lo dijo con una sonrisa.

—Tú eres perfecta, princesa, tú sí eres hermosa—le respondió él y volvió a besar sus pechos, a succionar de ellos y luego de pronto, sintió que entraba en su cuerpo, que la llenaba con su miembro viril que se le antojó inmenso...

Gimió al sentir que era demasiado y sin embargo, le gustaba que fuera así, porque adoraba cada rincón de su cuerpo y se moría por sentirle en su interior. Que la rozara, que la hiciera suya...

—Dios mío, eres tan apretada mujer, no quiero lastimarte... ¿tú estás bien?—le dijo en un momento.

Ella asintió.

—Sí... estoy bien... pero debes cuidarte, debes hacerlo...—su voz se convirtió en un gemido de placer. Todo su cuerpo convulsionó mientras la rozaba haciéndola experimentar sensaciones nuevas e intensas. Y lo apretó contra ella, lo apretó como si no quisiera dejarle ir nunca mientras él la besaba y hacía que su placer aumentara con su roce fuerte, maravilloso... no quería que parara, quería sentirle así toda la noche... que la llenara con su miembro ardiente, que la llenara con su placer... una sola vez no sería peligroso. Luego tomaría esa píldora de emergencia...

—Preciosa, creo que no podré detenerme... diablos... perdóname—
dijo él mientras la inundaba con su placer y su cuerpo convulsionaba de forma
rítmica como si nunca quisiera dejarlo ir. Y su vagina le retuvo en su interior,
apretado, fundido hasta que expulsó su última gota de placer y se hundía por
completo en su interior.

Perdió la cabeza, como una adolescente. Qué locura... se dejó llevar y
luego...

—Preciosa, ven aquí, ¿a dónde quieres ir? Eres mía, toda mía—le dijo
él reteniéndola entre sus brazos.

Era increíble, podía sentir su miembro duro en su interior, todavía lo
estaba.

—Debimos cuidarnos... no tomo pastillas y esto es peligroso—se
quejó ella—debo ir a darme un baño...

—No me dejes princesa, por favor, no me dejes ahora... me romperás
el corazón—le dijo él empujándola despacio a la cama—Un poco más, quiero
sentirte... luego me cuidaré, lo prometo...

Ella no pudo resistirse, quería hacerlo de nuevo, toda la noche, al
diablo, luego volvería a tomar pastillas. Lo haría. Rayos, nunca había vivido
el sexo así, de esa forma, ni lo había disfrutado tanto. En realidad nunca lo
había disfrutado hasta esa noche...

Y mientras lo hacían por tercera vez se lo dijo: —Es maravilloso, tú

eres maravilloso, jamás pensé que... sería así, tenía tanto miedo.

Él sonrió y le dio un beso intenso.

—Tú eres increíble, princesa, eres tan hermosa, tan dulce y... quiero que te quedes aquí. Quédate esta noche. Por favor.

—Pero es que hay una cena familiar hoy...

Al diablo con la cena familiar, quería estar con él, no quería dejar esa cama después de haber hecho el amor, de sentirle tan cerca...

—Quédate mi amor... no vayas. Una aburrida cena familiar. ¿Realmente lo prefieres a estar conmigo?

Sofía sonrió. Sabía que se quedaría, en realidad no quería salir de esa cama ni abandonar sus brazos y vivir esa mágica noche de amor, su primer noche juntos, que supo jamás olvidaría.

Luego de esa noche todo se sucedió con rapidez.

Sofía pensó que debía esperar para presentar a su novio a sus padres, luego de que su boda fuera suspendida su padre había quedado algo afectado y era un hombre muy anticuado, sabía que le costaría aceptar que tenía nuevo yerno. Además Marco siempre había sido su debilidad.

No la de su madre, y causalmente fue ella quien conoció a Francesco esa noche, cuando fue a buscarla para ir a cenar.

Lo aceptó con naturalidad y hasta lo saludó.

Sofía se puso colorada. Es que Francesco no era sólo su nuevo amor, era su gran amor, el único amor que había sentido en su corazón. A pesar del poco tiempo que llevaban juntos se habían vuelto inseparables y...

Esa noche, mientras hacían el amor le pidió que fuera su esposa.

Ella lo miró muy seria.

—Estás loco Francesco, no hace un mes que salimos y...

—¿Qué importa eso, preciosa? Me muero por tenerte aquí en mi departamento y pasar luego los fines de semana en la mansión del bosque... un día ese será nuestro hogar, lo presiento.

—Pero es muy pronto.

—Entonces pruébame de nuevo, ven a vivir conmigo. Sólo así sabremos la verdad y sabrás si quieres o no ser mi esposa.

Sofía se emocionó al oír sus palabras.

—Pero cómo puedes estar tan seguro de...

—Lo sé princesa, no necesito pruebas... quiero que seas mi esposa. Lo quise el primer día que te conocí en ese restaurant, ¿lo olvidas? Y estoy seguro de que eres la mujer con la quiero compartir mi vida, tener una familia cuando tú estés preparada. Lo sé porque está aquí dentro, nada más, en mi corazón. El amor no se piensa, princesa. El amor se siente...

Y quiero tenerte aquí conmigo y llevarte un día a la mansión como mi esposa. Parece un sueño... estar contigo es un sueño hecho realidad, princesa.

Ella se emocionó y parpadeó inquieta.

—Para mí también lo es, no pensé que fuera así que... llegaría a sentirme tan feliz a tu lado.

Él secó sus lágrimas y la besó y le hizo el amor de nuevo y luego de entrar en su cuerpo, de poseerla una y otra vez le rogó que se quedara con él.

—Quédate conmigo, princesa, por favor. Sabes cuánto te echo de menos, no puedo vivir sin ti...

Ella sonrió, sabía que aceptaría. Era una locura por supuesto, iban muy rápido. Pero quería arriesgarse.

Al día siguiente era sábado y decidió ir preparando sus maletas pues pasaría el fin de semana en la mansión.

De pronto vio que su madre la observaba desde un rincón.

—¿Te irás con ese joven de paseo?—preguntó.

—Sí, mamá...

—¿No te parece muy pronto...?

Sofía se detuvo y miró a su madre.

—Lo amo mamá y voy a mudarme con él la semana entrante. Me lo pidió ayer.

—¿Te vas a vivir con ese joven que ni conoces casi? Sofía por favor. ¿En qué estás pensando? Acabas de dejar a Marco, sé que esto no es fácil para ti... te debes sentir confundida y desorientada.

—¿Por Marco? No... no me siento así. Conocí a Francesco hace más de dos meses y tú sabes, es cliente de la tienda mamá.

—Y por eso creo que no es buena idea involucrarte. Además... es mayor que tú. ¿Qué edad tiene?

—Veintinueve. Pronto cumplirá treinta.

—¿Lo ves?

—Lo amo mamá, estoy enamorada, deja de hablarme como si hiciera algo malo. Es maravilloso y quiero dejar de pensar tanto y vivir mi vida, mamá. Ser feliz. Me pidió que fuera su esposa anoche y estuve tentada de aceptar, lo habría hecho.

—¿Casarte así, tan rápido? Pero tú no querías saber nada de bodas. Acabas de dejar a tu novio y esto... me parece una completa locura.

—Es verdad... no quería. Pero él me hizo cambiar de opinión. Me muero por estar el resto de mi vida a su lado, es mi sueño. Nunca antes viví algo como esto, con Marco no era feliz. No era... no es como lo que siento por Francesco, él es como mi alma gemela, es el hombre con el que sueño casarme.

—Sofía, ten cuidado... ahora todo te parece como vivir en una nube pero el amor tiene que dejar de ser una burbuja para que puedas estar segura de si él es el hombre para ti. Es muy absorbente para empezar, te saca del trabajo, te mantiene alejada de las cenas familiares, las fiestas familiares...

siempre vas con él como si no quisieras hacer otra cosa o no pudieras hacer otra cosa. No puedes permitir que haga eso. Ahora porque estás un poco ciega y obnubilada, por supuesto pero luego... tú tienes tu trabajo, esa tienda es tuya prácticamente, tu padre se retirará en unos años y espera que tú ocupes su lugar. Necesitas aprender mucho para eso y este hombre es una distracción.

—Él no es una distracción, mamá. Es mi novio y me iré a vivir con él. Puedo trabajar y asumir nuevas responsabilidades si es necesario.

—¿Lo harás? Bueno, espero que no te equivoques. Me parece una locura que te vayas a vivir con él, para empezar.

—Mamá, soy una mujer, sé lo que quiero hacer, por favor, deja de pensar que tengo quince años.

—Sí, por supuesto... Sólo espero que estés segura de lo que haces y... busca tu espacio. No dejes que tu vida sea a la sombra de ese niño rico porque si lo haces sufrirás. Ve con calma... esto no es buena idea, es demasiado rápido, apresurado. No resultará. Ni siquiera lo conoces bien y ya piensas en casarte con él.

—Basta mamá, deja que viva mi vida. Tengo derecho ¿no crees? No he hecho más que estudiar y trabajar desde que tengo seis años. Tuve las mejores notas, siempre la mejor en todo.

—Y sé que tienes la capacidad de dirigir bien la casa de antigüedades, más que el señor Scarelli, que además no es de la familia. No lo echés a

perder con esta aventura. Si quieres salir con ese joven, sal, pero no abandones tu lugar en la empresa familiar. Ese lugar es tuyo y así será si haces lo que te dije hace tiempo.

Sofía pensó que para su madre era difícil de aceptar, que apenas conocía a Francesco y no la culpaba, era nuevo en la familia. Tal vez con el tiempo llegara a apreciarlo.

—Mamá, él es muy bueno conmigo, es especial. Y no es él quien me saca antes del trabajo, es el estrés de esta temporada, estoy muy desbordada llevo mucho tiempo sin tomarme una licencia y la iba a reservar para mi boda.

—Bueno, es que ahora no puedes tomarte ese descanso. Tu padre te necesita y además, tú nunca te quejabas. Tienes energía, vitalidad, tienes veinte años tesoro. ¿Cómo puedes estar cansada? ¿Sientes estrés? Pues el estrés debe ser producido por una relación para la cual no estás preparada. Te escapas del novio que quería llevarte a su ciudad y ahora te enamoras de uno que te pide matrimonio. Es demasiado. Ve con calma ¿sí? No te apresures.

—No me apresuro, mamá.

Era imposible convencer a su madre, ella tenía su forma de pensar y al parecer Francesco no le agradaba.

—¿Él no te agrada, verdad?—le preguntó al fin.

Su madre parpadeó inquieta.

—No es eso, es que no quiero que te hagan sufrir. Tu padre escuchó

cosas de ese joven... es un mujeriego perdido. Esa es la verdad. Siempre salía con muchas mujeres y escuchó que es un mujeriego, siempre con una distinta, se lo dijo Carlo, su mejor amigo. A tu padre no le agrada nada, piensa que no es para ti y yo creo lo mismo. Pero bueno, nadie va a prohibirte a tu edad que salgas con un hombre que te agrada.

—Francesco no es un mujeriego, mamá, lo fue antes, lo sé pero ahora cambió. Sé que cambió. Jamás sale siquiera con sus amigos. Quiere formalizar, tener una familia y quiere que sea su esposa. Él me ama.

—Si te ama sabrá esperar. Te aconsejo que te tomes un tiempo para observar y ver cómo son las cosas con ese hombre. No te arriesgues. Espera. Mira los detalles. Puede querer hacer todo sólo para conquistarte.

—Mamá, por favor, no digas eso.

—Tú eres inteligente, racional y precavida, no cambies por un Don Juan, mantente alerta ¿sí? Espero equivocarme pero... las cosas en este mundo caen por su peso. Y si quiere fingir algo que no es, también.

—Mamá, él no quiere fingir, no necesita fingir nada. Lo que vivimos fue muy especial, fue único. Es algo único. No quieras arruinarlo con tus consejos, sé bien lo que tengo que hacer.

Su madre la miró con cara de espanto.

—Entonces, te has enamorado de ese hombre. Todo este tiempo... por eso dejaste a Marco, fue por él.

—No, no fue por él.

—Oh vamos, Sofía, te conozco. Tuvo que haber una razón de peso, por eso estabas tan rara. Por eso te notaba tan cambiada.

—Bueno, ya no importa. De todas formas descubrí que no era buena idea casarme con Marco, no lo quería lo suficiente y además... no sé por qué me dejé convencer, nunca estuve muy de acuerdo con esa boda. Pero Francesco no es el culpable.

—Sofía, estás enamorada de ese hombre. Estás loca por él. Por supuesto que es el responsable de que rompieras con Marco pero no te sientas culpable por eso. Sólo ten cuidado... odiaría que ese donjuán te lastimara, tú eres tan dulce, tan buena mi amor. Eres nuestro tesoro y espero que ese hombre te valore y se porte bien contigo, nada más.

—Él sabe eso mamá, sabe que si se porta mal conmigo no tendrá otra oportunidad. Y aunque en el pasado tuvo sus aventuras, ahora es diferente. Quiere estar conmigo, me ha pedido que sea su esposa mamá... y yo creo que con el tiempo me casaré con él si todo va bien, porque lo amo... nunca había vivido algo así.

—Entiendo... Siempre fuiste muy tímida y desconfiada, pensé que Marco era ideal porque... bueno, es un buen muchacho, responsable, serio... pero a veces eso no alcanza. Lo que siente el corazón no tiene explicación lógica. Ese hombre es muy seductor y guapo por supuesto, más maduro que

Marco y más vivido también, eso se nota. A tu padre no le gusta nada pero yo pienso distinto, si va en serio le daré una oportunidad por supuesto para conocerlo. No quiero juzgar sin saber. Sólo te pido que tengas cuidado y también que no descuides tus responsabilidades en la tienda de la familia. Es tu herencia, Sofia. La de tus hijos. Ahora eres muy joven pero en unos años...

—Sí ya sé pero ahora no puedo encargarme de todo, todavía no estoy preparada. Papá lo sabe. No me puede presionar, necesito...

—Necesitas poner la cabeza en las cosas, Sofia, sólo eso. Pero claro ahora estás dispersa. Te escapas todos los días para ver a tu nuevo amor.

Ella se puso colorada.

—Está bien, no quiero pelear, Sofia. Sólo te pido que tengas calma, que vayas despacio... y tengas cuidado con ese hombre. Ojalá tenga buenas intenciones contigo y se porte bien, porque acaba de separarte de tu novio de siempre con el que ibas a casarte.

Ella no respondió, no quiso pelear con su madre. Entendía que no era sencillo para sus padres aceptar a Francesco todavía. Necesitaban tiempo.

Estaba loca por él, era verdad. Todo había ocurrido tan rápido y ahora no podía esperar para verle.

Cuando salió de su auto y la envolvió entre sus brazos y la besó sintió que era el paraíso. Lo había echado de menos y la conversación con su madre la había dejado tensa, nerviosa. Al parecer sus padres pensaban que

Francesco era un mujeriego que sólo quería divertirse con ella. No era verdad, por supuesto. Y le molestaba que ni siquiera se acercaran a saludar y tuviera que salir corriendo para que él no lo notara.

Sin embargo él lo tomó bien. Mientras conducía su auto deportivo se lo dijo.

—Está bien, no te preocupes por eso. Entiendo... no me conocen. Tal vez hasta me odien.

—Mi madre no te odia, dice que quiere darte una oportunidad.

Él la miró con una sonrisa.

—Y yo le demostraré que no soy un playboy que busca aprovecharse de ti, pero no puedo esperar que me quiera enseguida. Lo de tu ex es muy reciente y... lo nuestro también. Sin embargo, tengo la sensación de que te conozco de otra vida. Me encanta estar contigo y todo momento es poco, corazón, muy poco. Se escurre como el agua y me pregunto sí... te mudarás conmigo o me harás sufrir esperando hasta la tarde para verte.

Ella sonrió.

—Pero tú trabajas todo el día también.

—Trabajaré menos, lo prometo.

Ella sonrió y luego de llegar, se encerraron en la habitación principal para hacer el amor. Lo había echado tanto de menos.

Su vestido se abrió lentamente y él la empujó suavemente a la cama

para llenarla de besos. Sus manos suaves y fuertes recorrieron su cuerpo y su boca atrapó la suya llevándola a ese momento tan anhelado de caricias que había aprendido a disfrutar sin resistirse. A él le encantaba llenarla de besos y ella había aprendido a responderle... le costaba creer que ahora fuera así, que se hubiera liberado de esa forma y que al fin pudiera disfrutar de un orgasmo múltiple... es que él la volvía loca, la empujaba a la lujuria más absoluta y en la cama nada estaba prohibido. Nada... cerró sus ojos al sentir sus besos húmedos en la pelvis, quería devorarla y lo haría, era tan ardiente, tan insaciable, y sabía cuánto le excitaban esos juegos... se tendió de lado para responderle, para besar y engullir su delicioso miembro. Rayos, jamás imaginó que haría eso, Marco jamás había sido afortunado... ni muerta lo habría hecho con él así. Ahora entendía que su ex no tenía experiencia ni sabía cómo hacerla estallar, lo suyo se reducía a besarse y copular, por eso estaba siempre tan poco dispuesta y tan poco excitada. Pero con él era tan distinto, tan intenso... al comienzo le había costado un poco pero ahora se abría como una flor para amar y ser amada... hasta había comenzado a tomar pastillas para poder disfrutar más intensamente el final de la cópula porque sentirle allí, sentir que la inundaba con su semen era el placer máximo, sublime... quería sentirse llena de él. Como ahora... llena y completa, moviéndose a su ritmo, sintiendo cómo sus embestidas cada vez más feroces la volvían loca... Gimió desesperada al sentir el roce en su canal estrecho,

demasiado apretado para esa inmensidad pero a él le encantaba sentirse así, apretado por ella y fundido en su sexo...

—Princesa, eres tan dulce y adorable... por favor, cástate conmigo, no quiero vivir un solo día sin ti mi amor. Por favor, no me prives de ti... mudémonos aquí y digamos adiós a nuestra vida de siempre. Solos los dos... —le pidió él.

Ella gimió desesperada al sentir cómo su cuerpo convulsionaba al tiempo que él la llenaba con su simiente una y otra vez. ¿Cómo podía decirle que no? ¿Cómo podía detener ese huracán llamado amor? Había llegado así, de repente, feroz y repentino y ahora era como si estuviera en esa vorágine de amor, pasión y lujuria y no pudiera detenerse ni pensar con claridad.

Y cuando todo terminó se miraron en silencio.

Él esperaba una respuesta.

—Es que las bodas me dan un poco de fobia, la fiesta, el vestido, todo ese ritual... me enferma. Además si luego algo sale mal...

—Está bien, no tenemos que pasar por todo eso princesa. Sólo nosotros, una capilla pequeña... sin rituales ni toda esa organización tonta.

—Me encantaría pero es algo precipitado, mi amor, muy pronto. Quiero que todo esté bien... me mudaré contigo el lunes, lo haré... no necesitamos casarnos para ser felices. Basta con estar bien juntos. Es lo principal para mí. Te amo, Francesco, te amo y sé que todo fue muy rápido

pero es lo que siente mi corazón...

Él se emocionó al oír sus palabras.

—Y yo te amé desde el primer día que te vi en ese restaurant, princesa, vi tu carita, tu mirada tan dulce y me enamoré. Todavía me parece un sueño tenerte aquí conmigo.

—Es una locura... me siento atrapada por ti.

—Bueno, esa era mi idea princesa, atraparte y que fueras mía, pero quiero que lleves mi apellido y el anillo. Espero que con el tiempo te sientas más segura de esto.

—Estoy segura de lo nuestro y quiero que siga así. Soy tu mujer ahora, tu novia, ¿qué más quieres? Un anillo no significa nada. Lo importante es lo que tenemos ahora y que perdure en el tiempo, que crezca y siempre esté allí... un papel no me dirá que me amas.

—Pero es que quiero que seas mi esposa, tienes razón en lo que dices pero quiero que el mundo sepa que eres mía, princesa. Mi esposa. Es mi sueño... espero que un día me dejes ponerte el anillo de oro en tu mano derecha.

Ella sonrió.

—Bueno, si te portas bien... lo consideraré. No olvides que todavía estás a prueba por unos meses... si resulta... entonces prometo que me casaré contigo en un año o dos.

—¿En un año o dos? ¿Tanto me harás esperar?—Francesco se sintió desesperado.

—Bueno, tal vez un poco antes... todo depende de cómo marche nuestra relación. Por ahora va muy bien... —le dijo ella provocadora mientras tocaba su pecho y comenzaba a acariciarlo hasta llegar a su maravilloso miembro... sabía que estarían el resto del día en esa habitación haciéndolo y quería disfrutar cada minuto. Quería más, mucho más. Él la había despertado al amor y a la lujuria y no podía detenerse y luego de atraparle en su boca, de mantenerle prisionero un rato y llenarle de caricias se tendió de espaldas para recibir su recompensa. Oh, sí, ese día lo haría todo. No necesitó más para volverle loco, la visión de sus nalgas redondas fue demasiado y muy pronto le tuvo allí, apretado a ella entrando en ese estrecho rincón, llenándola una y otra vez de amor y placer.

Solo entonces se sintió saciada y satisfecha, cuando le tuvo en cada rincón, y sintió sus besos y caricias...

Por detrás y luego otra vez en su vagina... luego de una rápida ducha siguieron los juegos, tan insaciable como una gata en celo... otra vez volvía a sentirle dentro llenándola una y otra vez...

Hasta que lo obligaba a detenerse para que no fuera tan rápido y para poder brindarle caricias húmedas y probar ese néctar. Le encantaba volverle loco, torturarlo con esos besos y prolongar un poco más la cópula... su vagina

ardía, ardía y él gemía por atraparla, por devorarla de nuevo... sentir esa boca hambrienta y desesperada, esa maravillosa lengua gruesa atravesarla como si fuera su pene era una completa locura. No, no podía parar, un orgasmo fuerte y múltiple la hizo gemir y casi gritar rogándole que se detuviera... pero él no se detuvo, tenía mucho más para darle, su inmensidad para llenarla hasta lo imposible rozándola con rudeza. Era la gloria, era lo máximo, estar así abrazados, apretados, fundidos... disfrutar cada segundo y sentir que nunca era suficiente y que cada momento que estaban juntos era único...

—Te amo, princesa... te amo mi vida—le susurró él cuando se quedaron abrazados, tan cerca el uno del otro.

Ella sonrió.

—Y yo te amo a ti—le susurró y supo que nunca olvidaría ese momento, su mirada, el calor de sus besos, de su cuerpo...

—Princesa, no te vayas nunca de mi lado, por favor... no lo hagas—le dijo.

—No me iré... ¿por qué lo haría? Si te portas bien conmigo, si todo está bien...

—Entonces quédate conmigo aquí, olvida esa tienda de antigüedades, deja todo para amarme a mí, para estar a mi lado. Trabajaras aquí en la restauración, seré tu jefe, preciosa. Di que aceptas.

—¿Trabajar para ti, en esta casa? Pero... me tomas por sorpresa.

—Quiero tenerte aquí conmigo, no podré hacerlo todo y además, sé que un día este será nuestro hogar.

Sofía se sintió acorralada, quería aceptar pero no podía abandonar el trabajo de esa forma. Su padre la necesitaba más que nunca.

Trató de explicarle lo que pasaba, su padre quería retirarse porque el médico le había recomendado descanso. Se había operado del corazón hacía un año y no había aflojado en cuanto a responsabilidades y se estresaba mucho. Vivía pendiente y quería delegar responsabilidades.

—¿Y qué pasará conmigo? —se quejó él casi desesperado.

—Por eso no puedo aceptar ahora tu ofrecimiento, más adelante...

—Pero tú eres mía, princesa, no puedes quedarte todo el día trabajando hasta altas horas. Tu padre tiene empleados, encargados. No puede cargarte así con todo, no es justo. ¿Qué queda para mí?

—Por favor, deja de decir eso, si siempre nos vemos. Salgo antes para estar contigo.

—Pero yo necesito más tiempo, te necesito aquí en la mansión. No podré hacerlo solo. Y no me digas que contrate a un experto, quiero que seas tú.

—Y te ayudaré en lo que pueda pero no puedo mudarme aquí todavía. Ni trabajar contigo tantas horas. Tengo una empresa y una vida además de ti, no puedo perder eso. Tú también tienes una vida, amigos, una empresa. Me

pides que deje todo para demostrarte mi amor, pero no puedo hacerlo, no porque no quiera estar contigo es porque también debo ayudar a mi padre.

—Está bien, lo entiendo. Pero un día deberás dejarlo, no esperarás tener una familia y pasar el día entero en esa tienda.

—Bueno, por eso tomo la píldora, para evitar contratiempos.

Él sonrió.

—¿Y las tomas a diario?

—Por supuesto.

Él sonrió y le dio un beso tierno. Comprendió que debía esperar. Ella acababa de dejar una relación y una boda, no podía apresurar las cosas, por más que se muriera de ganas.

Al día siguiente pusieron mano a la obra en cuanto a la mansión y sus tesoros.

Sofía había llevado el informe que tenía preparado desde hacía tiempo y luego de conversar pusieron cuidadosamente en una habitación, con ayuda de varios criados, las piezas que podían venderse en subasta. No fue difícil, luego a media tarde, con más tiempo libre recorrieron los campos que rodeaban la mansión a pie. Con botas y jeans y una chaqueta, comenzaban a sentirse los primeros fríos del otoño.

Sofía observó el paisaje a lo lejos y suspiró, era un lugar hermoso, magnífico. Con una vista increíble. Y se sentía tan tentada a aceptar su

propuesta de casarse y mudarse allí, casi lo habría hecho, de no ser porque no era prudente precipitarse en una relación que recién comenzaba.

Vivir con él sería un paso más, lo sabía, y era la prueba de cómo se llevaban a diario.

Rayos, nunca había vivido un amor así, por momentos se sentía en lo alto de un huracán, arrastrada por un viento feroz, envuelta en él... en sus brazos, en sus besos, deseando más que nada estar a su lado...

Como en esos momentos, que se habían detenido en lo más profundo del bosque para besarse sobre la hierba y sentirse.

De pronto él se detuvo y miró su rostro.

—¿En qué piensas, preciosa?— le preguntó.

—Pienso en que nunca viví un amor así... que no sabía lo que era esa palabra hasta que me rendí a ti—le respondió.

Él la miró con creciente deseo y allí solos en el medio de la espesura comenzó a acariciarla y a desear como un loco hacerle el amor. Diablos, era una tentación irresistible.

Sus manos atraparon sus pechos a través de la blusa sin dejar de besarla.

—Y yo pienso que te amo, vida y siento que me muero por hacerte mía ahora, aquí.

Ella lo miró algo espantada y excitada por sus palabras.

—Pero, pueden vernos—dijo.

—Nadie nos verá... ven aquí...—dijo.

No pudo resistirse, él la fue llevando, levantando su falda despacio y de pronto sintió que bajaba sus bragas y se perdía allí para saborearla lentamente oculto bajo sus faldas.

Cayó rendida a sus caricias, no pudo detenerle, no quiso hacerlo. Era la gloria, todo su cuerpo se contraía y estremecía con el contacto de sus labios, de su boca devorándole.

—Aguarda, pueden verte—dijo sin convicción.

Pero él no se detuvo, estaba muy excitado, sabía cuánto le excitaban esos juegos y lo único que lo alivió poco después fue hundir su inmenso miembro en su vagina que lo engulló y apretó en su interior como si nunca quisiera dejarlo ir. Rodaron por la hierba, vestidos pero abrazados y allí en un momento lo hicieron sin ser vistos, a las apuradas, como dos adolescentes locos y enamorados y mientras la llenaba con su placer, mientras vaciaba en su interior hasta la última gota le dijo:

—Te amo, princesa.

—Te amo, Francesco—le respondió ella.

Se mudó el martes a su departamento. Sus padres se disgustaron por su decisión, no lo veían con buenos ojos.

—¿Y por qué la prisa? Acaso... Dios mío, ¿no estarás embarazada?— le dijo su madre con cara de espanto mirándola con detenimiento como si quisiera confirmar sus sospechas.

—Mamá, por favor, no digas tonterías. Es mi vida y tengo edad suficiente para mudarme de casa—le recordó.

Él fue a buscarla en su camioneta doble cabina y sonrió al enterarse de lo que había dicho su madre.

—Tal vez tenga razón—dijo.

Sofía lo miró incrédula.

—¿Estás bromeando, verdad?

Él no bromeaba pero se rió, tentado al verla tan molesta.

—Claro, es una broma. Pues no es gracioso. Tendremos un hijo cuando cumpla los veinticinco, no antes—le recordó.

—Sí, por supuesto, cuando tú digas... sólo bromeaba.

Cuando acomodaron sus cosas y Sofía entró en la que sería su nueva habitación sonrió.

Había cambiado muebles, cortinados, siguiendo su sugerencia de poner tonalidades pasteles y estampados floreales que le daban algo cálido.

—Quedó preciosa, Francesco—dijo ella.

Él se acercó y la abrazó por detrás.

—Este será nuestro nido de amor y allí haremos muchos bebés...—le

dijo.

Bromeaba por supuesto, ella rió.

Pero esa noche, luego de salir al cine y luego a cenar entraron en la habitación y estrenaron la nueva cama.

Habían estado besándose desde el ascensor y ahora estaban más que listos para la cópula. Lo hacían casi a diario, sin parar, en los lugares más increíbles, no lo hacían en el ascensor porque había cámaras pero en el auto sí, más de una vez y ahora en esa cama tan blanda y cómoda pensó que era la gloria. Sentirle en su interior. Sentir su deseo siempre tan encendido, apasionado... No importaba cuán cansado estuviera, siempre estaba listo para hacerlo y nada más besarla y tocarla, podía sentir cómo su miembro crecía y se endurecía convirtiéndose en una tentadora protuberancia. Que ahora estaba en su vientre y podía sentir su piel y rudeza, cuánto la deseaba y la amaba...

Eso era lo más importante, cuando la estrechaba y le decía cuánto la amaba, el instante en que su semen llenaba su vientre, hasta la última gota y su cuerpo convulsionaba de placer en un orgasmo múltiple.

Y cuando todo terminaba y se quedaban abrazados, fundidos en un solo ser.

Estuvieron días encerrados en su departamento. El frío, el mal tiempo y la pereza y las ganas de estar juntos haciendo el amor eran más fuerte que todo.

Sofía se pidió unos días libres, los necesitaba. Estaba muy presionada en la tienda y no se sentía muy bien últimamente.

Era él por supuesto, su nuevo amor la tenía muerta en todo sentido. Enamorada y cansada. Por las mañanas se sentía sin energía, feliz pero sin fuerzas. Además quería decorar un poco más el departamento y prepararle sus especialidades culinarias.

Pero a la semana siguiente tuvo que regresar al trabajo, necesitaba hacerlo.

Pensaba en él todo el tiempo y le echaba de menos pero haciendo su trabajo lograba distraerse un poco.

Se llevaban bien.

Si se pasaban en la cama en realidad, convivían entre las sábanas la mayor parte del tiempo. Estaban en plena luna de miel, como recién casados y todo era idílico, dulce... Él siempre le obsequiaba rosas y anoche, mientras hacían el amor le había obsequiado un anillo de compromiso, con la promesa de que se casaría con él antes de fin de año.

Ahora lo miraba en su mano derecha, un hermoso anillo de oro y diamantes en forma de rosa. Diablos, debió costarle una fortuna, ella había dicho que le encantaban los anillos con formas de flores pero fantasías, no joyas costosas. Pues él había hecho de su capricho un anillo de compromiso.

Y lo peor que había prometido que se casaría con él. Lo había hecho.

Debía estar loca...

—Sofía... ¿qué sucede contigo? —le dijo su padre con cara de pocos amigos.

No era la primera vez que le llamaba la atención. Estaba estresado, nervioso y de mal humor todo el tiempo.

—¿Qué sucede papá?—preguntó ella.

—La visita al Palazzo Trevi, en media hora. Lo olvidaste, ¿verdad?

Sí, por supuesto.

—¿Pero qué hora es, papá?

—Son las dos casi, ve por tus cosas. Yo te llevo. No quiero que demores. Tal vez se te pierda el auto otra vez o... te llame tu novio y tengas que salir corriendo.

Ella no dijo nada. Tenía razón. Se había escapado antes de la hora muchas veces y se distraía con frecuencia. Ese día también la había llamado su mejor amiga para recordarle que ese viernes era la despedida de soltera de otra amiga.

Las tenía un poco abandonadas.

A todo el mundo en realidad.

Es que Francesco la absorbía. Y ella dejaba que lo hiciera.

Su padre estaba muy molesto, su madre alarmada y sus amigas creían que estaba loca simplemente.

Echaba de menos esas reuniones de soltera, cuando se juntaban para charlar de cualquier cosa y reír, beber algunas cervezas... cuando ni siquiera salía con Marco y ella les preguntaba a sus amigas cómo era el sexo. Ahora no necesitaba hacer preguntas, lo sabía casi todo del sexo...

Y suspiraba deseando que el día llegara rápido para que pudiera reunirse con su amor.

Es que sólo extrañaba su presencia, estaba como en una nube de la que no quería bajar. Era un hombre tan romántico, tan dulce y apasionado. No tenían roces y excepto esos amigos solteros que eran terribles bandidos, no había mujeres acechando ni nada.

Había aprendido a conocerle y a confiar en él. No andaba con mujeres, no le era infiel. Su vida de libertino había terminado. Tenían esa pasión por el arte y las antigüedades...

—Por favor Sofía, debes estar atenta. No olvides decirle al señor Andriotti que...

—Sí papá, por supuesto.

—Es que te noto distraída.

—Por favor, me lo dices cincuenta veces al día. Sabes que no puedo reemplazarte todavía que no estoy preparada, deja de presionarme por favor.

—Podrías si fueras más aplicada. Pero no puedes porque justo ahora se te ocurre enamorarte de ese joven que apareció de la nada. Es increíble...

podrías estar casada con Marco, tranquila y feliz y ahora... plantas a tu novio y te enamoras de un desconocido.

—¿Y eso qué tiene que ver con esto, papá? Por favor, es mi vida y soy una mujer adulta.

—Por supuesto. Pero eres incapaz de mantener la concentración, de hacer lo que te digo, te equivocas todo el tiempo porque no estás preparada para una relación así. Siempre fuiste tan inteligente y sensata, tan cautelosa y ahora... Ese hombre te roba todo, Sofía, despierta, no sólo te convenció para que te mudaras con él ya no estás en casa, no ves a tus amigas, no tienes vida porque al parecer quiere ser sólo él o teme que lo plantes cuando te hartes, por eso hace todo esto. Busca desestabilizarte, alejarte de todo y disculpa, sé que es tu vida pero estoy harto de callar, de guardar silencio.

—Bueno, sé cómo piensas papá, no voy a cambiarte. Durante años fui tu hijita adorada, criada a tu imagen y semejanza. Pero ahora he cambiado. Y Francesco no es lo que tú crees, él me ama y yo prefiero estar con él. Las reuniones familiares siempre me aburrieron. Sólo iba para complacerles, nada más. ¿Y ahora por qué estás criticándome? Es mi vida, tú bien lo dijiste.

—Sí, por supuesto. Espero que no te arrepientas de esto.

—¿Y por qué tendría que arrepentirme? ¿Por qué me tiene que ir mal con Francesco? ¿Sólo porque es lo que deseas tú?

La conversación iba subiendo de tono y Sofía, que normalmente nunca

discutía con su padre se puso como una araña. Es que estaba harta de que le dijeran que su relación era una mala idea, que estaba distraída y no quería nada con la vida prácticamente.

Sin embargo ese día le demostró a su padre que era muy buena negociando y aunque ese remilgado conde de Abruzzos se mostró terco logró persuadirle de vender a un precio más razonable la colección de porcelanas del siglo XVIII. Por supuesto que ese dandy estuvo galanteándole todo el tiempo, preguntándole su nombre y cuánto hacía que trabajaba para la casa “Bellaffini”, creía que era una empleada avezada, se sorprendió mucho al saber que era la hija del dueño.

Sus aires de realeza y desdén eran tan insoportables, además debía creerse irresistible, pues luego de vacilar, dar vueltas y decirle algún que otro piropo de sus ojos le tendió casi a escondidas su tarjeta haciéndole un guiño como si ella estuviera interesada en él...

Qué arrogante era.

Ni siquiera le pareció guapo, flaco, alto, cara larga. No parecía italiano. Y en realidad de no saber que era de la realeza jamás lo habría creído, había conocido condes y barones mucho más guapos y simpáticos, pero jamás habría coqueteado con los clientes de su tienda, qué cosa tan tonta e infantil.

Sin embargo cuando salió de ese Palazzo se sintió mejor consigo

misma, lo había conseguido. El conde Abruzzos vendería su colección y unos retratos para los que encontrarían compradores con mucha facilidad. Tal vez podrían incluirlos en la próxima exposición.

—Qué sujeto tan desagradable y pesado. Actuaba como si no estuviera presente—se quejó su padre.

—Arrogante, como muchos de su clase. Creen que pueden tener la mujer que deseen sólo porque son ricos y tienen sangre noble—respondió Sofia.

—Debe tener como cuarenta años, pervertido. Si se atreve a llamarte...

—Papá, no te preocupes por él, ya hizo lo que queríamos, firmó todo.

De regreso a Bellafinni Francesco la llamó para preguntarle cuándo podía pasar a buscarla. Se moría por verle. Nada más oír su voz el mundo entero desaparecía y pensó que podía esfumarse.

—Hoy debo quedarme todo el horario—le respondió con pesar.

—¿Sí? ¿Hasta las siete?

—Seis y media.

—Está bien... pasaré por ti.

Luego de cortar el teléfono su padre le dijo que tenía visitas.

A juzgar por su cara supo que algo pasaba.

—¿Visitas?—repitió.

La cara de su padre era un cuadro, algo raro estaba pasando. Entonces lo vio, mucho antes de que pudiera evitarlo. Marco. Su antiguo novio. Se veía mal, alterado.

No lo había visto en tiempo, sabía que se había mudado, su madre se lo había dicho.

—Hola Sofía—intentó sonreír sin demasiado éxito, se veía tenso.

—Hola Marco. ¿Cómo estás?

Murmuró un bien a secas y luego agregó: —Necesito hablar contigo.

¿Hablar de qué, si habían terminado hace más de dos meses?

Miró a su padre desesperada, esperaba que dijera algo así como: tenemos mucho trabajo Marco, ¿puedes venir otro día?

Sin embargo su padre no hizo nada de eso, al contrario, dijo: los dejaré a solas para que conversen.

Nada más inoportuno que eso. Estar a solas con un ex al que has plantado en el altar y que todavía quiere dirigirte la palabra.

Pero todo tenía una razón. Marco la miró y le dijo sin rodeos:

—¿Entonces tenías otro?

Esa simple frase era una catástrofe. Sabía lo de Francesco y creía que era el culpable de su ruptura y en el momento más inoportuno regresaba para pedirle explicaciones y reclamarle.

—Marco, escucha... no es lo que piensas. No fue así. Antes de

conocer a Francesco...

—No te creo Sofía, ¿cuándo diablos conociste a ese hombre? ¿Cómo es que en tan poco tiempo te ha llevado a vivir con él? ¿No crees que al menos merecía un poco de sinceridad de tu parte?

Sofía lo negó, dijo que Francesco no era el culpable. Que era un cliente de Bellafinni, nada más y que ...

—Vamos, no mientas, él no mintió. Dijo que te ama y que habría hecho lo que fuera para arruinar nuestra boda.

Esa revelación le puso los pelos de punta.

— ¿Pero acaso has hablado con Francesco?

—¡Por supuesto! ¿Qué crees? Los vi muy acaramelados hace días y supe que vivías con él. Escucha Sofía sé que es tu vida y que esto no me incumbe pero... tenía que saber la verdad para entender mejor lo que pasó y poder superarlo. Y lo más triste es que me cambiaste por un tipo promiscuo que te llenará de cuernos, eso hará. Ha tenido más mujeres que Casanova, eso es lo que es: un Don Juan. Y luego de que tenga lo que desea te dejará y te hará sufrir. Es lo que hacen los tipos como él. Pero yo era muy poco para ti. Ese Casanova con títulos y dinero debió deslumbrarte.

—¡Cállate Marco! Yo no tengo por qué hablar contigo de Francesco. No quiero pelear y no sé por qué viniste aquí si ya sabes que estoy con Chiavari. ¿Qué buscas? Lo nuestro se terminó y si te dejé por otro, algo que no

fue del todo verdad supéralo con un terapeuta, no conmigo. ¿Qué quieres de mí ahora? Vienes a mi trabajo sin avisar, ¿acaso buscas molestarme, intimidarme?

—No, no quiero eso, no soy un bravucón ni busco venganza. Sólo vine a advertirte sobre ese hombre porque tú no mereces ser engañada.

—¿Engañada? ¿Pero de qué hablas, Marco?

—Ese hombre, Chiavari... estuvo saliendo con mi prima Elisa hace tiempo y oh casualidad, también estaba comprometida para casarse y por su culpa plantó a su novio. Luego le pasó como a ti. Una historia de amor intensa, se fueron a vivir juntos... hasta que un buen día el señor le dijo que no estaba preparado para un compromiso tan serio y terminó con ella. No me crees ¿verdad? Pues aquí tengo las fotos. Y si quieres llamo a mi prima y le pregunto, ella tiene un recuerdo muy amargo de tu novio, te lo aseguro. Todo estaba perfecto y de un día para otro... Pues la dejó y le rompió el corazón, porque lo único que quería era una chica para divertirse sin compromisos. Mi prima Elisa dijo que además al tiempo descubrió que la engañaba con otras, asistentes de su trabajo. Un sinvergüenza, eso es lo que es. Por eso me cambiaste, Sofía. Pero yo no soy malo como crees, no me interesa vengarme, no estoy aquí por eso, sólo para advertirte porque el otro día vi a tu padre y él me dijo que estaba preocupado por ti, porque estás dejando muchas cosas por culpa de ese hombre. Que no te deja hacer nada, que te ha alejado de tu familia, de tus amigas, tu trabajo... porque quiere que sólo estés con él. Pero

eso es ahora, en un tiempo se aburrirá y te dirá adiós, como hizo con mi prima.

Sofía sintió un frío espantoso cuando vio las fotografías de Francesco y esa joven de quien nunca había oído hablar. Se veían tan alegres y felices, abrazados... besándose. Diablos, qué asco le dio ver esas fotos. Se sintió tan mal que por un momento tuvo la sensación de que le faltaba el aire.

Maldita sea, ¿entonces era un seductor que buscaba mujeres para enamorar y cuando se aburría de ellas las abandonaba?

¿Ese era Francesco Chiavari? ¿Todo lo que le había dicho, los momentos que habían vivido no eran más que una aventura para él?

Sofía lloró entonces y tuvo ganas de morirse. No podía ser verdad, ¿cómo pudo engañarla así? Pedirle que fuera su esposa...

—Todavía estás a tiempo Sofía, abre los ojos. Sigue con él si quieres, pero no dejes a tu familia ni a tus amigos. Tu padre te necesita aquí—dijo Marco.

Ella lo miró con rabia.

—Esto parece una venganza. ¿Y tú te sientes vengado, Marco?

Sus palabras lo sorprendieron.

—¿Crees que hago esto por venganza? ¡Claro que no! Sé que eres muy inocente Sofía, que no has vivido nada. Fuiste embaucada por un desgraciado y por eso creo que ahora puedo entender por qué de la noche a la mañana me mandaste a pasear. Teníamos algo lindo, tú confiabas en mí, jamás te habría

engañado, nunca y tú eras todo para mí.

—¿Todo para ti? Por favor. El tenis y los videos juegos eran todo para ti, tus caballos. Sólo querías una chica decente para que fuera tu esposa y te diera hijos, decías que mis amigas eran unas rameritas liberales.

—Eso no es verdad, no me digas esas cosas. Yo te amé Sofía, te di todo jamás te fui infiel y eso que tuve oportunidades, un montón de oportunidades para que sepas pero yo no quería eso. Te quería a ti y pensaba que con el tiempo me amarías y tendríamos una familia. Sé que fue precipitado casarnos, que debí esperar pero... no puedes acusarme de hacer esto por venganza, lo hago porque estoy preocupado por ti bobita, ¿es que no lo ves? Soy tan bueno que no te deseo ningún mal, al contrario, te deseo lo mejor y si no fui yo al menos encuentra un hombre que no sea un enfermo seductor como ese Chiavari.

—Así que ahora quieres buscarme un novio que tú considerares sano. Qué bien. Y vienes aquí con estas fotos para torturarme y hacerme creer que mi novio es un sinvergüenza.

—Es la verdad. ¿Quieres que llame a mi prima?

—¿Cuál prima? Jamás me enteré que tuvieras primas, eran primos varones y cuando se veían bebían bebidas energizantes para pasarse la noche entera jugando partidas de GTA 5, lo recuerdo bien.

—Bueno, es que Elisa es hija de mi madrina, yo la llamo prima pero

no es prima en realidad—se defendió él.

—¿Y cómo diablos supiste que salió con ella?

—Porque me acuerdo bien de su nombre, mi prima lo mencionó mucho tiempo y sé lo que sufrió y siempre pensé que había sido un hijo de puta por hacerle eso, mi madrina no habló de otra cosa durante meses. Puedo llamarla si no me crees.

Sofía no quiso hablar con nadie.

—Vete, Marco, ya cumpliste lo que tenías que hacer, ahora déjame en paz.

—Bueno, espero que ahora bajes un poco a tierra y tengas la cabeza más fría—le respondió su ex.

Ella secó sus lágrimas y juntó las fotos con manos temblorosas. ¿Y si todo era verdad? ¿Si había dejado a Marco por un Casanova que se divertía seduciendo mujeres para luego abandonarlas? ¿Por eso tenía tanta prisa en que vivieran juntos y se casaran? ¿Sería un rasgo patológico más que una cuestión moral?

Tuvo que ir por un café para tranquilizarse y se encerró luego en su oficina para estudiar mejor las fotos.

Tal vez su ex había exagerado.

Francesco dijo que sólo se había enamorado una vez en el pasado, cuando era muy joven y que luego había tenido relaciones algunas duraderas y

otras cortas que no habían dejado huella en su vida. Lo reconocía. Salía con chicas sólo cuando tenía ganas de sexo pero eso cambió cuando empezó a hartarse de todo. Esa era la historia oficial, no le ocultó que tuviera muchas mujeres ni que se había ido de parranda con sus amigos. Pero jamás mencionó a Elisa. ¿Quién era esa Elisa? Era descaradamente bonita, rubia, alta y demasiado flaca tal vez pero en las fotos se veía impecable. ¿Sería realmente prima de Marco?

No tuvo ganas de hacer llamadas en esos momentos.

Comprendía que se sentía en el aire, atormentada por las dudas.

Sabía que se había dejado llevar por Francesco, había conocido el paraíso del amor y la lujuria, nunca había disfrutado tanto en la cama jamás pero no era sólo sexo y lo sabía. Era amor, amor, pasión, lujuria, todo mezclado en realidad. ¿Se puede fingir algo así? ¿Se puede olvidar de un día para otro lo que habían vivido?

Tuvo la sensación de que el tiempo se había detenido y el dolor que sentía la dejaba desarmada y triste. ¿Y si la historia era cierta, si no había sido un invento cruel de Marco? Él no habría hecho algo como eso, no era capaz.

Un sonido en la puerta la hizo volver a la realidad.

Su padre la miraba con cara de lástima como si supiera lo que había pasado, tal vez lo supo antes y no se lo había dicho.

Su cabeza parecía a punto de explotar, no, no era capaz de pensar con

claridad. Pero su padre se acercó y la abrazó y eso la derrumbó. Habían estado riñendo últimamente siempre por causa de Francesco, casi, y de su falta de concentración y compromiso con su trabajo. Tenía razón pero claro, era demasiado terca para reconocerlo.

Entonces lloró y se desahogó y le pidió a su padre que la llevara a su casa porque se sentía mal, mareada y con un fuerte dolor de cabeza. No quería ver a Francesco todavía, necesitaba tranquilizarse y pensar las cosas con más calma. Ahora era incapaz de hacerlo. Necesitaba alejarse además, no sabía por qué se había dejado llevar de las narices de esa manera, mudarse al poco tiempo, dejar de ver a sus amigas, a su familia, abandonar su trabajo... Sólo para estar con su amor porque él siempre quería más, más horas, más tiempo, más vida.

Maldita sea, no podía ser tan estúpida. ¿No le habían contado una historia parecida sus amigas alguna vez? Novios absorbentes, celosos y locos que arruinaban todo... jóvenes, guapos y atolondrados. Impulsivos y locos, tan enamorados...

¿Francesco estaba loco? ¿Quién era en realidad? ¿Lo conocía realmente? ¿La amaba realmente o sólo quería absorberla, atraparla hasta que terminara hartándose? ¿Cómo ocurrió con su novia Elisa?

Tal vez esa historia no fuera cierta, esas fotografías... luego de mirarlas con detenimiento sospechó que algo no encajaba.

Tal vez por mirar tantas fotografías de colecciones de arte o porque Francesco se veía muy distinto en esa foto, el cabello más largo y como si estuviera ido de copas. Nunca lo veía beber, no más de una copa durante la cena. En su departamento no había más que una botella de whisky escocés y alguna botella de vino importado.

—Papá, aguarda. No quiero ir a casa. Detén el auto por favor—dijo de pronto.

Su padre la miró con cara como si se hubiera vuelto loca.

—Pero ¿por qué? Acabas de enterarte de que tu novio es un sinvergüenza ¿y todavía crees que una explicación lo arreglará?

—Necesito saber la verdad, papá. ¿Crees que puedo simplemente fugarme a casa de mamá y papá como antes? Soy adulta, debo resolver esto ahora. Necesito hablar con Francesco, si huyo sin decir nada... sería tonto y cobarde.

Su padre detuvo el auto.

—Sofía, sé que es tu vida y no debo meterme pero deberías ser más cauta. No sé si la historia de Marco sea del todo cierta, lo que veo mal es la forma en que es tu relación con ese hombre. Es mayor que tú y dice que quiere formalizar, ¿no es así? pero tú acabas de huir de una boda y una vida perfecta con Marco. No quieres eso. Debes ser capaz de controlar esto, de poner límites y no permitir que tu vida gire siempre en torno a ese aristócrata

consentido.

—Francesco no es un aristócrata consentido, por favor, deja de criticarlo. Nadie es perfecto. Pero no dudo de que él me ama, sé que me ama.

—Bueno, entonces que te cuente la verdad sobre esa chica para que no haya más dudas.

Tenía razón. Acababa de comprometerme, de prometerle que me casaría con él antes de fin de año y ahora... no me sentía segura de nada.

Mi teléfono sonó entonces por enésima vez.

Era él. No había querido atenderlo. Debía estar como loco. Era la primera vez que ocurría eso.

—Princesa, ¿dónde estás? En tu trabajo dicen que te fuiste con tu padre. ¿Pasó algo?—su voz se oía desesperada.

—Sí... tenemos que hablar. Ahora estoy cerca, a unas seis manzanas del trabajo. ¿Puedes venir a buscarme?

—Sí por supuesto. ¿Pero estás bien?

—Estoy bien, luego te explico, ¿sí?

Sin embargo, al verle llegar diez minutos después se puso a llorar.

Su padre puso cara de pocos amigos y saludó de forma seca a Francesco, él notó que estaba mal y la abrazó.

—Sofía, ¿qué tienes? Mírame por favor. ¿Qué te pasó? ¿Acaso peleaste con tu padre?

Ella se dejó envolver por sus brazos porque era lo único que la reconfortaba en esos momentos. No podía hablar, no todavía y al ver que estaba tan mal la llevó a su auto.

—Francesco, mira para adelante por favor, vamos a chocar. Yo estoy bien...—dijo ella al notar que se pasaba mirándola nervioso y no hacía más que acelerar.

—Está bien... es que hoy estaba todo bien, hablé contigo hace dos horas y... no sé qué pasó. No me dijiste nada—respondió él.

—Es que no podía hablar ¿entiendes? No podía hablar de esto por teléfono. Ahora deja de mirarme y conduce, no quiero llegar en pedazos al departamento.

—No digas eso preciosa, manejo muy bien.

—Sí, a veces... y otras veces manejas como un loco—replicó ella mientras secaba sus lágrimas. Odiaba que la viera llorar, pero necesitaba desahogarse. Se sentía mal, angustiada. Todo su mundo amenazaba con desmoronarse y no se sentía segura de nada. ¿Y si la historia de Marco era verdad? Y lo peor de todo: ¿y si su historia de amor con Francesco no era más que una aventura para él, una mentira?

Cuando entraron en el departamento no se sentía mejor, al contrario, la visión de su nido de amor, lleno de rosas y con las cortinas nuevas que ella misma había escogido la deprimió bastante.

Se sentó en el sillón y aceptó el vaso de agua que él le ofreció. Lo necesitaba.

Luego le mostró las fotos, le tendió el sobre para que las viera. Necesitaba saber qué diría, cuál sería su primera reacción. Notó que se tensaba y se ponía serio.

—¿Quién te envió estas fotos? ¿Entonces es por esto? No lo puedo creer.

—Me las dio mi ex, conoce a la chica de la foto, es su prima.

—Tu ex, claro, por supuesto. ¿Por eso estás llorando? ¿Crees que podría engañarte con la prima de tu ex?

—No, no pienso eso pero él dijo que tú...

Francesco la miró con fijeza.

—Tuve una relación con esta chica, pero no era prima de tu ex, fue una aventura y terminamos hace mil años. No fue importante y no sé cómo las consiguió. Es muy extraño.

Ella se sintió aliviada. Una aventura, una de tantas, ¿qué diablos importaba?

—No fue nada, salimos unos meses y ella... se enamoró. Yo no quería algo tan serio. Comenzó a celarme, a exigirme cosas y no me gustó. Era muy obsesiva. Chiflada. Y no se llamaba Elisa, se llamaba Carla. Carla Andrea. Es modelo y luego de romper con ella se fue a París y jamás la volví a ver.

Sofía se sintió mareada y volvió a llorar de alivio y felicidad. Entonces no había sido importante para él...

—Princesa, no llores por favor. No puedo creer que tu ex hiciera esta maldad. Que te contara una historia tan absurda y loca... Escucha, sólo tuve una chica que sí quise mucho a los veintitrés, fue mi primer amor, es verdad, pero fue hace mil años y luego sí tuve historias con mujeres, con muchas... pero no soy un seductor, no soy ese perverso que creen tus padres y tu ex. Siempre fui sincero, jamás le prometí casamiento a una chica con la que salía, sólo a ti porque me importas y te amo.

—Es que pensé que...

—No le creas. Ya ves, tu antiguo novio al que creías tan perfecto se comportó como un granuja. Supo que salía contigo y se inventó una historia para separarnos, para hacerte sufrir. Fue tan cobarde. ¿Por qué no vino a mí? No. Prefirió buscarte a ti. Sofía, no le creas una palabra, yo jamás te haría sufrir ni tampoco sería tan malnacido de perder lo que tenemos por una aventura ni porque quiera regresar la soltería. Me harté de lo fácil, de la soltería y quiero estar contigo. Ahora no dejes que esto te afecte, olvídalo. No sé cómo tuvo estas fotos... si hasta parecen trucadas, fue hace como tres años que salí con esta chica y casi la había olvidado, tuve que mirarla dos veces para recordar quién era esta chica. Ven aquí... olvida esto. Fue una maldad de tu ex, una sucia venganza. El muy imbécil... por favor princesa, no dudes de

mí.

—Es que no es que dude, pero se dio todo tan rápido y...

Él no la dejó continuar, le dio un beso ardiente y se la llevó a la cama mientras se quitaba la corbata y se abría la camisa.

—Aguarda espera...—dijo ella porque no se sentía preparada, quería darse un baño, cambiarse de ropa...

Él se rió cuando se lo dijo.

—No importa, lo haremos así, sólo una vez, por favor me muero por hacerte mía, por sentirte...

Ella se dejó llevar por sus besos y caricias, también se moría por sentirle, por estar con él. Y cuando sintió que bajaba sus bragas para hundir su miembro en ella gimió. Era maravilloso. Abrazados y medio desnudos, el resto de su ropa cayó al suelo y sólo quiso hacerlo una y otra vez como si no hubiera mañana, como si temiera despertar de ese sueño. Moriría si eso pasara, o querría morir... y mientras llegaba al clímax lloró pensando en lo que había pasado, no pudo contenerse. Todavía le quedaba la angustia y el terror que había sentido al pensar que él pudiera engañarla o simplemente abandonarla.

—Princesa, no llores... yo te amo, y tú lo sabes. Te amo... y nunca sentí esto por otra mujer jamás. Debes creerme porque es verdad. Lo es—le dijo él al oído.

Ella lo miró y luego lo abrazó con fuerza al sentir que la mojaba con su simiente, la llenaba con su olor, con su esencia y se quedaban así fundidos en un solo ser.

—Creo que moriría si me dejaras... no podría soportarlo y sé que no debería decir esto pero nunca viví algo así... no sabía lo que era estar enamorada, loca de amor—le respondió ella—cómo duele.

Él la abrazó con fuerza.

—No tiene que ser así, jamás te lastimaría princesa... fue tu maldito ex, fue él. Pero no dejes que lo haga de nuevo, no permitas que nada ni nadie nos separe jamás. Porque yo jamás lo permitiría y sólo me iría si tú me lo pides, si un día dejas de quererme... si eso ocurre no te retendré, jamás te retendría si no quieres estar conmigo, princesa.

Ella se emocionó al oír sus palabras.

—Eso no pasará. No podría vivir sin ti y aunque se escuche como una frase repetida es verdad, es lo que siento.

Francesco la besó y volvió a hacerle el amor hasta que se quedaron dormidos, exhaustos y satisfechos.

Pero Sofia quedó furiosa por la jugarreta que le había hecho su ex y sin poder contenerse, días después lo llamó por teléfono para decirle un par de cosas.

Lo más patético fue que él reconoció que lo había inventado todo.

—Sólo quise advertirte, ese hombre no es para ti. ¿Has conocido a sus amiguitos? Hacen fiestas con mujeres, digo mujeres. Varias.

No quiso seguir escuchando.

—Déjame en paz, Marco. Deja de meterte en mi vida, ya no formas parte de ella. Y si vuelvo a cruzarme contigo no me dirijas la palabra, ¿sí? Búscate una chica y olvídate de mí. En realidad nunca fuiste un novio de verdad, sólo un buen amigo y ahora ni siquiera eso.

Antes de que él pudiera protestar cortó la comunicación.

Tenía trabajo que hacer. Demasiado trabajo para perder el tiempo con ese imbécil.

Sin embargo luego de ese incidente comprendió que debía retomar su vida de antes, sus amistades, el trabajo y las aburridas fiestas familiares. Francesco aceptó acompañarla, no habría podido soportarlas sin él.

Pero su amor siguió siendo su compañía favorita y pasaba más tiempo con él que con sus amigas y familiares, era natural. Estaba enamorada.

—Vaya, al parecer ahora sí sabes lo que es tener un novio eh?—le dijo su amiga Iara.

Estaban almorzando juntas en el restaurant donde lo había visto por primera vez y pensó que era el hombre más guapo que había visto en su vida.

Sus otras amigas sonrieron cómplices.

—¿Entonces vas a casarte con el conde de Chiavari?

Sofía se puso colorada mientras tocaba su hermoso anillo de oro y diamantes.

—El año próximo pero todavía no hemos fijado fecha. Quiero que sea algo íntimo, algo así como una boda sorpresa. Ciertamente que no quiero pasar de nuevo por el estrés de probarme un vestido, organizar la fiesta...

—Bueno, esto merece una celebración amiga. Por el nuevo amor y porque todo vaya viento en popa—dijo Iara.

Ella sonrió feliz y bebió pensando que le habría gustado que Francesco estuviera allí almorzando con ella pero estaba muy complicado organizando todo para su próxima mudanza a la mansión Arezzo.

Sabía que todo había pasado a ritmo de vértigo pero las cosas se habían dado así y no podía hacer nada. Además él la amaba y la hacía feliz, feliz como nunca había sido en su vida. Esa era la realidad. ¿Por qué negarlo?

Además él también había cambiado. Se alejó un poco de sus amigos fiesteros, ese grupo de jodones sinvergüenzas que siempre lo llamaban para salir a beber y divertirse. Él prefería quedarse con ella el fin de semana, salir a pasear, o si llovía quedarse encerrados en el departamento haciendo el amor sin parar.

La pasión que compartían no había disminuido pero en el día a día se entendían casi sin hablar y estaban tan unidos.

—¿Y qué harás con Bellafinni, querida? A tu padre le va a dar un ataque—preguntó su amiga Lina.

Su voz chillona la devolvió al presente.

—No ha sido fácil para mis padres... primero mi boda interrumpida con Marcos, luego mi nuevo novio... al comienzo no querían saber nada de él. Mi padre lo acepta obligado casi y ahora... bueno es que voy a mudarme de ciudad y tendré que dejar mi trabajo un tiempo. Pero es lo mejor, ya no aguantaba tanta presión. No puedo tomar el lugar de mi padre todavía, me llevará años aprender todo lo que concierne al negocio.

—Bueno ¿y para qué quieres un anticuario? Ya tienes una mansión principesca para estudiar sus tesoros y entretenerte. Y además un novio muy guapo por si te aburres.

Todas rieron. Iara tenía razón. No necesitaba nada más. Sólo a él... y justamente estaba en el lugar dónde había empezado todo, cinco meses atrás. Cómo pasaba el tiempo. Parecía que había sido ayer y parecía que había pasado mucho tiempo.

Entonces lo vio llegar como en un sueño. A Francesco Chiavari, con su traje sport azul. Qué alegría inmensa sintió al verle. Todo desapareció a su alrededor. Sólo estaba él...

—Hola princesa—dijo y besó sus labios de forma fugaz.

Pero no se quedaría a almorzar, había ido a buscarla para llevársela al

fin a la mansión del lago, su nuevo hogar.

Pero antes de partir él quiso que se casaran en secreto, solo los dos. Luego harían una fiesta dijo, en la mansión.

Sofía no se resistió. Para ella lo más natural con su novio era que todo ocurriera a ritmo de vértigo. Conocerse, salir, hacer el amor, vivir juntos y ahora... un paso más. La boda. Él quería que fuera su esposa y soñaba con eso.

Y mientras iban al departamento para cambiarse dijo:

—Mis padres no lo pueden creer ¿sabes?

Sólo sus padres y dos amigos de Francesco estarían presentes.

Su novio sonrió.

—Imagino que no... apenas me soportan. Ahora tendrán motivos de sobra para odiarme.

Sofía sonrió.

—No te odian, mi amor. Mi mamá te ha aceptado, es mi padre que es más reticente. Pero cuando vean que eres un esposo modelo te querrán.

Llegaron al departamento poco después. Tenían poco tiempo para cambiarse. Sofía estaba algo nerviosa. Había escogido un vestido blanco comprado en una tienda de trajes de novia sin detenerse mucho. Un modelo sencillo. Que su madre habría llamado juvenil. Y el cabello recogido en un moño adornado con flores blancas. Pendientes de plata y una gargantilla con

una flor blanca. No necesitaba más...

Se sintió algo inquieta mientras la peinadora terminaba los últimos toques.

Y de pronto vio su imagen en el espejo del comedor.

—Estás hermosa, princesa—dijo.

Ella sonrió y se emocionó y él se acercó para tomarla entre sus brazos y besarla.

—No temas preciosa, todo saldrá bien. Lo prometo... sólo quiero pasar el resto de mi vida contigo y hacerte feliz. Ser tan felices como ahora. Te amo, princesa.

Ella se emocionó al oír sus palabras y él la besó y habría llegado más lejos pero llegarían tarde a su boda.

Sofía estaba algo nerviosa cuando llegaron a la oficina de Registro. Tiritó un poco al descender de la camioneta porque su vestido era de seda y de manga corta y empezaba a sentirse el frío otoñal. Por lo menos no llovía, era un día radiante de sol.

Sus padres aguardaban inquietos en la oficina y al verla entrar con Francesco se emocionaron.

La ceremonia fue breve y ambos dijeron sus votos y hubo bromas y risas del oficial y luego, sus amigos fiesteros le dijeron a la novia que se llevaba un buen ejemplar de macho que amaba mucho a las mujeres.

—Aunque ahora está cambiado, ni siquiera quiso una despedida de soltero—dijo Luigi.

Giuseppe aseguró que era así y Sofía sonrió aliviada. Francesco sabía que si le era infiel no lo perdonaría y tal vez por eso no quiso que le hicieran despedida de soltero. Ella tampoco había tenido una despedida y echó de menos a sus amigas pero quiso hacerlo así. Sencillo. Con un almuerzo en el restaurant donde se habían conocido.

Su madre la abrazó y lloró. No pudo evitarlo.

—Que seas muy feliz, Sofía. Te lo mereces.

Su padre en cambio sólo la abrazó y luego saludó a su novio.

—Y tú cuida mucho a mi hija, Chiavari, porque si le haces daño te mataré.

Francesco aceptó las amenazas con mucha calma, pensó que era una broma, pero su suegro estaba muy serio cuando lo dijo.

Sin embargo le respondió sin pestañear.

—Yo adoro a su hija, señor D’Alessandro y jamás le haría daño. Nunca. La amo demasiado, ¿sabe?

—Bueno, así debe ser. Mi hija es un ángel y espero que la valores como se debe y puedas hacerla feliz.

Sofía miró a su padre muy seria.

—Papá por favor, amo a Francesco y él me ama, ¿por qué le dices esas

cosas? Es nuestra boda.

Pero su padre no se retractó, era demasiado orgulloso para hacerlo.

Afortunadamente durante el almuerzo se mantuvo callado y algo apartado con su madre y los amigos de Francesco hicieron bromas para animar un poco la conversación. Pero Sofía quería irse, apenas probó bocado, quería alejarse y estar a solas con su amor en la suite nupcial de la mansión Arezzo. No veía la hora de llegar a la mansión del lago. Su nuevo hogar.

Y mientras su esposo manejaba sin prisa pensó que estaría muy feliz de dejar la ciudad y comenzar una nueva vida como su esposa. Llegaron en menos de una hora, todo estaba listo para recibir a los recién casados.

Y más tarde, cuando se reunieron en la cámara nupcial él la tomó entre sus brazos y la besó.

—Es como un sueño para mí. Casi no puedo creerlo —dijo luego.

Sofía sonrió.

—También lo es para mí. Te amo, Francesco y nada va a separarnos jamás. Te lo prometo. Sé que todo fue tan rápido pero no me importa, ya no... no me arrepiento de nada. Te amo tanto!

Él la envolvió entre sus brazos y le dio un beso ardiente y salvaje, diablos, se moría por hacerle el amor allí mismo, no podía esperar pero debían respetar la tradición.

—¿Cuál tradición?

—La de nuestra noche de bodas en esta habitación para garantizar felicidad y también muchos hijos.

Sofía rió tentada.

—Es muy pronto pensar en eso...

—Sí, lo sé... pero siempre soñé con hacer el amor contigo aquí—le confesó él y la llevó hasta lentamente a la cama para hacerle el amor.

Una nueva vida comenzaba para ellos en la mansión Arezzo, ahora como marido y mujer y para festejarlo, ¿qué mejor manera que hacer el amor? Que fundirse en un apretado abrazo y disfrutar cada instante de amor y felicidad.